La expansión espontánea de la Iglesia:
y las causas que la obstaculizan
por Roland D. Allen
www.nexocristiano.com
@nexocristiano
t.me/nexocristiano

LA EXPANSIÓN ESPONTÁNEA DE LA IGLESIA

Por Roland Allen

(1868-1947)

Prólogo de Sir Kenneth Grubb

LA EXPANSIÓN ESPONTÁNEA DE LA IGLESIA
Roland Allen

Título del original: The Spontaneous Expansion of the Church.
Publicado por World Dominion Press, Londres.
Traducido por Adam F. Sosa, de la cuarta edición inglesa, 1960.
Tapa por Susana N. Accorsi

@ 1970 Editorial y Librería La Aurora SRL, Doblas 1753, Buenos Aires. Hecho el depósito que previene la ley.

Printed in Argentjna
Impreso en la Argentina

Índice

Prólogo 5
Prefacio a la cuarta edición inglesa 7
1. Introducción a la edición de 1927 13
2. Naturaleza y carácter de la expresión espontánea . 19
3. Modernos movimientos hacia la libertad. 37
4. El temor por la doctrina 71
5. La norma cristiana de moral 95
6. Civilización e ilustración. 119
7. La organización misionera 147
8. La organización eclesiástica 177
9. El camino de la expansión espontanea. 213

Prólogo

La expansión espontánea de la iglesia puede parecer un libro viejo. Esta su primera traducción castellana ve la luz cuarenta y tres años después de su aparición en inglés; pero el material que contiene la obra pertenece a principios de siglo y aun a fines del anterior, por lo que hace a la experiencia personal del autor como misionero en el Oriente, y en cuanto a las citas de libros y artículos con que corrobora su posición, ninguna es posterior a los primeros años de la década del 1920.

Sin embargo, en realidad podría decirse que fue un libro prematuro. Podría haber sido escrito en 1970, cuando hay señales de una madurez de la conciencia cristiana en cuanto al asunto que preocupa al autor, que no existía cuando se decidió a escribir.

Lo más extraño es que habiendo sido Roland Allen un misionero de la Iglesia Anglicana, y escribiendo desde el punto de vista de una iglesia pronunciadamente episcopal en su eclesiología, y desde la posición de un país colonialista en pleno auge de su dominio extranjero, que se reflejaba aun en la organización de sus misiones, sus conceptos sean aplicables a la situación actual de las iglesias, independientemente del contexto político, social o económico en que se encuentren insertas, así como de su propia organizaci6n eclesiástica.

Lo antedicho se debe a que el tema de la expansión espontánea de la, Iglesia, tal como lo encara el autor, inspirado en la posición de la iglesia neotestamentaria, coincide perfectamente con el énfasis actual sobre la organización misionera de Ia iglesia local. Con insistencia a veces machacona repite que la congregación local, dirigida por sus propios elementos, es la célula de cuya multiplicación mediante el testimonio personal de sus miembros, depende la única verdadera y sólida expansión de la Iglesia de Cristo.

Leyendo a medio siglo de distancia. Los conceptos que el autor expone con tanto calor, y con tanto acopio de datos y argumentos, uno no puede menos que reconocer que la inspiración del Señor de la Iglesia no está nunca lejos de los que verdaderamente quieren ser sus testigos en el mundo y difundir su Evangelio. Muchas de las situaciones mencionadas en el libro son similares a las de las iglesias de la América Latina cuya cuidadosa atención encomendamos esta versión de una obra viaja, pero nueva.

Prefacio a la cuarta edición inglesa

Sólo gradualmente *La expansión espontánea de la iglesia*, de Roland Allen, se ha ido apreciando entre los Interesados en la misión de la Iglesia. Cosa rara, pues en muchos sentidos es una obra más madura que su otro libro, Missionary Methods: St. Paul's or Ours? y también más pertinente para las tareas particulares que confrontan hoy las iglesias y mislones. No obstante, el hecho de que en la actual coyuntura se haga necesaria una nueva edición es, tal vez, un reconocimiento de que el libro contiene muchas cosas que tienen que ser dichas y leídas precisamente ahora.

Más de treinta años han transcurrido desde que fue escrito. Sin embargo, leerlo en 1960 es apreciar de nuevo el toque profético con que Allen anima una y otra vez su análisis y tratamiento. Algunas de las cosas que dice hoy son de dominio público, pero en los días en que él se dispuso a escribir este libro ni siquiera se hablaba de ellas. Podrían citarse muchos ejemplos de esto. Nos advierte, por ejemplo, del incremento del nacionalismo, señalando que puede hacer difícil la posición de cualquier extranjero. Advierte lo mismo cuando trata de la organización de la iglesia en sí y pregunta por cuánto tiempo tolerarán los cristianos aut6ctonos al misionero extranjero como guardián de sus espiritualidades. Allen veía todas estas cosas como condiciones que debían satisfacerse y enfrentarse antes de que se agudizaran; ahora que son obvias todos pueden verlas, pero no

todos están dispuestos a decir qué habría que hacer en cuanto a ellas, porque están en gran parte fuera de nuestro control. Allen tenía una teoría de las misiones y del desarrollo de la iglesia que lo capacitaba para enfrentar sin recelos esta clase de futuro problema. Uno se pregunta - y en realidad seria fascinante saberlo-- qué hubiera dicho acerca de una transformación tan seria como el régimen comunista en la China.

El hecho de que en él se combinaran percepción y previsión, y que no sólo percibiera las tendencias, sino que pudiera poner el dedo sobre su significación, es lo que hace que su obra mantenga una validez permanente y pueda ser estudiada y vuelta a estudiar con provecho. En realidad, La expansión espontánea es una obra que debiera ser estudiada más de una vez puesto que es un desafío a todas nuestras complacencias y todas nuestras fáciles suposiciones y el hecho de que en muchos sentidos los acontecimientos la hayan superado, no disminuye esa cualidad de critica penetrante, y al mismo tiempo constructiva. Tampoco se han visto realizados todos sus recelos: como cualquiera de nosotros, él tampoco estaba libre de la posibilidad de equivocarse.

Es instructivo estudiar el capítulo 6, sobre "Civilización e ilustración", recordando que lo escribió en los años del veinte, cuando Occidente no temía en absoluto por el sagrado depósito del progreso universal confiado particularmente a sus manos. En este capítulo Allen nos exhorta a no confundir la fe en Cristo con el progreso intelectual y moral o aun con la doctrina social cristiana; Indudablemente, es menos probable que nosotros caigamos en esa confusión que no los hombres de aquellos días. Nosotros hemos sido castigados por una segunda guerra mundial, por el surgimiento y expansión del comunismo, por la vívida comprensión de que hemos creado instrumentos de fuerza y horror que apenas si podremos controlar; y hemos sido hu-

millados por el descubrimiento de que nuestras instituciones populares en Europa o América, en manera alguna proporcionan infaliblemente una convicción y propósito suficientes en sí mismos para dotar a nuestra civilización de un sentido de visión y misión. Así castigados, descubrimos que todo el tiempo nuestra verdadera misión ha sido proclamar el Evangelio del Señor crucificado y resucitado, Jesucristo. Allen dijo esto, instándonos a que lo viéramos, pero estaba oculto a nuestros ojos. Pocos son los que al leer hoy este capítulo hallarían en él mucho que discutirle; y, desde luego, es mejor ser prudentes después de sucedidos los hechos, que no serIo para nada.

Por consiguiente, no es difícil ver por qué el renovado interés por los escritos de Allen es natural. Porque iglesias y misiones están siendo obligadas por las circunstancias a enfrentar los argumentos que Allen expuso tan hábilmente hace medio siglo. El mismo acostumbraba decir que pasarían cincuenta años antes que sus opiniones conquistaran un vasto asentimiento e influyeran en la política y la práctica.

El lector moderno tal vez encuentra su estilo reiterativo ya veces aun tedioso. ¿ Pero quién puede culpar a Allen? A pesar de las ediciones anteriores, sólo los pocos han prestado atención a sus enseñanzas. Está en orden, pues, que este libro pueda seguir siendo estudiado y atraiga nuevos lectores; tal es el propósito de esta nueva edición.

Al mismo tiempo, es importante recordar que Allen, como cualquier otro autor, debe ser leído con juicio y' discriminación, y en algunos pasajes, con reservas. . Los hábiles planificadores de estra-tegias no se "tragan" sin más las opiniones de nadie, dándoles lo que podría llamarse una interpretación casi mecánica, en un mundo en que las cuestiones espirituales, políticas, morales y económicas están entrelazadas con suma delicadeza y complejidad.

Cuando me resulta más difícil seguirlo, es cuando éI se ocupa de las actuales organizaciones misioneras de Occidente. Allen admite que tenemos que habérnoslas con la moderna junta o sociedad misionera en su vasta actividad y complejo funcionamiento, como el agente principal, hasta el presente, de la "obra misionera".

Es muy pesimista en cuanto a que la obra de esas misiones dé por resultado la creación de iglesias que se propaguen, se sostengan y se gobiernen por sí mismas. No muestra cómo volver a comenzar desde el principio, pero no siempre señala claramente como volver a empezar cuando ya se ha andado la mitad del camino, que es donde la mayoría de nosotros tenemos que volver a empezar. Y creo que aquí sus percepciones del futuro están un tanto equivocadas, porque me parece bien evidente que la obra de las misiones, con todas sus fallas, está llevando y ha llevado a la existencia de la iglesias que tienen marcas de verdaderas iglesias de Cristo y son capaces de expandirse por medio de la evangelización.

Por consentimiento común y voluntario, la era de la dominación misionera en la Iglesia ha terminado y ya no es posible que el misionero domine la Iglesia; lo cual fue siempre indeseable. La verdad es que a menudo la dirección de la Iglesia está en manos de personas que están demasiado y profundamente influidas por las normas y posiciones occidentales y en consecuencia no siempre representan las potencialidades indígenas de sus propios países. Pero admitiendo todo esto, y se puede decir mucho al respecto, las misiones de Occidente tal vez hayan manejado sus asuntos en estás difíciles décadas con más sagacidad y, digámoslo, con más de la dirección del Espíritu Santo, de lo que Allen parecería dispuesto a admitir.

Pues siempre debiera recordarse, y enfáticamente en esta etapa de la historia, que lo nacional o indígena no tiene en sí nada de particularmente sacrosanto. Hay muchas ra-

zones y lógicas, muchas de ellas de orden más bien simple y práctico que teológico, por las cuales la Iglesia; debiera estar profundamente enraizada en la vida, cultura y formas de expresión de una nación; por las cuales debiera obtener su sostén financiero de sus propios miembros; y por las cuales debiera gobernarse a sí misma, sujeta al orden del Nuevo Testamento, según su propio insitito y luz. Pero la verdadera naturaleza de lis Iglesia es supranacional y ecuménica.

Debiera ser la gloria más bien que la renuencia de una iglesia, entrar en relaciones de ayuda mutua con otras iglesias, sin que la nacionalidad fuera un factor determinante. Es función de la sociedad o junta misionera ser nuevamente pionera y descubrir qué significa esto, específicamente en el servicio personal, la oración, la provisión de medios, el intercambio de opiniones, y la ordenación y valoración de servicios técnicos; o la enseñanza de y preparación en la fe. Pero la significación de este libro de Allen reside en parte en que los que capten cabalmente su énfasis igual sobre cada una de las tres palabras principales del título: la Espontánea Expansión de la Iglesia, cumplirán con más sensibilidad la tarea pionera de la Iglesia.

El lector no debiera abandonar la lectura porque Allen emplee el término "nativo",o se refiera un tanto indiscriminadamente a las culturas y religiones no cristianas como "paganas", Pocos en su época cuestionaban la propiedad de tales términos. Asimismo, el "campo misionero " era la descripción correcta del alcance de la misión en sus días. 'Es indiscutible que ha habido grandes cambios en las relaciones entre iglesias y misiones, lo cual es, indudablemente, una corroboración de la verdad de la tesis de. Allen. Igualmente cierto es que hay aún una convincente necesidad contemporánea de tomar en serio su pensamiento, sin

amedrentarse ante los defectos de su estilo y puntuación a veces peculiares.

KENNETH G. GRUBB
Diciembre de 1960

1. Introducción a la edición de 1927

Muchos años ha, mi experiencia en la China me enseñó que si nuestro objeto era establecer en aquel país una iglesia que pudiera extenderse por las seis provincias que entonces formaban la diócesis anglicana del Norte de la China, dicho objeto sólo podría ser alcanzado si los primeros cristianos, que habían sido convertidos por nuestras labores, entendían claramente que podían por sí mismos, sin más ayuda nuestra, no sólo convertir a sus vecinos, sino establecer iglesias.

Esto significaba que ya los primeros grupos de convertidos debían estar tan cabalmente dotados de toda autoridad espiritual, que pudieran multiplicarse por sí mismos, sin ninguna necesaria referencia a nosotros, que si bien mientras nosotros estuviéramos allá, podían considerarnos como consejeros útiles, nuestro alejamiento no debería mutilar a la iglesia, o privarla de algo que fuera necesario para su expansión ilimitada. Sólo de esa manera me parecía posible que las iglesias crecieran rápida y seguramente sobre vastas áreas; pues veía que un solo obispo extranjero no podría establecer la iglesia en las seis provincias sobre las cuales estaba nominalmente puesto, fundando puestos misioneros gobernados por superintendentes misioneros, aun en el caso de que tuviera una ilimitada provisión de hombres y dinero a su disposición. La restricción de la ordenación a unos pocos nativos especialmente preparados

por nosotros, y dependientes para su sostenimiento y el de sus familias de salarios proporcionados por nosotros o por la pequeña comunidad cristiana nativa, me parecía que hacía imposible cualquier expansión importante de la Iglesia, y sugería desde el comienzo mismo que en la iglesia había algo esencialmente extranjero que exigía la dirección de un gobernador extranjero.

Los años transcurridos desde aquella temprana experiencia, y el examen de nuestra obra misionera en otras tierras, han tendido a confirmar más y más aquella impresión. Encuentro que muchos de nuestros misioneros se inclinan a adoptar la misma posición, y que su enunciación es a menudo bien acogida. Muchos están empezando a percibir que no podemos establecer una iglesia extranjera, gobernada y dirigida por extranjeros, y luego, en un momento dado, decir: "Hagámosla indígena o nativa por un proceso de devolución". Si la iglesia ha de ser indígena, deberá brotar en el suelo de las primerísimas semillas sembradas. Uno o dos pequeños grupos de cristianos organizados como iglesias, con sus obispos y ministros, podrían extenderse por todo un imperio. Serían evidentes e indiscutiblemente iglesias nativas. Pero si establecemos misiones más bien que iglesias, inevitablemente surgirán dos malas consecuencias, que ahora advertimos en mayor o menor grado: esterilidad y antagonismo.

Si los primeros grupos de cristianos nativos no están plenamente equipados para multiplicarse sin la ayuda de un obispo extranjero, dependerán de él, y el progreso responderá a las posibilidades de éste para abrir nuevos puestos o para proveer superintendentes misioneros. Este camino lleva a la esterilidad. Si los primeros grupos de cristianos nativos no son iglesias plenamente organizadas que puedan multiplicarse por sí mismas, sino que deben aguardar la llegada de un obispo extranjero, son esclavas. Durante años, tal vez generaciones, deberán aceptar esa

sujeción; en realidad, puede que ni ellas ni sus dirigentes extranjeros la sientan; pero tarde o temprano deberán despertar y entonces no veo cómo podrán evitar el sentirse resentidas. Si yo fuera indio o chino o africano, me ofendería profundamente el intento de establecer la Fe en mi país por parte de hombres que dieran por sentado que ellos debían controlar y dirigir nuestra vida y progreso espirituales. Me ofendería profundamente el dominio de obispos y superintendentes misioneros extranjeros. Diría:

Nos enseñaban que los órdenes son necesarios en la iglesia, nos enseñaban que los obispos son necesarios para la administración de los órdenes, pero insistían en que un obispo debe ser un dignatario con un gran estipendio, e insistían en que nosotros no éramos suficientemente instruidos para ser obispos. Con raras pausas ordenaban a algunos de nosotros, pero nunca nos pusieron en situación de consagrar nuestros propios obispos. Así mantuvieron en sus manos toda la autoridad espiritual.

¿Por qué debe estar toda la autoridad espiritual en sus manos? No pueden afirmar que en eso estén siguiendo a los apóstoles; no pueden pretender estar obedeciendo un mandamiento de Cristo. Simplemente son esclavos de sus tradiciones; pues deben saber que no podemos avanzar sin nuestros propios obispos.

Por más noble que fuera su carácter, por más considerada que fuera su acción, por amables que fueran sus maneras, yo sentiría esto. No me conformaría con concilios de iglesias; nada me satisfaría, a no ser un episcopado nativo, nada sino la autoridad espiritual para un avance ilimitado. Por consiguiente, no me sorprende cuando oigo que casi en todas partes en nuestras misiones está surgiendo un sentimiento de descontento por nuestro dominio; pues yo mismo, que no soy indio, ni chino, ni africano, siento que eso está mal.

El dotar a pequeñas congregaciones de cristianos de pleno poder y autoridad como iglesias locales eliminaría la mayor parte, sino todas; las actuales causas de fricción. Dejaríamos de hablar de una iglesia nativa como algo que debe alcanzarse después de largos años, de generaciones dé prueba. Habría inmediatamente iglesias nativas que todos reconocerían como nativas. Habría amplia oportunidad para que las mentalidades nativas más capaces y vigorosas ejercieran todos sus poderes en la dirección y el avance de las iglesias. Sin necesidad de hablar más, habríamos demostrado a todos que no predicamos a Cristo a fin de extender nuestro dominio, como afirman nuestros enemigos: Habríamos probado que realmente queremos decir lo que decimos cuando tan a menudo, aunque sin ninguna demostración de que entendemos el significado de las palabras que queremos ser ayudadores, no amos de las almas de los demás.

Casi no es posible hacer una declaración sobre las misiones, que no se encuentre alguien que la contradiga. Continuamente se están haciendo declaraciones de hechos, que se repiten una y otra vez en las revistas misioneras, sin que se plantee ninguna pregunta mientras la conclusión implícita o expresada sea que hay que contribuir más liberalmente para afrontar las necesidades actuales en la forma acostumbrada; pero si se las utiliza para plantear una pregunta acerca de la sabiduría de nuestra política o práctica misioneras, se las discute. En consecuencia, me ha resultado un tanto difícil decidir hasta dónde es necesario que apoye mis declaraciones de hechos con referencias o citas. Haber agregado referencias y citas en apoyo de cada declaración hecha hubiera sido tedioso y absurdamente largo. He tomado la proverbialmente peligrosa vía media, citando, aunque pueda parecer innecesariamente largo, cuando se trata de puntos que me parecían de gran importancia, como, por ejemplo, en mi tratamiento del tema de la prepa-

ración del ministerio nativo, mientras que en cuestiones a mi ver de menor importancia o sobre puntos que los lectores críticos y observadores pueden hallar diseminados en las revistas misioneras, me he contentado con una simple referencia, o ninguna.

Hay otra dificultad que sale al paso a cualquiera que quiera escribir sobre métodos misioneros en términos generales: y es que no le resulta fácil hallar expresiones que sean universalmente ciertas, o reglas que no tengan excepciones. El resultado es que tan pronto hace alguna declaración, surge algún individuo que exclama que esa declaración no es verdadera, porque no lo es en su experiencia en su distrito; de modo que se crea la impresión de que la declaración en cuestión es una burda exageración y que el autor es un descuidado fabricante de generalizaciones apresuradas. A veces esta acusación obedece al desconocimiento de la realidad aun en ese distrito en particular. Recuerdo que un hombre de gran experiencia me dijo que había discutido con cierto misionero el sentido de agravio ante su posición de subordinación que sentían los obreros nativos de la misión. El misionero le respondió: "Gracias a Dios, aquí no tenemos esa dificultad"; sin embargo, el primer nativo con quien se encontró al salir de la casa del misionero, empezó inmediatamente a derramar sus quejas sobre el asunto. Creo que con respecto a mis libros anteriores he sido afortunado al haber sufrido mucho menos de esta clase de crítica de lo que había esperado, pero no he escapado, ni podría haberlo hecho, del todo, y no puedo esperar escapar ahora. Sólo puedo pedir a mis lectores que no crean que he escrito nada descuidadamente; sólo puedo pedirles que recuerden que el distrito con el cual están familiarizados no es el único distrito en el mundo; sólo puedo pedirles que presten atención más bien a los principios esenciales que a los detalles particulares; recordando que

las frutas de una temporada no maduran todas en un día, y que si no ven el fruto maduro en su distrito tal vez sea porque todavía no ha llegado su hora. La semilla que produjo el fruto puede estar allí, y lo que les pido que averigüen es el carácter de la semilla que siembran, para que no se lleven una sorpresa cuando aparezca el fruto.

Un misionero muy capaz y distinguido que tuvo la bondad de leer este libro en manuscrito, objetó que yo hablo mucho de "tendencias". Dijo: "Usted está siempre diciendo que algo tiende a producir alguna otra cosa". Esto es exactamente lo que quiero decir. Trato de señalar que determinada semilla debe producir cierto fruto, y lo ilustro.

2. Naturaleza y carácter de la expresión espontánea

Cuando de las impacientes instancias y exhortaciones que llenan las páginas de nuestros modernos periódicos misioneros nos volvemos a las páginas del Nuevo Testamento, nos asombra la diferencia de atmósfera. San Pablo no exhorta repetidamente a sus iglesias a dar dinero para la propagación de la fe: le interesa mucho más explicarles qué es la fe, y cómo deben practicarla y mantenerla. Lo mismo se puede afirmar de San Pedro y San Juan, y de todos los escritores apostólicos. No parecen sentir necesidad alguna de repetir la gran comisión y de instar a sus convertidos a hacer discípulos en todas las naciones. Lo que leemos en el Nuevo Testamento no es una ansiosa apelación a los cristianos para que difundan el Evangelio sino una nota aquí y allá que sugiere cómo se estaba difundiendo: "las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día" (Hechos 16:5); "en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada" (1 Tes. 1:8); o como resultado de la persecución: "los que fueron esparcidos por todas partes anunciando el evangelio" (Hechos 8:4).

Y no es ésta una nota peculiar de la época apostólica, una señal de la asombrosa inspiración y el poder de la predicación y el ejemplo apostólicos: durante siglos la Iglesia cris-

tiana continuó expandiéndose por su propia gracia inherente, y produjo una incesante provisión de misioneros, sin ninguna exhortación directa.

Tampoco el resultado de la predicación de sus misioneros anónimos fue la creación de grupos sueltos de creyentes en ciudades y aldeas por todo el Imperio. Todos esos grupos eran iglesias cabalmente organizadas. La primera noticia que tenemos de la existencia de cristianos en algún lugar es el nombre de su obispo que aparece en la lista de asistentes a algún concilio.

La expansión se producía ordenadamente: en el momento en que se hacían conversos en un lugar, se designaban ministros de entre ellos: presbíteros obispos, u obispos, quienes a su vez organizaban e incorporaban a la unidad de la Iglesia visible a cualquier nuevo grupo de cristianos que se formara en su vecindad diciendo que el fruto de esa semilla ha aparecido aquí o allá. Lo cual, por cierto, es lo que debo hacer si mi propósito es persuadir en lo posible a mis lectores de que eviten sembrar una clase de semilla y siembren en cambio otra.

Tal vez debiera decir algo sobre el plan de este libro. Empiezo tratando de presentar 1a naturaleza de la fuerza que determina la expansión espontánea y los peligros de tratar de controlarla. Luego señalo algunos vacilantes intentos en nuestros días de reconocerla y darle su lugar. Después muestro las dificultades que nos impiden darle el lugar que le corresponde, los terribles temores que nos acosan, temores por nuestra doctrina, nuestras normas morales, nuestras ideas de la cristiandad civilizada, nuestra organización. Al hacer esto, sostengo que tales temores, aunque son reales y naturales, son equivocados, que las normas que tanto apreciamos no son nuestro Evangelio, y que el intento de mantenerlas mediante nuestro control es un método falso.

La expansión espontánea debe ser libre: no puede estar

bajo control; y por consiguiente es totalmente vano decir, como oigo 'decir constantemente, que deseamos ver una expansión espontánea, y sin embargo, debemos mantener nuestro control. Si queremos ver una expansión espontánea debemos establecer iglesias nativas libres de nuestro control. Yo les pediría a mis lectores que tuvieran siempre presente esta verdad fundamental y recordaran que cuando hablo de iglesias no estoy pensando en iglesias pseudo nacionales, nacionales sólo de nombre, sino en iglesias locales, como las fundadas por San Pablo, iglesias plenamente establecidas, con sus propios ministros. Si mis lectores no tienen esto presente, temo que interpreten en forma totalmente equivocada aquellos capítulos que tratan de doctrinas y prácticas y organización, leyéndolos como si estuviera ocupándome de esas cuestiones en sí, cuando sólo tienen lugar en mi argumentación en relación con la expansión espontánea de la Iglesia. Finalmente, intento sugerir una manera de salir de nuestra situación actual.

Así fue como setenta años después de la fundación de la primera iglesia cristiana gentil en Antioquia de Siria, Plinio escribía en los términos más fuertes acerca de la difusión del cristianismo por toda la remota Bitinia, una difusión que, en su concepto, ya amenazaba la estabilidad de otros cultos en toda la provincia. Otros setenta años después, la controversia pascual revela la existencia de una federación de iglesias cristianas que se extendía desde Lyón hasta Edessa, con su sede central establecida en Roma. Nuevamente, setenta años después, el emperador Decio declaraba que prefería tener como rival en Roma otro emperador antes que un obispo cristiano. Y antes que hubieran transcurrido otros setenta años la cruz fue cosida sobre los estandartes romanos (HARNACK, Misión and Expansion, ii, 486).

Esto es, pues, lo que quiero decir con expansión espontánea. Aquella expansión que sigue a la actividad no organizada ni forzada de los miembros de la Iglesia que individualmente explican a otros el Evangelio que han hallado para sí mismos; la expansión que sigue a la irresistible atracción que la Iglesia cristiana tiene para las personas que ven su vida ordenada, y son atraídas a ella por el deseo de descubrir el secreto de una vida que ellos instintivamente desean compartir; y también la expansión de la Iglesia por el agregado de nuevas iglesias.

No sé que les parecerá a otros, pero para mí esta expansión espontánea, no dirigida ni organizada, tiene un encanto que supera en mucho al de nuestras misiones modernas tan organizadas. Me encanta pensar que un cristiano al viajar por negocios, o huir de la persecución, podría predicar a Cristo, y como resultado de su predicación podría surgir una iglesia, sin que su labor fuera anunciada por las calles de Antioquia o Alejandría como encabezamiento de un pedido a los cristianos para que donaran fondos para establecer una escuela, o como texto de una exhortación a la iglesia de su ciudad natal para que enviara una misión, sin la cual los nuevos con-versos, privados de dirección, inevitablemente debían alejarse de la fe. Sospecho, sin embargo, que no estoy solo en esta extraña preferencia, y que muchos otros leen sus Biblias y hallan allí con alivio un bienvenido escapé de nuestros pedidos materiales de fondos y de nuestros métodos de mover cielo y tierra para hacer un prosélito.

Pero la gente dice que tal alivio sólo es para los soñadores, que la época de esa expansión sencilla ha pasado, que debemos vivir en nuestra época, y que en nuestra época no es de esperar esa expansión espontánea; que una sociedad elaborada y altamente organizada debe emplear métodos elaborados y altamente organizados, y que de nada sirve suspirar ahora por una sencillez que mientras existió tuvo

muchas fallas y defectos, y que, por atractiva que fuera, no puede ser nuestra. Desde luego, debo admitir que, si lo que se dice es cierto, si realmente es mejor que sean enviados misioneros rentados desde una oficina elaboradamente organizada, y sostenidos por un departamento y dirigidos, por personal superior desde una sede central, si es realmente cierto que nuestra complicada maquinaria es una gran mejora sobre la práctica antigua, y que para llevar el conocimiento de Cristo a todo el mundo, todo esto es en realidad mucho más eficaz que los métodos más sencillos de la edad apostólica, entonces debo reconocer que suspirar por una sencillez ineficiente es inútil, y peor que inútil. Pero si nosotros, agobiados por el peso de nuestras organizaciones, suspiramos por la espontánea libertad de la vida en expansión, es porque vemos en ella algo divino, algo profundamente eficiente en su misma naturaleza, algo que alegremente recuperaríamos, algo que la complicación de nuestra maquinaria moderna oscurece y ahoga y mata.

No debemos exagerar la eficiencia de nuestras misiones modernas altamente organizadas. En el año 1924-25 cuando una fuerza de 1.233 misioneros extranjeros, ayudados por 15.183 ayudantes nativos remunerados, y sostenida por 603.169 cristianos bautizados, estaba bajo la dirección de la más altamente organizada de nuestras sociedades misioneras (la Sociedad Misionera de la Iglesia Anglicana), el número de adultos bautizados en el año llegó a 31.329; esto es 1,9 por cada obrero remunerado, suponiendo que los 603.000 cristianos bautizados no hicieran nada por difundir el Evangelio. Esto indudablemente es eficiente según nuestro concepto de la eficiencia; pero por cierto deja bastante que desear.

En Madagascar, todos los misioneros fueron expulsados de la isla por veinticinco años y se emprendió una severa persecución de los cristianos. "Sin embargo", se nos dice,

"al cabo de un cuarto de siglo de persecuciones los seguidores de Cristo se habían multiplicado por diez" (International Review of Missions, Oct. 1920, págs. 573, 574). Más tarde se permitió el retorno de los misioneros. Mr. Hawkins describe este período (1870-95) como un período de gran desarrollo:

El personal de todas las misiones que trabajaban en la isla aumentó enormemente, se edificaron iglesias por toda la provincia central de Imerina, la obra se extendió a otras partes de la isla, se establecieron centenares de escuelas y se fundó una escuela de teología para la preparación del ministerio nativo. En Tananarive, en los lugares donde los mártires cristianos habían dado sus vidas, se erigieron hermosas iglesias memoriales. Se inauguró una escuela normal y escuelas secundarias para varones y niñas, se estableció una misión médica, y se perfeccionó la organización de la iglesia nativa (International Review of Missions, Oct. 1920, págs. 573, 574).

¿ Pero los seguidores de Cristo se multiplicaron diez veces en aquellos veinticinco años o en los veinticinco años que siguieron a esa organización? Eso no se nos dice.

2

Si buscamos la causa que produce una rápida expansión cuando una nueva fe se apodera de hombres que se sienten capaces y libres para propagarla espontáneamente por su propia iniciativa, hallamos sus raíces en cierto instinto natural. Este instinto está admirablemente expresado en un dicho de Arquías de Tarento, citado por Cicerón:

> Si un hombre ascendiera al cielo y viera la hermosa naturaleza del mundo y de las estrellas, su sentimiento de asombro, en sí mismo sumamente deleitable, perdería su dulzura si no tuviera alguien a quien pudiera decírselo (De amicitia, xxiii, 88).

Esta es la fuerza instintiva que impulsa a los hombres, aun a riesgo de su vida, a impartir a otros un gozo recién hallado: por eso es que es proverbialmente difícil guardar un secreto. No es sor-prendente, pues, que cuando los cristianos están diseminados y se sienten solitarios ese anhelo de comunión exija una salida, especialmente cuando la esperanza del Evangelio y la experiencia de su poder es algo nuevo y maravilloso. Pero en los cristianos hay algo más que este instinto natural. El Espíritu de Cristo es un Espíritu que ansía la salvación de los hombres y lucha por ella, y ese Espíritu mora en ellos. Ese Espíritu convierte el instinto natural en el anhelo de la salvación de otros, algo que es indudablemente divino en su origen y su carácter.

3

Donde este instinto de expresión, este divino anhelo de la salvación de otros tiene libre expresión, ejerce un poder sumamente extraordinario. Poder que sugiere vívidamente M. Taine en su *History of the English Literature*. Hablando de las causas que llevaron a la Reforma en Inglaterra, describe la forma en que el conocimiento de la "salvación" se difundió por todo el país :

Seul a seul, quand il est sur de, son voisin illui parle, et quand un paysan parle de telle sorte a un paysan, un ouvrier a un ouvrier, vous savez que1 est l' effet. (De uno a otro, cuando está seguro de su vecino le habla, y cuando un campesino habla de esta suerte a un campesino, un obrero a un obrero, sabéis cual es el efecto") Libro 2, Cap. 5, Pág 310, 3ª Edición, 1873.)

La expansión espontánea comienza con el esfuerzo del individuo cristiano por ayudar a su prójimo, cuando la experiencia común, las dificultades comunes, el trabajo común han unido primero a los dos. Es esa igualdad de

comunidad y experiencia lo que hace que el uno entregue el mensaje en términos que el otro puede entender, y hace que el oyente enfoque el tema con simpatía y confianza con simpatía, porque la experiencia común hace fácil y natural la aproxi-mación; con confianza, porque el uno está acostumbrado a entender lo que el otro dice y espera entenderlo ahora.

Lo que produce convicción es el manifiesto desinterés del que habla. Habla de corazón porque está demasiado ansioso para poder dejar de hablar. Su tema se ha apoderado de él. Habla de lo que sabe, y lo sabe por experiencia. La verdad que imparte es su verdad. Conoce su fuerza. Habla casi tanto para aliviar su mente como para convertir a su oyente, y sin embargo, está tan ansioso por convertir a su oyente como por descargar su propia mente; porque su mente sólo puede ser aliviada compartiendo su nueva verdad, y su verdad no es compartida hasta que alguien no la ha recibido. Su oyente se da cuenta de esto. E inevitablemente es movido por esto. Antes de haber experimentado él mismo la verdad, ha compartido la experiencia del que le habla.

A todo esto se añade el misterioso poder de un secreto. La experiencia cristiana es siempre un secreto; y el que habla de ella a otro le hace un sutil cumplido cuando le confía el secreto de su vida. Pero cuando, como sucede a menudo en el campo misionero, ese secreto es un secreto peligroso, cuando el hablar descuidadamente puede atraer el castigo, la desgracia o la persecución, el que habla confía a su oyente la seguridad de su vida, o su libertad, o su propiedad; semejante confianza, obliga a prestar atención.

También sobre el que habla, el esfuerzo de expresar su verdad ejerce un profundo efecto. La expresión de su experiencia la intensifica, la renueva, la repite, la ilustra. Al hablar de ella vuelve a repetirla; al exponerla ante otro la expone delante suyo en una nueva luz. Adquiere un sentido

más profundo de su realidad y poder y significado. Al hablar de ella se consagra él mismo a la conducta y la vida que ella implica. Se proclama a sí mismo ligado por ella, y cada vez que su palabra produce efecto sobre otro, ese efecto reacciona sobre él mismo, haciéndelo asirse con más seguridad y fuerza de su verdad. ,

Pero esto ocurre solamente si su palabra es voluntaria y espontánea. Si es un agente a sueldo este hecho afecta, tanto al que habla como al que escucha. El que habla, sabe, y sabe que el otro sabe, que está empleado por una misión para hablar. No está entregando su mensaje porque no puede dejar de hacerlo, No está hablando de Cristo porque solamente Cristo lo impele. La gente pregunta a nuestros agentes a sueldo: " ¿Cuánto le pagan a usted por este trabajo? ¿ Y no deben responder? ¿Y no destruye la respuesta el efecto en que hemos estado pensando?

Una de las grandes virtudes de la expresión espontánea, voluntaria, es que, en el esfuerzo por expresar a otro una verdad que el que habla ha hallado, éste sólo renueva el pasado, sino que, especialmente en las primeras etapas, descubre su propia ignorancia sobre muchos aspectos de su verdad, y generalmente está ansioso por aprender e inquirir más para sí mismo. Busca diligentemente respuesta a las dificultades, que se le presentan. No es un predicador autorizado y licenciado; no tiene que mantener una omnisciencia profesional; puede confesar y confiesa, su ignorancia, y busca ayuda. Está obligado a pensar una y otra vez cuáles son las implicaciones de su verdad; tiene pocas respuestas hechas, estereotipadas. A medida que progresa, indudablemente éstas, tienden a multiplicarse, pero al principio no pueden multiplicarse sin mucha experiencia real. Así, pues, la espontánea expresión voluntaria de la verdad experimentada fortalece y hace avanzar al que habla.

4

No obstante, instintivamente desconfiamos de ella. "Vosotros sabéis'",dice M. Taine, dirigiéndose a sus lectores, "vosotros sabéis cuáles el efecto de esta clase de conversación", Lo sabemos; pero la mayoría de nosotros lo saben más por un esfuerzo de la imaginación que por experiencia. Si M. Taine se hubiera dirigido a nosotros diciendo: "Vosotros conocéis los resultados", ¿no hubiéramos la mayoría de nosotros respondiendo con no menos seguridad: "Lo conocemos", y no se hubieran vuelto nuestras mentes inmediatamente al surgimiento de aquellas curiosas y peligrosas sectas anabaptistas y antinomianistas cuyas desenfrenadas fantasías pusieron a prueba la sabiduría y la paciencia de los hombres sobrios y sensibles de sus días y nuestra propia curiosidad y asombro. Cuando M. Taine dice: "Vosotros conocéis el efecto", también pensamos en hombres como Juan Bunyan. Si hubiera dicho: "Conocéis el resultado", podríamos haber pensado en ese difundido conocimiento de la Biblia, o ese temperamento sobrio, serio, o esa conducta grave y ordenada, que ponen un sello indeleble para siempre en el carácter de nuestra nación; pero instintivamente pensamos primero en herejías, cismas, luchas de partidos y disputas, en la desenfrenada licencia de la interpretación individual. Si esto es cierto, es sólo una ilustración de nuestra actitud moderna hacia la expansión espontánea. Inmediatamente surge la pregunta de si ello es deseable en sí; y el pensamiento instintivo de nuestras mentes lo ha condenado de antemano como un método irracional de progreso religioso. Está claro que, aunque posee todas las ventajas de que he hablado, también abre la puerta a las manifestaciones desequilibradas de un entusiasmo desenfrenado; y hoy, nosotros estamos ciertamente inclinados a fijarnos más en las últimas que en

las primeras. Este hecho por sí solo basta para explicar su relativa ausencia en nues1tras misiones.

Le tememos porque sentimos que es algo que no podemos controlar. Y esto es cierto. No podemos ni provocar ni controlar la expansión espontánea, ya sea que la miremos como la acción del individuo o de la Iglesia, simplemente porque es espontánea. "El viento de donde quiere sopla", dijo Cristo, y la actividad espontánea es un movimiento del Espíritu en el individuo y en la Iglesia, y nosotros no podemos controlar al Espíritu.

Dado el celo espontáneo, podemos dirigirlo mediante la instrucción. Aquila pudo enseñarle a Apolos más perfectamente el camino de Dios. Pero enseñar no es controlar. La enseñanza puede ser rechazada, el control, si es control, no puede ser rechazado; la enseñanza conduce a la ampliación, el control a la restricción. Intentar controlar el celo espontáneo es, pues, intentar restringirlo; y el que restringe algo prefiere que sea poco y no mucho. Así, muchos de nuestros misioneros ven con buenos ojos el celo espontáneo, con tal que no sea demasiado para sus restricciones, así como un ingeniero que está modificando el curso de un río se alegra de que haya un poco de agua en sus canales, pero no quiere una creciente que podría arrastrar los diques. Tales misioneros oran por el viento del Espíritu, pero no por un viento arrolladoramente poderoso. Yo estoy escribiendo porque creo en un viento poderosamente arrollador, y deseo su presencia a costa de todas nuestras restricciones. Pero si esto es de lo que estamos hablando, es inútil imaginar que podamos controlarlo. Empecemos reconociendo que no podemos. Si hacemos esto, podemos escapar de la confusión creada por aquellos que dicen que tienen una expansión espontánea en sus misiones y se regocijan en ella; y, sin embargo, dicen también que son enviados a controlar y deben controlar.

Por expansión espontánea me refiero a algo que no podemos controlar. y si no podemos controlarla, creo que debiéramos regocijarnos en que no podemos. Porque si no podemos controlarla es porque es demasiado grande para nosotros, no demasiado pequeña. Las grandes cosas de Dios están fuera de nuestro control. Esto da base para una gran esperanza. La expansión espontánea podría llenar los continentes con el conocimiento de Cristo: nuestro control no puede llegar tan lejos. Constantemente estamos lamentando nuestras limitaciones: puertas abiertas por las que no entramos; puertas que se nos cierran por ser misioneros extranjeros; campos blancos para la siega que no podemos cosechar. La expansión espontánea podría entrar por las puertas abiertas, forzar las cerradas, y segar esos campos maduros. Nuestro control no puede hacerlo: sólo podemos clamar angustiosamente por más hombres para mantener el control.

Siempre hay algo aterrador en el sentir de que estamos liberando una fuerza que no podemos controlar; y cuando pensamos de esta manera en la expansión espontánea, comenzamos instintivamente a tener miedo. Sea que consideremos nuestra doctrina, o nuestra civilización, o nuestras costumbres, o nuestra organización en relación con una expansión espontánea de la Iglesia, se apodera de nosotros el pánico, el terror de que la expansión espontánea pudiera llevar al desorden. Estamos muy dispuestos a hablar de iglesias de sostén propio, gobierno propio y propagación propia, en abstracto, como un ideal; pero en el momento en que pensamos en nosotros como instrumentos para el establecimiento de iglesias que sean tales en el sentido bíblico, nos acomete el miedo, un miedo terrible, mortal. Supongamos que realmente se sostuvieran por sí mismas y no dependieran más de nuestro sostén, ¿dónde quedaríamos nosotros? Supongamos que realmente se propagaran por sí solas y no pudiéramos controlarlas, ¿qué

sucedería? Supongamos que realmente se gobernaran por sí mismas, ¿cómo se gobernarían? Instintivamente pensamos que algo que no podemos controlar tiende al desorden.

5

El hecho de que en nuestras misiones veamos relativamente pocas señales de una fuerza tan potente y tan universal, es en sí mismo prueba suficiente de que en nuestro método de trabajo debe haber alguna influencia restrictiva. El hecho de que tan a menudo atribuyamos la falta de celo misionero a la incapacidad de nuestros convertidos antes que a esa influencia restrictiva, es prueba suficiente de nuestra ceguera. El hecho de que a la vez que oramos por manifestaciones de celo de parte de nuestros convertidos, evitemos instintivamente dar los pasos que podrían llevar a su realización, es más lamentable que sorprendente. La fuerza es en realidad tan potente que resulta alarmante.

Este instinto que busca la expresión espontánea es tan poderoso que resulta alarmante, pero no es opuesto por naturaleza al orden. Es esencialmente un instinto social. El Islam se difundió en África, según dicen, principalmente mediante la actividad espontánea de sus conversos; pero esa expansión no fue desordenada, en el sentido de que se oponga al orden islámico. No divide a los musulmanes en innumerable sectas; no rechaza las enseñanzas islámicas, no prefiere el desorden y la desunión.

Si el instinto natural no es contrario al orden, menos contrario aún es el Espíritu divino. Pero ambos pueden ser puestos en oposición al orden establecido, Cuando el afán de expresar ese instinto natural, esa gracia de origen divino, se halla confinado por orden de una autoridad superior, por las condiciones establecidas por la autoridad, es

tan fuerte que difícilmente pueda ser refrenado. Si los hombres sienten que están actuando en algún sentido contra la voluntad implícita o expresa, de la autoridad, saltan todas las barreras, y entonces existe el peligro de que caigan en las más desenfrenados excesos; porque empiezan por quebrantar el único orden que conocen, y al estallar pueden expresarse en violenta hostilidad hacia aquello que los refrena, Sin embargo, desean orden. Cuán poca es la oposición natural al orden del Espíritu que crea la expansión espontánea, se puede ver en la historia de la Reforma en Inglaterra. Los hombres recibieron entonces una doctrina de "salvación" que les dio nueva esperanza, y no pudieron evitar el propagarla; pero hallaron Ia oposición de las autoridades religiosas de sus días. Entonces, a riesgo de sus vidas, persistieron en expresar ese instinto de compartir un gozo, esa gracia que busca la salvación de otros. Rompieron con todo el orden que conocían, y el resultado inmediato fueron excesos desenfrenados. Pero aún así, aunque el movimiento estaba en oposición a la vida religiosa ordenada del país, los excesos más desenfrenados estuvieron limitados a unos pocos, y la gran mayoría deseaba orden, y en un lapso notablemente breve creó el orden, aún en el cisma.

Pero tal vez se diga que lo que tenemos no es la libre expresión de este instinto natural, y menos aún de esta gracia divina: lo que tememos es la expresión de la obstinación y la presunción del hombre. Estas son las verdaderas fuentes de: desorden; y desgraciadamente los hombres no son movidos solamente por el celo puro del Evangelio, No es posible abrir la puerta a una libertad sin restricciones para la expresión del instinto natural y la gracia espiritual, sin abrirla también a la expresión de la obstinación; y no estamos dispuestos a esto.

Esto es muy cierto; pero lamentablemente también es cierto que no podemos controlar la licencia de la obstina-

ción sin controlar al mismo tiempo el celo que brota del instinto natural y de la gracia del Evangelio. No podemos distinguir la actividad de la una de la actividad del otro. Los motivos que influyen en la acción de los seres humanos están muy mezclados. Cualquiera que haya tratado de analizar sus motivos para determinada acción debe saberlo. Los que ejercen autoridad no están más libres de esa mezcla de motivos que los que están sujetos o resisten a la autoridad. No podemos, pues, arrancar la cizaña sin arrancar también al trigo con ella. La misma acción que reprime una exhibición de la obstinación, reprime también una exhibición de celo piadoso. En realidad, el celo piadoso puede ser reprimido con una contención mucho más liviana que la obstinación. Un ejercicio de la autoridad suficientemente fuerte como para mantener a la segunda dentro de sus limites, a menudo basta para suprimir del todo el celo.

Si los nuevos convertidos reciben la impresión de que el instinto natural de impartir su nuevo gozo, el deseo divino de la salvación de otros, sólo deben ser expresados bajo dirección, se encuentran atados, sujetos y aherrojados. El celo desaparece, y la Iglesia es despojada de la inspiración que da el sentido de que los hombres se están convirtiendo y la Iglesia está creciendo sin que nadie sepa cómo o por quién. La Iglesia es despojada, sin saber cómo; pero lentamente se desarrolla un oscuro sentido de que no todo anda bien en ella, de que hay alguna influencia restrictiva, y tarde o temprano los cristianos se vuelven a sus directores y los acusan de haberlos en cierto sentido retenido. No saben qué es lo que está mal. Ni en sus corazones ni en sus pensamientos existe el celo por la conversión de sus semejantes. Pero la supresión de ese primer celo que nunca se expresó es la causa real de sus dificultades.

6

La misma verdad se aplica a las iglesias. La expansión espontánea comienza con la expresión individual, continúa con la expresión corporativa, y si ésta es frenada, nuevamente surge el peligro del desorden. La negación de un episcopado nativo, la negación del gobierno propio, parecen en el momento una gran seguridad para el orden, y por el momento lo son; pero reprimen el instinto de auto-propagación y dañan la plenitud de la vida. Porque entonces el instinto debe ser sofocado, lo cual constituye una penosa pérdida para todo el cuerpo, porque significa estancamiento, y el estancamiento de una parte es una fuente de veneno para el todo. Así, pues, la seguridad momentánea se alcanza a gran costo, y sólo puede ser momentánea. El instinto de expresión es tan fuerte que no puede ser refrenado por mucho tiempo. Entonces debe repetirse en escala mayor la lucha que vimos en el caso del individuo. El tiempo que este proceso puede tardar en llegar a su desenlace puede ser mayor que en el caso anterior, pero mientras más dure mayor será el trastorno. Tampoco aquí es el deseo de expresión el que produce el desorden, es el deseo que arremete contra el orden porque no puede expresarse dentro del único orden que conoce. Esto también es dañino; significa el desgarramiento del cuerpo; y esto es un doloroso mal y fuente de mal para todo el cuerpo. La única alternativa es que tenga libre curso dentro del orden del todo.

7

Ni el instinto natural, ni la gracia del Evangelio, ni la obstinación del hombre pueden ser erradicados permanentemente por ninguna autoridad externa. La obstinación es el enemigo natural del orden; el celo piadoso es su

aliado natural. La restricción fuerza al celo piadoso a oponerse al orden: tarde o temprano tiene que estallar, y si lo hace en oposición al orden, aparecen la obstinación y la presunción como sus aliadas, presentándose como las libertadoras del celo. Es peligroso restringir lo que no puede ser aplastado permanentemente: Naluram expellas furca tamen usque recurret. Es mucho mayor el peligro de desorden cuando; por miedo a la expresión de la obstinación, restringimos un instinto de origen divino, que cuando aceptamos los riesgos que implica el darle libre juego. Pero porque momentáneamente, por el ejercicio de la autoridad o por nuestra influencia, o por la influencia de las condiciones que hemos creado, o por la insistencia sobre la ley, podemos evitar los obvios peligros presentes en la libertad, naturalmente tendemos a pensar que este es el proceder más seguro.

8

Se dice que cuando Dios anunció a los ángeles su propósito de crear al hombre a su imagen, Lucifer, que había caído aún del cielo, exclamó: "Seguramente no le darás el poder de desobedecerte". Y el Hijo le respondió: "El poder de caer es el poder de levantarse". Lucifer no conocía ni el poder para levantarse ni el poder para caer, pero esa expresión "poder para caer" anidó en su corazón, y empezó a desear conocer ese poder, y desde ese día en adelante planeó la caída del hombre. El mismo cayó, y enseñó al hombre a conocer su poder y a usar su poder para caer. Cuando en la plenitud del tiempo vio la redención realizada por Cristo, empezó a entender vagamente que el poder para caer es poder para levantarse; pero lo entendió equivocadamente. De ahí que, cuando los discípulas de Cristo empezaron a multiplicarse y su propio reino a disminuir, su mente se

volvió instintivamente en contra de ese poder de caer. Pensó que si podía controlar, u obstaculizar, el poder de caer, podría controlar también el poder de levantarse. Empezó a tratar de inducir a los apóstoles a que sujetaran a todos los gentiles convertidos dentro de los límites de la ley de Moisés; y fue defraudado por la osadía deja fe del gran Apóstol de los gentiles. Pero desde entonces ha estado tratando de lograr su propósito, esforzándose por inducir a los siervos de Cristo a que priven a los convertidos del poder de caer, encerrándolos con leyes de una u otra clase, con la esperanza de que así se vean privados del poder de levantarse: y los hombres, conociendo los terrores de la caída, y temiendo el poder de caer para los nuevos convertidos, están demasiado dispuestos a escucharlo; porque él especula con sus temores.

3. Modernos movimientos hacia la libertad

Supongo que se admite casi universalmente que no podemos esperar, mediante la multiplicación de misioneros, alcanzar a las enormes poblaciones de la China, la India y el África, para no mencionar el resto del mundo, ni cubrir esas grandes áreas con puestos misioneros, y mucho menos proporcionar escuelas y hospitales misioneros suficientes para atender sus necesidades. Los pedidos de dinero y sostén que hacen nuestras misiones actuales tienden más bien a aumentar que a decrecer de año en año. El Dr. Arthur Judson Brown ha señalado lo que eso implica. Hablando en general de la obra de las sociedades europeas y americanas, dice:

> Algunas de las misiones más costosas en el mundo de hoy son las que tienen las iglesias nativas más grandes. Seguramente este proceso debe terminar alguna vez. Si admitiéramos que cuanto más éxito tiene la obra de establecer una iglesia, mayor es la obligación de la iglesia que la funda de sostener sus diversas necesidades, no es difícil pronosticar el desastre. (I.R.M., oct, 1921, vol. X, p. 481.)

Hibbert Ware, hablando desde el punto de vista del misionero encargado, es no menos enfático. Dice :

> Si se espera que la misión no sólo reúna y eduque a las nuevas congregaciones, sino que las mantenga, y controle su organización y sus finanzas, y prepare y supervise su clero, y todo esto durante un

período indefinido que puede llegar (como ya sucedido en algunos casos) a cincuenta años, uno bien puede preguntarse cuánto tiempo puede continuar este proceso; durante cuánto tiempo podrá sostener la misión la carga creciente de sus congregaciones. (The East and the West, Julio 1917, p.259)

Los límites que encierran este método de propagación del Evangelio deben ser relativamente estrechos. Hombres sensatos hace algunos años que están sugiriendo que rápidamente estamos llegando al fin de nuestros recursos, y que no podemos esperar multiplicar nuestros puestos misioneros mucho más. Si intentamos satisfacer una demanda de nuevos misioneros y nuevos puestos que aumenta con cada nuevo puesto que establecemos; y si los puestos que tenemos en la actualidad, cómo es, notorio, carecen de personal suficiente; y si nos resulta difícil, como indudablemente nos resulta, conseguir suficientes hombres y dinero para mantener nuestros actuales puestos, escuelas y hospitales; y si intentamos, como debemos intentarlo, llevar el Evangelio a todo el mundo, ¿no es evidente que el tamaño de la obra y el método no concuerdan? Sin embargo, en la práctica seguimos todavía actuando como si pudiéramos seguir multiplicando indefinidamente los puestos misioneros.

Aunque la provisión de hombres y fondos de fuentes occidentales fuera ilimitada, y pudiéramos cubrir el globo con ejércitos de millones de misioneros extranjeros y establecer innumerables puestos misioneros en todo el mundo, pronto el método revelarla su debilidad, como está empezando a revelarla ya. El mero hecho de que el cristianismo fuera propagado por semejante ejército, establecido en puestos extranjeros en todo el mundo, inevitablemente alienaría a las poblaciones nativas, que vería en ello el crecimiento del dominio de un pueblo extranjero. Se verían despojados de su independencia religiosa, y temerían más y más la perdida de su indepen-dencia social. Los extranje-

ros nunca pueden dirigir con éxito la propagación de ninguna fe en todo un país. Si la fe no se naturaliza y expande entre el pueblo por su propio poder vital, ejerce una influencia alarmante y odiosa, y los hombres le temen y la evitan como algo extraño. Es obvio, entonces, que ninguna sabia política misionera puede basarse sobre la multiplicación de misioneros y puestos misioneros. Un millón no bastarían; una docena podrían ser demasiados.

Muchos han comprendido esto, y han sostenido hasta que se ha convertido casi en un axioma, repetido, sino claramente entendido, por todos nuestros dirigentes, que nuestros misioneros deben tener como finalidad colocar los cimientos para que la India sea evangelizada por los indios, la China por los chinos, África por los africanos, cada país por sus propios cristianos. Esto ciertamente debe significar que nuestras misiones debieran preparar el camino para la evangelización del país por la libre y espontánea actividad de nuestros convertidos, y que su éxito debe ser medido no tanto por el número de misioneros extranjeros empleados, o por el número de convertidos, como por el desarrollo de una iglesia nativa con poder para expandirse. Pero cuando preguntamos cómo ha de prepararse el camino para esa actividad libre y espontánea, hallamos opiniones divergentes y que no hay una política establecida seguida consecuentemente por, nuestras sociedades misioneras. Muchas parecen actuar como si creyeran que nuestro deber es llevar nosotros mismos el Evangelio a todos los habitantes del globo; muchas simplemente emplean tantos obreros nativos como les es posible, y llaman a eso la evangelización del país por los nativos; la mayoría, intentan seguir al mismo tiempo métodos diferentes y opuestos esperando cosechar algún beneficio de todos ellos, totalmente incapaces de decidirse a seguir una política consecuente. Entre aquellas que piensan seriamente en

la preparación de los convertidos para evangelizar sus propios países, se sostienen dos teorías en conflicto, que implican dos métodos en conflicto de trabajo misionero, y que exigen ser consideradas cuidadosamente.

1

Por un lado, están aquellos que sostienen que nuestro primer deber es establecer en cada país una iglesia, no necesariamente muy extendida, ni muy numerosa, pero bien preparada y equipada con todas las ayudas que la ciencia y el arte y la organización pueden proporcionar; que debiéramos concentramos sobre unos pocos aun dentro de la iglesia, instruirlos en las artes de curar y enseñar y gobernar la iglesia, afirmarlos en nuestra doctrina y nuestra ética, y prepararlos así para dirigir a la iglesia en su gran tarea misionera cuando esté maduro el tiempo y la iglesia así fundada haya alcanzado tal fuerza que no sólo pueda hacerse cargo de toda la obra que nosotros empezamos, sino que pueda llevarla a todos los rincones del país.

Los que sostienen esta posición, y son muchos, llegan a apelar a la autoridad de Cristo mismo para apoyar su teoría. Dicen que Cristo se dedicó a los pocos y preparo apóstoles que luego habrían de guiar y conducir a su Iglesia en la gran empresa misionera que Él puso delante de ellos; y sostienen que, si siguiéramos su ejemplo, nuestra principal ocupación sería preparar dirigentes y edificar la iglesia que ellos pudieran dirigir.

No podemos menos que observar, sin embargo, que hay un gran abismo entre la preparación de dirigentes por Cristo y la preparación de dirigentes en manos de estos hombres. Cristo preparó sus dirigentes en dos o tres años; estos hombres han estado preparando dirigentes por más de dos o tres generaciones. Cristo los preparó llevándolos consigo

mientras andaba enseñando y sanando, haciendo la obra que ellos, como misioneros, tendrían que hacer; nosotros preparamos en instituciones. Él preparó a unos cuantos con quienes estaba en la más íntima relación personal; nosotros preparamos muchos que simplemente pasan por nuestras escuelas pensando en aprobar un examen y conseguir un nombramiento. Cristo los preparó en medio de su propio pueblo, de modo que no se perjudicara la intimidad de su relación con su propio pueblo y pudieran moverse libremente entre ellos como uno de los suyos; nosotros los preparamos en un-invemáculo, y su intimidad con su pueblo resulta tan perjudicada que ya nunca más pueden vivir como uno de ellos, o compartir su pensamiento. He oído de estudiantes en escuelas de teología tan ignorantes de la religión de su propio pueblo que tuvieron que recibir lecciones sobre ella de sus maestros extranjeros. Así, pues, sea que consideremos el tiempo dedicado a la preparación, o el número de dirigentes preparados, o el carácter de la preparación, o su manera, o su método, percibimos inmediatamente que la preparación de dirigentes de que hablamos es algo totalmente diferente de aquella que ponemos como ejemplo, y a la cual apelamos como la autoridad para nuestra práctica.

Si el fin que tenemos en vista es la evangelización del país, y para realizar esa obra establecemos la iglesia y preparamos sus dirigentes, nuestra preparación debiera ser preparación para la evange-lización. Pero en la teoría que estoy examinando ahora se diferencia entre la evangelización y la preparación. Pero la iglesia ha de ser fundada, educada, equipada y fundamentada en la doctrina y la ética y la organización; después ha de expandirse. La inserción de este lapso entre la primera evangelización por extranjeros y la segunda evangelización por la iglesia nativa, introduce un grave peligro. Al poner en primer término el

progreso de la iglesia, enseñamos a los convertidos ya los dirigentes que estamos preparando, tan pronto se dan cuenta de la dirección en que están siendo conducidos, que consideren de primera importancia su progreso, que se concentren en sí mismos. Pero eso no es preparación para la evangelización del país. Es compatible un gran avance en esa dirección, con una falta completa de celo por la conversión de otros; y, de hecho, a veces es decididamente opuesto a la expansión. Por ejemplo, el otro día me dijeron que en la India había un considerable sentimiento, entre los estudiantes más jóvenes y mejor preparados, contra la admisión en la iglesia de gran número de analfabetos convertidos de entre los intocables, porque esa admisión tendía a rebajar el prestigio de la Iglesia cristiana en la India, que a lo largo de muchos años había logrado la reputación de ser una comunidad altamente educada.

> "Un obstáculo a la auto-realización de la iglesia india que la menos algunos de sus dirigentes sienten es...el arrastre hacia debajo de los movimientos en masa que vuelcan año a año multitudes ignorantes en la iglesia. Los nuevos dirigentes ansiosos por descubrir y expresar el verdadero espíritu del cristianismo indio y avanzar bajo la dirección de ese espíritu a nuevas e independientes realizaciones, se sienten retenidos por eso peso, tan inmóvil e inarticulado" (Dr. Nicol MacNicol en I.R.M. Abril 1920, p. 219.)

> "Hay muchos dirigentes cristianos indios de nota que ven alarmados este nuevo movimiento, e instan a las misiones a que, lejos de apoyarlo, lo desaniman con todo su poder" (Mr. Cumaraswamy en The East and the West, Oct. 1920, p. 342.)

Esto no debe sorprendernos porque estamos familiarizados perfectamente con el hecho de que es posible que iglesias cristianas estén altamente organizadas y equipadas y sin embargo no entiendan en absoluto la necesidad de llevar el Evangelio a la gente que les rodea. La historia está llena de ejemplos y advertencias. Algunas perecieron totalmente, otras sobrevivieron, perseguidas y atormenta-

das, y otras degeneraron en su fe y sus prácticas. "'El que quiera salvar su vida la perderá." Este peligro le pisa los talones a una práctica que pone en primer plano la elevación de una iglesia joven y trata la obra de evangelización y expansión corno algo que debe seguir a continuación.

Pero se puede decir que aquellos misioneros que creen y practican esta teoría no descuidan el tener siempre en vista la evangelización del país entero como su objetivo último, ni descuidan la preparación de la iglesia nativa para esa labor. Establecen sociedades misioneras y juntas de misiones como parte de la organización de la iglesia, y ya esas sociedades y juntas han enviado misioneros a otras partes del país.

A esto se ha de replicar, primero, que esas sociedades y juntas, constituidas según el modelo occidental, han sido y pueden ser establecidas sólo después de un largo periodo de preparación durante el cual la iglesia nativa está siendo educada; de modo que, en realidad, subsiste el periodo entre la primera evangelización por las misiones extranjeros y sus agentes y la segunda evangelización por la iglesia nativa; y en la introducción de es periodo es donde reside el peligro al cual me estoy refiriendo. Por el otro lado, de este modo la misión constituida así en un departamento de la organización eclesiástica tiene la misma relación con la gran masa de cristianos que tienen nuestras misiones extranjeras con la gran masa de cristianos en nuestro país: : son misiones extranjeras, sostenidas por fondos a los cuales los cristianos pueden contribuir o no. Son un departamento en la organización de la iglesia, entre muchos otros cuyo fin es equipar a una iglesia bien constituida; y son el único departamento que podría ser debilitado, o descuidado, o abolido sin ninguna consecuencia inmediata y desagradable para aquellos que lo descuidaran.

Si cualquier otro departamento, el médico, o el educativo, o el departamento de sostén de la iglesia, por ejemplo, fuera descuidado, todos sentirían pronto las consecuencias, Así, pues, esta objeción de que la expansión tiene su lugar en la educación de la iglesia nativa como un departamento de la organización eclesiástica, aun en el caso de que realmente se haga de ella un departamento, no invalida en absoluto mi argumento de que la introducción de un período en el cual la iglesia se concentra sobre su propio progreso, abre a puerta a todos los peligros que acosan al egoísta.

Cuando se enseña a los nuevos convertidos a esperar el día en que la iglesia de la cual son miembros alcance tal fuerza que sea capaz de llevar adelante la obra que empezaron sus maestros extranjeros; cuando sus dirigentes son preparados para hacer precisamente la misma clase de trabajo institucional y de organización que han hecho sus maestros extranjeros, surge ,un serio peligro de conflicto; y cuando, como en la actualidad, hay una fuerte marea de sentimiento nacionalista opuesto a la dominación extranjera, este conflicto, que en todo caso sería inevitable, es azuzado y exacerbado. Los misioneros a menudo dicen que el resentimiento que expresan los más preparados e intelectuales de nuestros convertidos contra el dominio del misionero extranjero es sólo parte del sentimiento nacional universal que ha sido una característica tan destacada de los últimos anos, Esta no es una explicación adecuada. La forma de expresión frecuentemente es moldeada por la intranquilidad nacional común; pero el conflicto entre los misioneros y los dirigentes que ellos han preparado era inevitable, y no hubiera dejado de aparecer aunque no hubiera habido movimientos nacionalista; porque este conflicto surge de la misma naturaleza de la cuestión.

Constantemente se nos está diciendo que el objeto mismo y el significado de la preparación de dirigentes para la

iglesia es que ellos la guíen y lleven adelante todos los trabajos que iniciaron los extranjeros, de modo que os extranjeros puedan retirarse y entrar en campos aún no alcanzados. Una y otra vez se nos ha repetido que tal es el designio misionero. Entonces se prepara a los jóvenes para ser conductores, y a medida que pasa generación tras generación, inevitablemente aumenta la impaciencia, y aumentaría aunque no hubiera un movimiento nacional para excitarla. Mientras más tiempo permanece y más complicado se hace su trabajo institucional, menos preparado parece el misionero extranjero para retirarse y dar lugar a los dirigentes nativos que ha preparado. Los estudiantes nativos han sido preparados para dirigir y expresar sus capacidades haciendo precisamente aquellas cosas que hace el misionero extranjero; pero una vez preparados, descubren que el misionero no puede confiar en que harán el trabajo lo suficientemente bien como para entregárselo a ellos, y que solamente tienen acceso a puestos subordinados. Al misionero extranjero le resulta fácil decir que solamente generaciones de preparación producirán el carácter y la capacidad para dirigir empresas tan grandes e importante; pero esos jóvenes ven a sus compatriotas asumir la dirección de grandes movimientos comerciales y políticos y sociales, y ellos, naturalmente, dicen: Si el misionero extranjero nos prepara para dirigir, debiera confiarnos la posición de dirigentes.

De aquí surge inevitablemente una lucha por el control de la política eclesiástica y la administración de los consejos eclesiásticos y por los puestos superiores en la iglesia y en las instituciones de la misión, entre los misioneros extranjeros y aquellos a quienes ellos han preparado; porque los han preparado no para un trabajo en el que hay ilimitadas oportunidades, sino para ocupar posiciones de las cuales hay sólo un número limitado. Pero es deplorable que la

historia del avance de la iglesia tenga que ser la historia de una lucha entre los misioneros y sus convertidos por la posición dominante en la iglesia. El resultado inmediato es que los misioneros hallan más difícil atraer a los jóvenes inteligentes y capaces para que se preparen en nuestras instituciones para el trabajo de la iglesia. Por todas partes escuchamos la queja de que los hombres más capaces vacilan en ponerse ellos mismos o sus hijos bajo nuestra preparación para ese fin. Por todos lados oímos que, donde hemos tenido por más tiempo instituciones de preparación, es donde es más débil el celo por la propagación del Evangelio, donde más mordaces son las quejas de que no damos suficiente autoridad a los nativos, y donde es más marcada la tendencia de la iglesia a centralizarse en sí misma.

Este método, pues, debe inevitablemente conducir al desastre. En algunas partes del mundo, jóvenes capaces, preparados en la forma que he descrito, están ya agitando. En la India y el África del Sur hay fuertes amenazas de rebelión, y nuestros dirigentes empiezan ya a temer que se produzcan cismas muy graves. ("Muchos dirigentes bantúes están presionando a todos los bantúes para que abandonen la iglesia de los europeos y establezcan una iglesia de nativos, con reglamentos nativos, leyes nativas y un Dios que diga las oraciones nativas y permita las costumbres nativas". Obispo W. Gore Browne, carta publicada en el Kimberley and Kuruman Diocesan Magazine, Oct. 1923, p.3.) Cuando estas murmuraciones y amenazas se tornan violentas, nuestros dirigentes misioneros empiezan a hablar de devolución y de lindos ajustes de los reclamos, midiendo cuidadosamente cuánto pueden ceder y cuánto pueden lograr retener aún en sus manos; pero no toman en consideración que en todas partes, donde ahora existe una calma aparentemente perfecta y su dominio aún es indiscutido, están utilizando un método de preparación que ine-

vitablemente ha de crear conflictos en los próximos años, y que están preparando para sus sucesores dificultades, comparadas con las cuales la magnitud de las dificultades actuales son como el polvo que queda en el platillo de la balanza. Mientras esos estadistas misioneros están ocupados calculando minuciosamente los más y los menos, no ven que con compromisos nunca podrán traer paz, y que en todas partes están siguiendo un proceder que sólo puede terminar finalmente en una lucha por el poder. Imaginan que estarán prontos para retirarse cuando los dirigentes que han preparado estén prontos para ocupar su lugar y que el momento en que los nativos estén prontos será tan obvio que todos concordarán en que habrá llegado, y que entonces no habrá dificultad alguna en transferir la autoridad. Pero ese momento nunca es claro. Los que están procurando conquistar la autoridad nunca aceptan aguardar hasta que los que ahora la tienen piensen que ellos están suficientemente preparados. EL momento llega solo cuando los que están buscando ejercer autoridad son suficientemente fuertes para expulsar a aquellos que la tienen en concesión, mediante amenazas de revuelta. El resultado inevitable de este método es el descontento y la lucha.

2

Por otro lado hay quienes piensan que un trabajo debiera comenzar de la misma manera que debe terminar. Si la propagación del Evangelio ha de ser alguna vez la labor espontánea de los cris-tianos nativos, debería serIo desde el comienzo mismo. Cada momento de demora es un momento de pérdida, para los y para su país.

En los últimos años ha habido ciertamente un firme movimiento de estímulo, reconocimiento y, sobre todo, de es-

peranzas de que se hagan grandes progreses en este camino. Tal vez porque los dirigentes de las sociedades misioneras están más y más inclinados a acentuar la concentración y la obra institucional, y en consecuencia están retirándose poco a poco de la labor evangelística y debilitándola pequeña fuerza de misioneros evangelistas. viendo que su número decrece y su poder se desvanece en proporción al de los obreros de las instituciones, se están inclinando más y más a considerar el crecimiento numérico de la iglesia por la actividad espontánea de sus convertidos, como la única esperanza para el futuro de la labor evangelizadora; y el retiro de hombres y fondos del extranjero los está obligando a buscar con nueva ansiedad y comprensión la provisión de hombres y dineros del lugar. Sea cual fuere la causa, se ve claramente un movimiento en esta dirección.

Antes de considerar este movimiento, sin embargo, es esencial que examinemos una fórmula en la cual el Obispo Tucker, de Uganda, siguiendo a Venn, resumió el objeto de nuestras misiones como fundar "iglesias de propagación propia, sostén propio y gobierno propio"; porque ha ejercido una influencia muy grande sobre el pensamiento de aquellos que se están moviendo en la dirección del establecimiento de iglesias indígenas. Esta fórmula, popularizada por el Obispo Tucker, fue en sí misma un síntoma y una causa de este movimiento; porque la proclamó en días en que el rápido crecimiento de la iglesia en su diócesis daba una fuerza peculiar a su enseñanza. Su fórmula se convirtió casi en un axioma, de modo que hoy se la repite en todas partes como un axioma; aunque en dos puntos importantes su significado nunca ha sido aclarado ni por él ni por sus seguidores. El primero de éstos es la relación entre sí de los términos de su fórmula; el segundo, es el significado de la palabra "iglesias".

1) Constantemente oímos utilizar estos tres términos:

sostén propio, propagación propia y gobierno propio, como si fueran tres cosas distintas y separadas, y descubrimos que se apunta a una u otra de ellas como si se las pudiera separar de sus semejantes. Pero creo que si se piensa por un momento se vera que no es correcto tratarlas de esa manera.

El sostén propio es considerado universalmente como una mera cuestión de finanzas. No puede hallarse ejemplo más asombroso del extraordinario materialismo de nuestra posición misionera que el hecho de que sólo mediante un esfuerzo definido y penoso podemos pensar en el sostén propio en otros términos que los de dinero. En el momento en que oímos el término sostén propio inmediatamente pensamos en dinero y sólo en dinero. Pero todo verdadero sostén propio es más que financiero. Por rica que fuera una iglesia, no tendría sostén propio a no ser que proveyera su propio ministerio tanto como sus propios templos. Por pobre que fuera, tendría sostén propio si produjera su propio clero y realizara sus servicios, auque sus ministros no recibieran salarios y sus servicios se celebraran debajo de un árbol. Pero el ministerio es ciertamente la clave del gobierno propio. Obispos y clérigos implican gobierno. Una iglesia que pudiera proveer su propio ministerio debiera en gran medida gobernarse por sí misma, o en todo caso podría hacerlo, porque tendría en sí misma las llaves del gobierno y la autoridad. De modo que el sostén propio y el gobierno propio están estrechamente relacionados. Y en cuanto a la extensión o propagación propia, seguramente está claro que una iglesia que no pueda ni sostenerse ni gobernarse no puede multiplicarse. Los individuos que la forman podrán hacer conversos afuera; pero esos conversos o serán dependientes de la iglesia a la cual pertenecen sus instructores, o carecerán de todo gobierno, serán simplemente cristianos aislados, sin iglesia. Si las iglesias que

fundamos han de extenderse por sí solas en el sentido de propagarse por sí mismas, deben necesariamente poseer el poder para crear otras semejantes a ellas, ya no ser que tengan sostén propio y gobierno propio no podrán propagarse por sí mismas. ¿ Cómo puede una iglesia sin gobierno propio crear una iglesia que se gobierne a sí misma? La fórmula exige que establezcamos iglesias de sostén propio, gobierno propio y propagación propia, y evidentemente, si es que se aplica a nosotros, se aplica igualmente a las iglesias que establecemos. Si nosotros hemos de establecer iglesias con sostén propio, gobierno propio y propagación propia, ellas también. Si la regla se aplica a los padres de la primera generación de iglesias se aplica también a los padres de la segunda generación, y de la tercera, y así sucesivamente. Así, pues, la propagación o extensión propia de la iglesia va ligada al sostén propio y al gobierno propio: los tres están estrechamente unidos.

No está claro si el Obispo Tucker lo advirtió o no, pero está bien claro que sus seguidores en todo el mundo que citan su fórmula no lo han advertido; porque intentan buscar cada uno de los tres términos de la fórmula separadamente, en diferentes momentos, y por diferentes medios, y esto, como veremos, ha producido su debilidad.

2) El Obispo Tucker no aclaró qué entendía por "iglesias" en su fórmula. ¿Qué "iglesias" son las que han de sostenerse, gobernarse y extenderse por sí mismas? En el Nuevo Testamento encuentro esa clase de iglesias: la iglesia de Antioquia, la iglesia de Tesalónica, la iglesia que está en Corinto, la iglesia que está en la casa de alguien. Leo acerca de las iglesias de Galacia, las iglesias de Asia, las iglesias de Judea. Estas "iglesias" eran grupos locales de cristianos completamente equipados con ministros y sacramentos y eran exactamente lo que el Obispo Tucker deseaba que fueran las iglesias por él fundadas: iglesias con sostén propio, gobierno propio y propagación propia. Pero

no sé si pensaba en iglesias como aquellas; porque en nuestros días hablamos más a menudo de las iglesias que fundamos en un sentido muy diferente. Hablamos de la Iglesia del Japón (la Nippon Sei Ko Kwlli), la Iglesia de la China (la Chung Hua Shëng Kung Hui) , la Iglesia de .Uganda, la Iglesia de Sudáfrica, la Iglesia de la India, y así sucesivamente. Estas son iglesias muy diferentes de las apostólicas, y su sostén, gobierno y extensión propios son muy diferentes del sostén, el gobierno y la extensión propios de la iglesias fundadas por San Pablo. Tienen el carácter de iglesias nacionales como la Iglesia de Inglaterra, y si establecen jamás otras iglesias con sostén propio, gobierno propio y propagación propia, como ellas, tendrán que hacerlo en otro país que el suyo; porque en su propio país sólo pueden extenderse por el aumento del número de sus miembros y la subdivisión en diócesis, esto es por la forma menor de propagación, propagación por fisura, mientras que las iglesias de San Pablo establecían nuevas iglesias de sostén, gobierno y extensión propios, como ellas, en los pueblos o aldeas más cercanos, no por fisura, sino por procreación espiritual.

Difieren asimismo de las iglesias apostólicas en otro sentido muy importante. En aquellas iglesias los ministros y los sacramentos eran provistos para cada pequeño grupo de cristianos: en las que nosotros fundamos, ellos son propiedad particular de unos pocos centros favorecidos, mientras la gran mayoría de los cristianos están obligados a vivir sin ministros residentes, de modo que sus sacerdotes no son funcionarios locales y residentes, sino meros visitantes ocasionales, y la administración de los sacramentos llega a ser un elemento ocasional y raro en su vida religiosa, en lugar de ser lo normal y constante. Por lo que respecta a la mayoría de los cristianos, sus guías familiares y cotidianos son jóvenes catequistas laicos y maestros de escuela. Estas

iglesias, pues, son de un carácter totalmente diferente del de las iglesias apostólicas.

Finalmente, difieren de las iglesias fundadas por los apóstoles en que están en gran parte sostenidas y dirigidas por extranjeros. Si tales iglesias pueden siquiera ser llamadas iglesias es sólo identificando con ellas a obispos y misioneros extranjeros; mientras que los apóstoles nunca fueron pastores y maestros y directores locales de las iglesias que fundaron. Eran miembros de ellas en virtud de formar parte en la común unidad de la Iglesia que estaba compuesta por todas las iglesias; pero no eran miembros de las iglesias locales consideradas como tales, y no controlaban los detalles de su vida social y religiosa como iglesias locales. No tenían nada que ver con sus finanzas locales o con la construcción de edificios, ni nada por el estilo. Esas iglesias nunca dependieron en ningún sentido de ministros o dineros procedentes de alguna fuente del exterior. Por consiguiente, si hacemos alguna distinción en nuestras mentes (y no podemos evitar el hacerla) entre los cristianos nativos y los misioneros extranjeros sostenidos por fondos extranjeros y que emplean fondos extranjeros en su trabajo administrativo, inmediatamente vemos que los cristianos nativos no pueden constituir una iglesia con sostén propio, gobierno propio y propagación propia aparte de los obispos misioneros extranjeros y sus ayudantes misioneros, hasta que sean capaces de asumir el control de toda la múltiple y complicada maquinaria de una gran institución nacional; porque aunque sean un número muy pequeño en medio de una vasta población pagana, su maquinaria está diseñada para grandes iglesias nacionales. Por con-siguiente, hasta que ellos puedan sobrellevarla, los misioneros que importaron esa maquinaria tienen que soportar sus gastos y su carga.

Es cierto que a muchos misioneros les gusta hacerlo, pero lo que es discutible es que sea sabio cargar a un peque-

ño grupo de cristianos en un país pagano con la molesta maquinaria de una gran iglesia nacional, y que a fin de hacerlo sea sabio subvertir todo el concepto apostólico de la Iglesia. Yo me atrevo a discutir la sabiduría de este proceder.

Si alguien dice que la palabra "iglesias" en la fórmula se refiere a los pequeños grupos de cristianos de los pueblos y aldeas, y que el Obispo Tucker hablaba habitualmente de éstos, como lo hacen sus sucesores, como "iglesias", todo lo que puedo decir es que San Pablo no fundó iglesias sin ministros locales y sacramentos. Si las congregaciones locales en nuestra opinión son iglesias, debemos reconocer que, puesto que no tienen ministros ni sacramentos, estamos creando un nuevo tipo de iglesia que no tiene ningún respaldo bíblico, y que no está en armonía con nuestro propio Libro de Oración, que, siguiendo a la Biblia, da por sentado que las iglesias locales tienen ministros locales y sacramentos. El Libro de Oración por cierto no contempla la existencia de iglesias ministradas por catequistas laicos y maestros, mucho menos el hecho de que uno de éstos esté a cargo de media docena o una docena de ellas; sin embargo, esto es cosa corriente en el campo misionero. En la región Telugu "un catequista tiene a su cargo no menos de diez o doce congregaciones en otras tantas aldeas". (EW, 1915, p. 208.) En febrero de 1924, el Obispo Lasbrey nos dijo que había "un solo clérigo para más de un centenar de iglesias" (CMS, Outlook, Feb. 1924, pp. 27-28) en la región de Isoko, sobre el Níger. En el Informe de la Sociedad Misionera de la Iglesia para 1923-24 se dice que en Nigeria, "el Rdo. C. W. F. Jebb, encargado del distrito de Owo, es responsable por no menos de doscientas cincuenta iglesias, inclusive varias en la distante región de Kabba". Y que en Uganda, "un clérigo nativo es responsable por 185 iglesias, y otro es responsable por 205 (¡!). Hay jóvenes maestros responsa-

bles por cuarenta, cincuenta y sesenta iglesias, y para supervisar esta gran obra hay solamente dos clérigos misioneros europeos". No podemos llamar a esas congregaciones "iglesias" en el sentida bíblico de la palabra, a no ser que estemos dispuestos a sostener que las iglesias paulinas eran meras colecciones de cristianos en pueblos y aldeas, sin presbíteros locales y sin la observancia local de la Cena del Señor como su servicio común regular

Estoy persuadido de que esto es erróneo y de que nuestro intento de fundar iglesias nacionales sin la infraestructura de la iglesia local, es un error. Estos pequeños grupos de cristianos que a veces son llamados "iglesias" pero no lo son, debieran ser iglesias en el sentido bíblico y debieran ser instituidas y equipadas como lo estaban las iglesias paulinas, y entonces la unidad de las mismas representaría. y algún día podría ser comúnmente reconocida como la iglesia nacional del país; pero empezar con la iglesia nacional y edificarla sobre el fundamento de grupos locales de cristianos que no son iglesias, me parece una fatal inversión. Creo que debiéramos retomar a la práctica apostólica y fundar iglesias en todo lugar donde haya convertidos, iglesias dotadas de toda la gracia divina y la autoridad de iglesias cristianas.

Parecería como sí el Obispo Tucker hubiera formulado la verdad por una suerte de inspiración; pero que hubiera fallado al darle nacimiento porque no intentó reconciliar la idea de las "iglesias" de que hablaba con la idea de las "iglesias" de las que tomó su inspiración. Permitió que la palabra se le escapara sin definición e indiscutida, y en consecuencia, la iglesia sobre la cual fue puesto en Uganda se jacta de tener sostén propio, cuando depende (depende, en un sentido muy real) de grandes subvenciones de Inglaterra; se jacta de extenderse por sí misma, cuando no puede propagarse: porque aunque pueda multiplicar cristianos, no puede engendrar iglesias; se jacta de tener

gobierno propio, cuando su obispo extranjero y sus ayudantes proclaman que todavía deberá tener durante muchos años la dirección de obispos y superintendentes misioneros de Inglaterra. Si el Obispo Tucker hubiera aceptado la idea apostólica sobre las "iglesias" y hubiera seguido la práctica apostólica, hoy podría haber en Uganda -y las habría en realidad- centenares de iglesias con sostén propio, gobierno propio y propagación propia; mientras que ahora recibimos de Uganda la misma clase de apelaciones que recibimos de otras diócesis extranjeras que no se jactan de tener sostén propio o gobierno propio.

Ahora bien, cuando examinamos el movimiento moderno hacia la expansión espontánea, hallamos que esta confusión ejerce una influencia perturbadora. Constantemente se emplea la palabra "iglesia" tanto para referirse a la iglesia del país, como a cualquiera de esos pequeños grupos de cristianos que no tienen ni presbíteros locales ni sacramentos, como si fuera cada uno de ellos una iglesia en el sentido apostólico de la palabra; mientras que, en realidad, ninguno lo es.

Esta confusión inevitablemente debe descaminar a las personas que quieren ver la difusión espontánea del Evangelio en cualquier país, por parte de los cristianos nativos, desde el principio mismo. Mientras pensemos en las iglesias que hemos de establecer como grandes iglesias nacionales compuestas de enormes diócesis gobernadas y dirigidas casi exactamente como se gobiernan nuestras iglesias en Inglaterra, pero compuestas en gran parte de congregaciones que son llamadas iglesias pero no lo son, es casi imposible concebir que la actividad espontánea de los cristianos nativos dé por resultado la creación de nuevas iglesias; pero en el momento en que pensamos en iglesias, en el sentido apostólico de la palabra, vemos inmediatamente que la actividad espontánea de los miembros

individuales de tales iglesias podría rápidamente dar lugar a la multiplicación de iglesias por todo el país.

3

Pasemos ahora a consideración lo que se ha avanzado en los últimos años en esta dirección.

1) Hoy existe ciertamente entre muchos de nuestros misioneros una tendencia a estimular a sus convertidos a que enseñen a otros desde el momento de su conversión. Puede parecer extraño decir esto, y lo sería si no fuera porque es todavía algo raro, y si no fuera aún ahora frenado y obstaculizado, a menudo por aquellos que lo desean más sinceramente.

a) Es obstaculizado por la convicción ampliamente difundida entre nuestros misioneros de que los nuevos convertidos, lejos de evangelizar a otros, necesitan ser alimentados ellos mismos, para que no caigan. Escuchamos a menudo expresiones como ésta: "Aun después del bautismo la nueva vida en Cristo debe ser cuidadosamente atendida o inevitablemente el primer fervor se enfriará y el primer entusiasmo será ahogado por el paganismo letal del ambiente". (CMS Gleaner, Abril 1921, p. 72.) Es ésta una voz con la cual estamos muy familiarizados, que enseña que la manera de conservar la conciencia de un don recibido no es pasándolo a otros, sino aprendiendo a depender más y más de los maestros; y que si somos sabios no esperaremos nada de nuestros conversos, sino que velaremos sobre ellos y los cuidaremos y alimentaremos. Es una voz que pide cada vez más insistentemente obreros pagos y preparados para guardar y proteger una vida que de otro modo debe ser inevitablemente ahogada.

b) Es obstaculizado por la convicción ampliamente difundida de que no podemos confiar a personas sin prepara-

ción la propagación de la fe. Muchos lo dicen abiertamente; muchos otros lo creen, o lo creen a medias. Aun aquellos que estimulan a sus convertidos a propagar la fe tienen dudas en su mente, y se apresuran a enviar maestros a que se hagan cargo de todas las obras que han sido iniciadas por el celo espontáneo de nativos convertidos, y lo hacen aun cuando saben y confiesan que los maestros que envían están muy inadecuadamente preparados, y por cierto carecen del celo inicial de aquellos a quienes son enviados a suplantar.

Es obvio que esta actitud terminará por reprimir en el futuro la actividad espontánea de aquellos que son objeto de este trato. Cuando se les hace pensar a los hombres que una vez que han comenzado a aprender y a practicar lo que han aprendido, la manera de adelantar es renunciar a su actividad, aprenden rápidamente la lección fatal de la inactividad; personas más cautas o más tímidas, que podrían haber sido inspiradas por su éxito a imitar su ejemplo, se inhiben, y aguardan al maestro preparado y rentado; mientras que los interesados y los circundantes paganos descubren por su propia observación que en el concepto de los misioneros la enseñanza que los celosos convertidos no preparados dan espontánea y libremente ha de ser estimada en poco en comparación con la enseñanza del agente nativo rentado,

Todos ellos aprenden esta lección más fácilmente cuando descubren que es propio que los convertidos paguen el salario de un agente de la Misión; porque el pago hace que su enseñanza sea más importante en su concepto.

c) Es obstaculizado también por nuestra acción destinada a apoyarlo. Cuando desde el comienzo mismo se les enseña a los convertidos que reciben para dar, y cuando lo practican con la consecuencia inevitable de que se hace un gran avance, y cuando se envía esta información a la mi-

sión, a menudo el resultado es que nos sentimos movidos a enviarles hombres y dinero para establecer instituciones para su desarrollo intelectual y para proporcionarles maestros "mejor preparados". Ahora bien, esta acción, que está destinada a estimularlos y ayudarlos, a menudo parece ser un obstáculo. Aprenden a recibir, aprenden a depender de hombres preparados, a sueldo. Mientras más maestros tienen, menos necesidad sienten de esforzarse ellos mismos para enseñar a otros. Esto tal vez sea muy natural, pero es desastroso.

Más serio que todo esto, sin embargo, es el hecho de que este tipo de evangelización personal nunca puede culminar en el establecimiento de nuevas iglesias, salvo en esa forma de "iglesia" dirigida por catequistas o maestros laicos bajo la supervisión de un misionero, que ya hemos rechazado como no apostólica. En los primeros días, una de las causas más poderosas de la expansión de la Iglesia fue la presencia de las iglesias fundadas por los apóstoles, con su vida ordenada y sus ritos espirituales en medio del paganismo circundante. Desde luego, esa influencia no se destruye, pero se debilita muy seriamente debido a que las "iglesias" que hoy surgen de los esfuerzos espontáneos de evangelización no son realmente nativas, sino que dependen de la atención de superintendentes misioneros extranjeros. Cualesquiera gracias que la nueva comunidad cristiana exhiba pueden ser atribuidas a la influencia del extranjero y a su dirección: no surgen clara e inconfundiblemente de un nuevo espíritu que ha entrado en las vidas de hombres que en todo sentido viven exactamente como sus vecinos paganos, salvo que usan extraños ritos religiosos y son, en cierto modo, sutilmente diferentes de los demás, y hacen las mismas cosas que los demás con un espíritu diferente. Ese testimonio del cuerpo corporativo no puede ser claro mientras esté en primer plano el gobierno delos hombres blancos y el control de un maestro importado. La propaga-

ción propia por la mera existencia de una iglesia puramente nativa se ve obstaculizada y dificultada, debido a que la gente no puede verla aparte de la influencia de los extranjeros. Los esfuerzos evangelizadores del evangelista espontáneo son claros; pero detrás de él va el maestro pago y el clérigo pago y detrás de todos ellos está el superintendente blanco y el obispo blanco. Estos nunca son olvidados y donde aparecen, el testimonio de la vida de la iglesia nativa es brumoso y confuso. Todo progreso puede ser atribuido a su influencia, su enseñanza, sus escuelas, su control. Allí tanto el esfuerzo espontáneo del evangelista nativo como el testimonio de la comunidad cristiana reunida por él se desfiguran. Sólo cuando la población no cristiana se encuentra frente a frente con un cambio en sus vecinos y una vida eclesiástica ordenada de sus vecinos que no puede ser atribuida a la influencia de los blancos es compelida a enfrentar el hecho de que están en presencia de una fuerza espiritual que les es extraña, en presencia del Espíritu Santo.

No obstante, en los últimos años ha habido un progreso muy considerable, un progreso tan grande y en tantas partes diferentes del mundo, que está haciendo una seria impresión sobre nuestras mentes. Si es verdad, como lo es, que los intocables en la India, y los obreros de Nigeria y Uganda y la China y Corea son capaces, no sólo de ser guiados y dirigidos para que realicen su obra; si no de hacerla espontáneamente, por propia iniciativa, no en uno o dos casos raros, sino en muchos, no podemos menos que impresionamos. Los mismos resultados parecen seguir a la misma enseñanza, en todas partes del mundo. La convicción de que los nuevos convertidos pueden engendrar nuevos convertidos, los lleva de fuerza en fuerza: la convicción de que caerán si no se les alimenta los lleva de debilidad en debilidad. La diferencia reside no en la naturaleza o en el

ambiente de los convertidos, sino en la fe de los misioneros.

2) El sostén propio en un sentido estrictamente financiero es ahora uno de los clamores populares en el campo misionero. Durante mucho tiempo se lo consideró imposible: los misioneros creían que la pobreza de sus convertidos era tan profunda que era absurdo esperar que proveyeran el sostén material de su vida religiosa común, y muchos son todavía los misioneros que dicen lo mismo. Pero hay pruebas abundantes de que el sostén propio es posible desde el comienzo mismo, no sólo en raros casos esporádicos, sino que es la vasta experiencia de aquellos misioneros que se entregan desde el principio a estimular la evangelización del país por sus convertidos, y eso a pesar del hecho de que ponen sobre ellos una carga pesada y total-mente innecesaria, insistiendo en que deben sostener maestros y catequistas pagos, y a veces también clérigos, de acuerdo con normas aprobadas por las autoridades extranjeras. En Uganda, cuando empezó la rápida expansión de la fe, los dirigentes del movimiento vieron la necesidad de asegurar que los nuevos convertidos proporcionaran lo necesario para su vida eclesiástica, y ellos lo entendieron, y se jactaban de que en Uganda todos los edificios nativos y todos los maestros nativos eran sostenidos con fondos nativos. Y lo que resultó en Uganda se vio que era igualmente posible en todas las otras áreas en que se alentó a los convertidos a propagar su 'fe desde el comienzo mismo. Esto indudablemente está lejos de ser lo mismo que el completo sostén propio material y espiritual que sin duda fue la norma en la expansión de la Iglesia en los primeros siglos; pero es indiscutiblemente un movimiento en esa dirección. Y con muy benéficas consecuencias. En Corea, "el sostén propio tiene' éxito. Donde se ha seguido concienzudamente este principio las iglesias son muchas y grandes. Donde las iglesias reciben más ayuda, son débiles, sin vida y

desvalidas. Esto se puede comprobar fácilmente, a donde quiera uno vaya en Corea".

Y es natural que así sea. Nada debilita tanto como el hábito de depender de otros para aquellas cosas que debiéramos procurarnos nosotros mismos, Nada socava más el espíritu que debiera expresarse en una actividad espontánea. ¿Cómo "puede alguien propagar una religión que no puede sostener, y que no puede esperar que aquellos a quienes se dirije sean capaces de sostener? Nosotros podemos propagar una religión que no esperamos que nuestros convertidos sean capaces de sostener, sólo porque pensamos que podemos proporcionar los medios materiales que ellos no son capaces de proporcionar. Pero aun nosotros estamos empezando a ver, como lo señalé antes en este capítulo, que esto pone una limitación muy estricta a la exten-sión de nuestra obra. Aunque sólo fuera por consideración a esta limitación, aquellos que desean estimular una vasta extensión de la Iglesia muy pronto se hubieran visto obligados a luchar denodadamente para inducir a sus convertidos a dar todo lo posible para el mantenimiento de sus iglesias. Y esto es realmente lo que vemos en el caso de gran número de misiones que practican una especie de sostén propio bastardo, que es poco más que un intento mal disimulado para exprimir de los convertidos toda la ayuda financiera posible. El sistema de estipendios que hemos tratado casi como si fuera de origen divino hace que esto sea inevitable y termina en apelaciones lamentables. "Desde 1922 insisto en declarar, acerca del sostén propio, a cada estación, a cada iglesia, que deben ofrendar seis peniques cada uno, pero no pueden hacer nada. Y ahora fallo yo; no puedo hacer nada. Espero que mi Señor Obispo decida este caso en cuanto al sostén propio". (Myasaland Diocesan Chronicle, Abril 1925, p. 16.)

No obstante, aunque nuestros pasos son vacilantes y lentos, estamos aprendiendo una lección que algún día abrirá las puertas a la verdadera expansión espontánea. Ya empezamos a ver que la fe cristiana no es un camino de salvación sólo para los pudientes; y que nadie es tan pobre que no pueda mantener todo lo que es necesario para su salvación.

3) En la cuestión del gobierno propio es donde menos hemos avanzado. Si los misioneros han vacilado en creer en el poder del Espíritu de Cristo para inspirar a sus convertidos a predicar la fe que han hallado; si han sido remisos para creer que los pobres convertidos nativos pudieron proveer el sostén material de su vida religiosa corporativa; han vacilado más aún en creer que los convertidos pudieran dirigir su propia organización religiosa. Aun aquellos que han probado por experiencia que los nuevos convertidos pueden desde el comienzo mismo empezar a propagar la fe, edificar sus templos y aun sostener financieramente a sus maestros, son remisos en admitir que puedan, y deban, dirigir su organización eclesiástica desde el comienzo mismo.

Tómese un caso como éste:

> Hace algunos días recibí una carta del pastor africano que estaba encargado de una parte del distrito durante la ausencia del superintendente. Mientras realizaba una gira por la región de Akoko, una delegación de una aldea de la que yo nunca había oído fue a rogarle que los visitara, diciendo que tenían ya unos 600 miembros. "Fui", dice, "y hallé que su declaración era cierta." Habían sido reunidos por un grupo de jóvenes que habían ido a trabajar a otras partes del país, y habían entrado en contacto con obreros de la Sociedad Misionera de la Iglesia, habían sido convertidos y bautizados y habían vuelto para fundar una iglesia en su aldea, y enseñarles todo lo que habían aprendido. ¡Qué espléndido celo! ¡Qué gloriosa oportunidad! El pastor ha nombrado como maestro a un joven que había vivido conmigo y aprendido algo con el fin de llegar a ser maestro. El mismo es un convertido, muy joven y muy

poco preparado; le hemos asignado una tarea difícil. No es un arreglo ideal, pero es lo mejor que podemos hacer.

Inmediatamente se observará que el pequeño grupo se había organizado solo y podía mantenerse solo.

Sus miembros se reunían para contarse y estimularse mutuamente; se combinaban para proveerse de las cosas necesarias; estaban dirigiendo toda su vida religiosa organizada, hasta el día en que invitaron a visitarlos a aquel pastor extranjero preparado. Aquí hubo gobierno propio desde el principio. Si ese gobierno propio no hubiera sido destruido por el misionero extranjero; sino regularizado por el obispo; si se hubiera ordenado a sus dirigentes, no hay razón para que no hubieran continuado como habían comenzado. Entonces hubiéramos visto una verdadera expansión espontánea culminando en la creación de una nueva iglesia, con sostén propio, gobierno propio y, con toda probabilidad, extensión propia; porque esta manera de tratar a los iniciadores ciertamente habría estimulado a sus convertidos a seguir su ejemplo.

¿Pero qué hicieron el superintendente misionero y su pastor africano cuando se encontraron con un caso como éste? Inmediatamente enviaron como maestro a aquella persona a alguien que se describe como "muy joven y muy poco preparado". Ahora bien, ¿por qué el superintendente misionero se apresuró a enviar un maestro muy joven y muy poco preparado a un lugar donde maestros sumamente celosos habían enseñado con tanto éxito que habían reunido una congregación de seiscientas almas? No fue porque no hubiera otras oportunidades para él; porque en el mismo artículo el misionero nos dice que:

En muchos casos promisorios, los solicitantes se apartan de nosotros debido a los continuos desengaños, pues el maestro que habían solicitado y aguardado nunca llegó, y no tenían quien los guiara y sostuviera. Entonces aparece

un mahometano. . . y los gana para la fe del falso profeta . . . y aquellos que podrían haber sido columnas de las iglesias de la aldea aprenden a convertirse en los enemigos acérrimos de la cruz de Cristo.

Si el hombre era capaz de desempeñar un cargo, podría haber sido enviado a uno de estos lugares. Tampoco es probable que el nuevo maestro fuera mejor que el antiguo; porque aunque hubiera tenido un poco más de conocimiento de la doctrina de los misioneros, no tenía el celo que había convertido a seiscientas personas. Tampoco fue porque enviándolo el misionero estableció la iglesia. En realidad ató a ese grupo a la misión, pero no estableció la iglesia. ¿Estuvieron mejores cuando se puso sobre ellos otro laico? Estuvieron peores de lo que estaban antes.

Pero sus dirigentes necesitaban ayuda, y sentían que la necesitaban, y por lo tanto invitaron al pastor a visitarlos. Bueno, es cierto que necesitaban ayuda y sentían que la necesitaban, ¿pero la recibieron? Enseñarle algo más, para que ellos pudieran impartir esa enseñanza a los demás, hubiera sido ayudarles; pero enviar un maestro muy joven y muy poco preparado para suplantarlos no fue una ayuda, sino un obstáculo. Nunca debiéramos enviar a un agente de la misión a hacer lo que ya se está haciendo espontáneamente por las personas del lugar. Si nos piden ayuda, como suelen hacerlo a menudo, debemos ayudarles, pero ayudarlos de manera que apoyemos su posición y estimulemos su celo, no suplantándolos y ahogando su celo; darles ayuda que fortalezca su posición de dirigentes, no que los haga subordinados. Suplantarlos es desastroso.

Recuerdo haberle preguntado una vez a un misionero de África Occidental si había conocido nativos que por propia iniciativa hubieran empezado a enseñar a otros lo que ellos mismos habían aprendido de Cristo. y me contó que un misionero en un viaje había hallado en una aldea un grupo de hombres que se reunían para oír la lectura de la Biblia y

orar, y que su director era un cristiano nativo que había aprendido algo en el puesto misionero. Le pregunté qué habían hecho los misioneros ante ese descubrimiento. "Inmediatamente mandaron un maestro", dijo. Entonces le pregunté qué había sido del hombre que había empezado el trabajo. Y me contestó que no había oído más de él. Esta es la consecuencia natural. Si en el momento en que hallamos a alguien haciendo algo espontáneamente enviamos un obrero pago para que haga lo que él está haciendo, detenemos su obra y evitamos que otros sigan su ejemplo. Todos ven y aprenden la lección de que para unirse a la iglesia del hombre blanco es necesario inducir a los blancos a que envíen uno de sus maestros preparados. Ven y aprenden la lección de que el celo espontáneo de los cristianos nativos es de alguna manera deficiente. Evidentemente no satisface al hombre blanco y sus pastores nativos remunerados; no confían en él; no lo estimulan. Es mejor conseguir un maestro pago, por joven y mal preparado que sea, que tener el más celoso voluntario, porque en el momento en que el hombre blanco descubra lo que está pasando insistirá sin duda alguna en enviar uno de sus maestros pagos.

El resultado es que matamos la actividad voluntaria y espontánea de parte de nuestros convertidos, que todos creen que para ser admitidos en la Iglesia cristiana es esencial que haya un maestro remunerado y que el progreso del Evangelio está limitado por el número de maestros pagos disponibles. La expansión cesa en cuanto no podemos proporcionar nativos preparados por nosotros. Los nativos que se convierten a cualquier otra religión que la cristiana pueden dirigir su propia vida religiosa. El mahometano, por ejemplo, no cuida a sus convertidos ni les envía maestros pagos. Los convertidos al Islam buscan por sí mismos enseñanza a fin de poder dirigir a sus semejantes: a veces

viajan de Nigeria al Cairo para aprender. A los convertidos al cristianismo se les enseña a implorar que se les envíen maestros.

¿Pero por qué lo hacemos? Trataré de responder a esta pregunta en los capítulos siguientes. Aquí todo lo que necesito es rogar a aquellos misioneros que se dicen ansiosos por ver expandirse la Iglesia por la actividad espontánea de sus convertidos, desde el principio mismo, que consideren cuál es la consecuencia inevitable de una Iección como ésta. La historia que he citado no es rara o excepcional. Difícilmente haya en el mundo un país del cual no hayamos oído otras semejantes. En todas partes, despojando a los nuevos convertidos de esa libertad para dirigir su propia vida religiosa que disfrutaban antes de que les fueran enviados maestros de la misión, producimos la impresión de que, por alguna razón, su vida religiosa debe ser dirigida por el misionero blanco y sus agentes pagos. Pero si los hombres creen que la organización religiosa cristiana es tal que ellos no pueden dirigirla por sí mismos, ¿cómo pueden continuar propagando la religión? Su propia experiencia les muestra que el celo espontáneo de los hombres no preparados por los extranjeros es inadecuado; que algún hombre preparado a medias, pagado, puede hacer lo que el celo espontáneo no puede, esto es, consolidar y establecer la iglesia en su relación con la iglesia de los misioneros blancos.

Si el crecimiento de la iglesia depende de la supervisión de extranjeros y nativos preparados por ellos, la extensión que puede alcanzar está severamente limitada. Depende del área que puedan abarcar los misioneros extranjeros, y del número de hombres que puedan preparar. En el momento en que se alcanza ese límite, la expansión debe cesar. Y mucho antes de eso, el sentimiento de que los hombres están propagando un sistema de religión tan inadecuado para aquellos a quienes les es predicado que no

pueden recibirlo y practicarlo por sí mismos, constituye una severa restricción. Nosotros mismos la sentimos. Su influencia es sumamente perniciosa. Todos nuestros misioneros corren con la cara vuelta hacia atrás. En el momento en que se abre delante de ellos la puerta de cualquier oportunidad, miran atrás buscando sostén. Lamentan continuamente el hecho de que su mayor dificultad, su más seria ansiedad, su más amargo desengaño surge de la falta de sostén de su país. Claman por reclutas y éstos no aparecen, y ven cerrarse la puerta de la oportunidad. Y todo el cuerpo de convertidos aprende la lección de que la expansión depende de la provisión de agentes preparados de la misión; que la religión que han adoptado no puede ser sostenida por los nativos; que deben tener un supervisor extranjero o alguien enviado por un extranjero para ministrarles. ¿Cómo puede florecer la expansión espontánea en una atmósfera como esa?

Hasta que no aprendamos que el sostén propio, no sólo en sentido financiero, sino en un sentido espiritual que implica el gobierno propio, debe empezar desde el comienzo mismo, no podemos esperar esa vasta difusión del Evangelio, la única que podría penetrar un continente como el África, o alcanzar a las enormes poblaciones de la China y la India, o abarcar las vastas regiones poco pobladas en que las comunicaciones son difíciles, o hallar entrada en aquellos países o distritos en que el gobierno es decididamente contrario a la propaganda cristiana, o lugares en los que no puede entrar ningún misionero blanco y donde no pueden fundarse puestos misioneros. Para esta tarea la iglesia debe estar libre - libre con una libertad en que ahora no nos atrevemos a soñar. El celo espontáneo lleva a los cristianos a enseñar a otros, a veces en secreto, a menudo a riesgo de sus vidas y propiedades; y deben ser capaces no sólo de convertir, sino también de organizar a sus convertidos. De-

ben estar seguros de que para el establecimiento de la iglesia no son necesarios misioneros blancos ni agentes pagos de sociedades misioneras. Deben saber a donde acudir en busca de las sagradas órdenes, y deben estar seguros de que éstas les serán conferidas. La iglesia debe engendrar a la iglesia, así como los individuos engendran individuos. ¿No es éste el único camino? ¿O es un camino mejor mirar al mundo desesperanzado y decir: "Esto está cerrado para nosotros", "Eso es inalcanzable". "No tenemos suficientes obreros pagos". ¿"No podemos abrir un nuevo puesto"? Si pudiéramos persuadirnos de que la propagación propia, el sostén propio y el gobierno propio van de la mano y todos son igualmente derechos de los convertidos desde el comienzo mismo, veríamos una expansión tal del cristianismo por el mundo como ahora no soñamos.

La negativa a reconocer que el gobierno propio es necesario para los nuevos convertidos amenaza tener consecuencias sumamente serias. Hay en el Evangelio algo que exige expresión y nunca se satisface sino en su propagación. Una y otra vez en la historia de la iglesia hemos visto que un cristianismo que no se propaga, languidece, si no es que perece. Y esto es tan cierto de las iglesias nuevas como de las antiguas. Donde quiera está el Espíritu de Cristo, está el Espíritu que desea la conversión del mundo a Cristo. Y cuando los hombres no encuentran oportunidad adecuada para su expresión se introduce un espíritu de descontento y rivalidad.

En el momento presente oímos por todas partes rumores de que se aproxima una tormenta. En la India, en África, en la China hay movimientos que se llaman cristianos, movimientos que por cierto no podrían existir si nuestras misiones no hubieran estado allí antes que ellos, que son definidamente antieuropeos y antimisioneros. Dentro del círculo de los que llamamos nuestros miembros hay un grave descontento. Si continuamos mucho más en nuestro

camino actual, me parece inevitable que, a medida que nuestros convertidos en todo el mundo se hagan más educados, crecerá también en este descontento. El resultado será un cisma del más profundo y vasto alcance,

Debemos recordar que la gran mayoría de nuestros convertidos han sido, y están siendo, educados en dependencia, y que la gran mayoría de nuestros misioneros no han avanzado aun hasta el punto de creer que es deseable la expansión espontánea desde el comienzo mismo, Aun aquellos que creen en su deseabilidad por lo general están bajo la impresión de que están trabajando con todo su poder para estimularla, mientras en realidad están practicando precisamente aquellas cosas que la obstaculizan.

Espero poder lograr en los capítulos siguientes persuadir a mis lectores de que los métodos que generalmente hemos seguido hasta aquí han surgido como consecuencia casi inevitable de nuestra actitud, y preparación, y que al emplearlos, inconsciente ya menudo involuntariamente, hemos creado una atmósfera en la cual es casi imposible la expansión espontánea. Ya es tiempo de que enfrentemos definidamente la cuestión de si hemos de retornar o no en el futuro a la práctica apostólica bíblica y estableciendo iglesias apostólicas abrir las puertas a esa expansión y hacer de ella el fundamento de nuestra política misionera; porque estamos en una encrucijada de nuestra historia misionera, y de la actitud que adoptemos en esta cuestión dependerá el curso futuro de esa historia.

4. El temor por la doctrina

Una de las dificultades más serias para toda expansión espontánea y para el establecimiento de iglesias apostólicas surge de nuestro temor por la doctrina. Una vez le oí decir a un misionero en África que si les permitiéramos a nuestros convertidos enseñar como los musulmanes les permiten a los suyos, la doctrina podría extenderse como un incendio. "Pero", agregó, "nosotros no podríamos permitir tal cosa".

Semejante afirmación podría sorprendemos naturalmente. Hubiéramos esperado que un hombre que había ido al África a propagar la doctrina se regocijara ante la perspectiva de su expansión como un incendio por toda la región. Y que de no hacerlo, se debería a que alguna poderosa influencia se lo impedía. Y no cabe duda de cuál es la influencia restrictiva. Es el temor por la doctrina. Teme que el celo sin dirección de cristianos nativos por enseñar a otros lo que han aprendido, tergiverse la doctrina. No creo que tema que sus convertidos hagan esto voluntaria y deliberadamente: más bien creo que dudan de que tengan conocimiento suficiente de la doctrina y capacidad para presentarla como cree que debiera ser presentada.

Este temor lo compele a decir que no es posible permitir que los cristianos nativos expresen su celo espontáneo enseñando a otros lo que ellos han aprendido, y al decir esto proclama que podemos restringirlo, en general, y que lo

hacemos. Proclama asimismo que si no lo restringimos, el celo espontáneo en realidad difundiría ampliamente el conocimiento de la doctrina. Reconoce la presencia y el poder de ese celo espontáneo. Dice que "no podemos permitirlo", no podemos dejar que tenga libre expresión.

1

Ahora bien, todo esto representa el pensar de una gran cantidad de nuestros misioneros en el extranjero, y de la gente de nuestro país. A menudo oímos decir que debemos mantener a toda costa nuestra norma de doctrina. Que no podemos permitir que nativos sin preparación propaguen sin control el cristianismo. Esta es la actitud que debe enfrentar el creyente en la expansión espontánea, y por consiguiente, debemos examinar cuidadosamente su carácter.

Pero antes de hacerlo rogaría a todos aquellos misioneros que protestan que hacen todo lo que está a su alcance para estimular la actividad espontánea de sus convertidos, que consideren bien si lo dicho anteriormente no representa en realidad su verdadero pensar, si no aceptan en espíritu la posición de que debemos mantener nuestra norma de doctrina, y que no podemos permitir a nuestros convertidos que enseñen como lo hacen los convertidos de los musulmanes. Porque es completamente obvio que si sostenemos esta teoría la expansión espontánea es imposible. Podemos apoyar la expansión espontánea, podemos negamos a permitirla; pero no podemos hacer ambas cosas a la vez.

1) La actitud que "no puede permitir" es evidentemente la actitud de un gobernador: una actitud imperial. Nosotros, decimos, debemos sostener, nosotros no podemos permitir. Nosotros, pues, somos los guardianes de la norma, y nosotros debemos mantenerla no sólo para nosotros

mismos, sino también para todos los que crean en Cristo por nuestra predicación. Al aceptar nuestro mensaje aceptan nuestra dirección. Están a cargo nuestro y nosotros aceptamos la responsabilidad por ellos. A diferencia de San Pablo, estamos lejos de rechazar todo señorío sobre su fe. La norma es nuestra y debemos mantenerla.

2) . La norma que hemos de mantener de esa manera debe ser una norma fija; pero si se nos preguntara dónde se encuentra esa norma de doctrina, ¿qué responderíamos? ¿Diríamos: en los Credos católicos? No es realmente esto lo que queremos decir cuando hablamos de mantener nuestra norma de doctrina. Si somos miembros de la Sociedad Misionera Bíblica nos referimos a cierta doctrina de la inspiración; si somos miembros del partido anglo-católico, queremos decir lo que este grupo dice cuando habla de "toda la enseñanza católica". No es en el Credo de los Apóstoles en lo que pensamos cuando hablamos de mantener nuestra norma de doctrina, sino en alguna interpretación del mismo o en algunos agregados al mismo. Y no sabemos donde hallar esa norma, porque no todos concordamos en cuanto a los términos de la misma.

2

¿ En qué confiamos para la mantención de esa norma? Cuando hablamos de mantenerla, es obvio que no confiamos en su propia verdad inherente: somos nosotros los que nos proponemos mantenerla, y evidentemente dependemos para ello de algún poder que poseemos. Hay una gran diferencia entre "contender ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos" y este empleo de la autoridad para mantener una norma de doctrina. Cuando contendemos ardientemente por una fe, el énfasis está en la verdad inherente de aquello por lo cual contendemos:

cuando mantenemos una norma, el énfasis se pone en el ejercicio de la autoridad.

¿En qué confiamos, pues, para el ejercicio de esa autoridad? Sin duda alguna confiamos en nuestro prestigio; y en grado no pequeño en nuestra riqueza, en nuestra capacidad para dar a nuestros convertidos todas las ventajas materiales que sólo el dinero puede proporcionar, salarios y edificios y educación y hospitales y cosas semejantes. Este es un hecho con el cual está familiarizado todo estudioso de las misiones y toda persona de experiencia:

Cherchez la bourse nos llevará casi siempre al asiento real del poder en la administración de las misiones. Aun sociedades que han sido sumamente enfáticas en la afirmación de la teoría de la independencia de las iglesias nativas, han hallado en el poder de la bolsa un seguro recurso mediante el cual guardar a las iglesias niñas de cometer errores o hacer experimentos. (Un grupo de estudio en IRM, Abril 1920, p. 236.)

A menudo intentamos disimularlo, pero es terriblemente cierto que:

> Está lejos del pensamiento de los misioneros y las Juntas hacer de su dinero un medio de mantener el control, pero en Asia, como en cualquier otra parte, es fútil imaginar que real independencia sea compatible con la dependencia financiera. (Dr. A. J. Brown en IRM, Octubre 1921, p. 489.)

Cuando decimos que debemos mantener nuestra norma, indudablemente queremos decir que es nuestra norma y no la de ellos; que por alguna razón ellos no la han aceptado como para mantenerla por sí mismos. Si preguntamos cómo es posible que no la hay aceptado, la respuesta que se da generalmente es que a nosotros nos ha costado siglos desarrollarnos a la altura de nuestra norma actual y que a nuestros convertidos les llevará generaciones crecer hasta esa altura, y que mientras tanto no pueden mantenerla por

sí mismos. Esta respuesta no hace más que confirmar lo que antes he dicho: que la norma que nosotros mantenemos es algo de nuestra época y nuestra raza. No puede ser la doctrina católica en el sentido de que lo es de todas las épocas, tanto de los cristianos primitivos como nosotros que vivimos en esta última época.

Bien podríamos considerar la cuestión de si los nuevos cristianos deben necesariamente comenzar en el punto de desarrollo en el cual acontece que estamos nosotros en el momento en que vamos a ellos.

Más importante aún es la cuestión de si una norma de doctrina puede realmente ser mantenida por una autoridad externa, como un gobierno conquistador puede aplicar un código legal a un pueblo conquistado; ó si una norma de doctrina no debe ser esencialmente algo interior, mantenido por personas que realmente la entienden y creen en ella. No me parece que el mantener una doctrina en forma alguna que no brote voluntariamente de convicciones internas puede llamarse siquiera mantener una doctrina. Si es así, el que nosotros mantengamos una norma de doctrina es una suerte de contradicción de términos.

¿ Cómo intentamos mantenerla? Primero hacemos lenta y difícil la preparación para el bautismo, insistiendo en que cada convertido aprenda lo que para muchos de ellos son difíciles lecciones verbales. Multitudes de nuestros convertidos desconocen totalmente la clase de lenguaje abstracto que implica la enseñanza de nuestras doctrinas, y en consecuencia lo que para nosotros es muy sencillo para ellos es muy difícil. Una vez que han aprendido lo suficiente como para satisfacer a su maestro y ser considerados dignos de recibir el santo bautismo, pueden ser bautizados, pero no consideramos que por ello estén capacitados para enseñar a otros lo que han aprendido. Y muy a menudo, si no generalmente, ellos mismos no se sienten capaces de

enseñar a otros; porque reconocen instintivamente que esa clase de enseñanza es difícil y que ellos mismos no la han asimilado. Por consiguiente, no se espera de ellos, y tampoco ellos lo esperan, que hagan más que escuchar a los maestros.

Luego preparamos a los maestros. Tomamos niños muy jóvenes y les damos una preparación especial en escuelas elementales y secundarias y escuelas de teología, de modo que puedan entender los términos abstractos que nosotros usamos y aprendan, al menos verbalmente, nuestras expresiones doctrinales; ya esos hombres los ponemos sobre las pequeñas congregaciones, sabiendo bien que en la gran mayoría de los casos no saben lo suficiente más que para repetir exactamente lo que les fue enseñado.

De entre esos hombres seleccionamos los que mejor repiten y enseñan, desde nuestro punto de vista, ya esos les damos más enseñanza y luego los ordenamos, con gran confianza en que no enseñarán nada más que lo que han aprendido de nosotros. Ya esos hombres los colocamos en posiciones de mayor autoridad, bajo superintendentes misioneros, y los he oído quejarse: "Hacemos lo que se nos dice; pero no entendemos lo que hacemos".

De esta manera hemos logrado, ciertamente, mantener una norma de doctrina, y en nuestras misiones es prácticamente desconocida la herejía en alguna medida considerable. ¿Pero cual ha sido el resultado de este método de mantener nuestra norma?

1) Primero, una terrible esterilidad. Nuestros convertidos no se han apartado del rebaño; pero no han producido nada. Les hemos enseñado a depender de nosotros, más que de Cristo, y la dependencia del hombre produce esterilidad, mientras que la dependencia de Cristo produce fecundidad espiritual e intelectual.

2) Hemos convencido a los paganos así como a nuestros convertidos, de que para ser cristiano es necesario apren-

der las lecciones impartidas por uno de nuestros maestros preparados, o mejor aún, recibir la instrucción de un misionero extranjero. Esto tiende inevi-tablemente a restringir el avance al número de maestros pagos y preparados, y cuando se produce algún movimiento extenso los misioneros son incapaces de satisfacer la demanda. Luego, en lugar de culpar a su método, culpan a sus patrocinadores en su patria, como si éstos tuvieran que proporcionar maestros para todas las aldeas del mundo.

Escuchad esto:

La presión de las masas de intocables que claman por maestros y por el bautismo, sobre el misionero, a veces sobrepasa todo lo soportable. Varias delegaciones están en vuestra galería antes del amanecer, aguardando para insistir en sus reclamos.

-Sahib, queremos que envíe maestros a nuestra aldea.

-Lo siento, pero no tengo a nadie a quien enviar .

-Pero, Sahib, queremos aprender todo sobre el cristianismo.

-Lo sé; pero es imposible.

-Pero, Sahib, queremos hacernos cristianos.

-Lo siento mucho, pero no podéis.

-Sahib, ¿no podemos hacernos cristianos?

-No. idos, idos.

Y el misionero los expulsa de su galería, enojado, indignado por la apatía de la iglesia que lo ha colocado en una posición tan imposible. (W.E. S. Holland, The Indian Outlook, pp. 210,221.)

3) La doctrina ha sido mantenida por la autoridad externa, pero ha obstaculizado el pensamiento de la gente, y a medida que los cristianos avanzan y crecen en entendimiento empiezan a advertirlo vagamente y a mostrarse resentidos. El resultado es que en lugares en que nuestras misiones hace tiempo que están establecidas y donde los

convertidos han hecho grandes progresos intelectuales, como por ejemplo en la India, surge una rebelión instintiva, no razonada.

Cuando estuve en la India, hace algunos años, repetidas veces se me dijo que los jóvenes indios instruidos estaban diciendo: "No queremos vuestros credos occidentales", pero que rara vez tenían alguna objeción razonada a los mismos. Hasta donde me fue posible, hice mis propias averiguaciones, y descubrí que era cierto. Jóvenes indios preparados me dijeron: "No queremos vuestros credos occidentales". Pero cuando les pregunté qué artículos en particular del Credo les molestaban, la única respuesta que obtuve fue: "Ustedes nos los han impuesto".

Así, pues, la mantenencia de nuestra norma de doctrina por medio de la compulsión externa parecería llevar por la esterilidad a la rebeldía.

3

1). En la Iglesia primitiva hallamos una situación muy diferente. Cuando la Iglesia cristiana empezó a extenderse por el Imperio Romano, mantuvo naturalmente una norma de doctrina, y esa norma no fue puesta en peligro por la actividad espontánea de una multitud de cristianos que, por cierto, no eran teólogos preparados. Esos misioneros anónimos enseñaban la doctrina que habían aprendido, y esa enseñanza era tan adecuada que los obispos de la Iglesia no vacilaban en consagrar a nuevos convertidos como obispos para las nuevas iglesias, sin darles una larga preparación especial en escuelas de teología.

Las grandes herejías surgieron en la Iglesia primitiva, no de la rápida expansión resultante de la obra de esos maestros desconocidos, sino en aquellas iglesias que llevaban más tiempo de establecidas, y en las que los cristianos

no estaban empeñados en convertir a los paganos que los rodeaban. Al parecer, la Iglesia de aquellos días no temía que el influjo de grande número de los que nosotros llamaríamos conversos analfabetos pudiera rebajar la norma de doctrina de la iglesia. Sostenía la tradición recibida de los apóstoles, y esperaba que los nuevos convertidos crecieran en ella, la mantuvieran y la propagaran. Y es lo que hicieron. El peligro para la doctrina no residía en esos conversos analfabetos marginales, sino en las ciudades, en lugares como Efeso y Alejandría, entre los cristianos más preparados y de mentalidad filosófica. Contra ellos tenían que mantener la doctrina.

Ahora bien, todo esto sugiere una atmósfera totalmente diferente de aquella con la cual nosotros estamos familiarizados. La Iglesia de aquellos tiempos temía a las especulaciones de los hombres preparados: nosotros tenemos miedo de la ignorancia de los iletrados. La Iglesia de entonces mantenía la doctrina contra los que estaban innovando conscientemente: nosotros mantenemos la doctrina contra hombres que podrían inconscientemente interpretar mal de Verdad que han aprendido. La Iglesia de entonces mantenía la doctrina por su fe en ella: nosotros mantenemos nuestra doctrina desconfiando de la capacidad de nuestros convertidos para recibirla. La Iglesia de entonces mantenía su doctrina pensándola tan claramente que cualquiera pudiera entenderla: nosotros mantenemos nuestra doctrina tratándola como algo tan complicado que sólo los teólogos pueden entenderlo. Por consiguiente, la Iglesia de entonces estaba preparada para que cualquiera que creyera en Cristo enseñara a otros lo que sabía de El; nosotros sólo estamos preparados para permitir que enseñen aquellos hombres a quienes hemos preparado especialmente para enseñar. Cuando otros, a quienes no hemos preparado especialmente; enseñan a otros por su propio impulso

espontáneo, nos apresuramos a enviar un maestro preparado para que los reemplace. Esto es, desde luego, exactamente lo que la Iglesia primitiva no hacía, y, sin embargo, mantuvo su norma de doctrina.

2) Y aquí quisiera recordar el hecho de que en todos los casos esporádicos de enseñanza espontánea que conocemos en nuestros días, nunca oímos de alguna deliberada corrupción de la doctrina cristiana. Cuando nuestros misioneros descubren estos casos, casi siempre encuentran que la enseñanza que se da, hasta donde alcanza, es verdadera, y muy a menudo sorprendentemente verdadera y profunda. Esos convertidos parecen haber aprendido por sí mismos muchas cosas que nosotros creemos que sólo nosotros podemos enseñar. Y lo que han aprendido es bien fundamental. E invariablemente parecen mostrar una gran disposición para aprender más. Ahora bien, este no es ciertamente el espíritu que engendra la herejía. El espíritu que engendra la herejía es un espíritu de orgullo que está hinchado con un indebido sentido de su propio conocimiento y no está dispuesto a dejarse enseñar.

4

La razón por la cual el celo espontáneo de los nuevos convertidos no engendra ese espíritu no es difícil de hallar. Dichos convertidos son casi invariablemente hombres que han tenido una experiencia religiosa real. Han oído algo acerca de Cristo; han recibido alguna enseñanza acerca de El; generalmente han aprendido a repetir el Credo y a leer la Biblia; han acudido a Cristo y han sido escuchados; y esto ha operado un cambio en toda su posición frente a la vida, un cambio tal que están ansiosos de compartir su experiencia con otros.

Ahora bien, toda experiencia religiosa necesita una doc-

trina que la declare y explique adecuadamente. Luego si esos hombres no están bien instruidos en la doctrina cristiana, cuando intentan compartir su experiencia con otros sienten que hay mucho en ella que no pueden entender. Por consiguiente, la instrucción en la doctrina cristiana les llega con una iluminación y un poder que es un gozo, y por consiguiente la reciben alegremente, porque llena una necesidad sentida de su experiencia espiritual. En esa atmósfera la doctrina cristiana corre poco peligro, porque aunque la enseñanza falsa o inadecuada, si la recibieran, podría prevalecer por un tiempo, una vez que llega la verdadera inevitablemente debe expulsar a la falsa. Porque la experiencia es una experiencia verdadera, y una experiencia verdadera exige una doctrina verdadera.

La doctrina cristiana tomó forma primeramente como complemento de la experiencia. Es notorio que la doctrina cristiana de la Trinidad, por ejemplo, fue formulada por los intentos de los discípulos de Cristo de explicar su experiencia. Cristo apareció y los apóstoles experimentaron su poder: descendió el Espíritu Santo y los apóstoles y sus seguidores inmediatos conocieron su influencia; la doctrina cristiana de la Trinidad surgió de los intentos de expresar esa experiencia.

Y es como complemento de la experiencia como sigue teniendo realidad y significado la doctrina. Podemos recordar lo que Cipriano le escribió a Donato:

En cuanto a mí, yo era esclavo de los innumerables errores de mi vida anterior, de los cuales no creía que hubiera posibilidad de ser liberado, de modo que estaba dispuesto a someterme a los vicios que me dominaban; y porque desesperaba de cosas mejores, acostumbraba entregarme a mis pecados como si fueran realmente partes de mí, e innatos en mí. Pero después que con la ayuda del agua del nuevo nacimiento, hubo sido lavada la mancha de los años

anteriores y fue infundida en mi corazón reconciliado una luz de lo alto, serena y pura -después de eso, por la acción del Espíritu infundido del cielo, un segundo nacimiento me restauró a la condición de nuevo hombre; luego, de manera maravillosa, las cosas dudosas empezaron inmediatamente a hacérseme seguras, las cosas ocultas a ser reveladas, las cosas oscuras a ser iluminadas, lo que antes parecía difícil empezó a sugerir un medio de realización, lo que había sido considerado imposible, a ser capaz de lograrse. (Cypr. AdDon. C. 4 Ante-Nic. Libr. VIII, p.3.)

Ahora bien, aquí está expresada una doctrina de regeneración bautismal, pero es el complemento de la experiencia, y como complemento de la experiencia se expresa con poder y tiene todo el vigor de un nuevo descubrimiento. Y así es siempre.

Como complemento de la experiencia, la doctrina renueva su juventud de época en época; pero divorciada de la experiencia no es más que la declaración de una teoría intelectual, y descansar en algo que ha sido creado por un proceso intelectual es descansar en lo que un proceso intelectual puede destruir.

La doctrina, aceptada como una satisfacción intelectual, o como un pronunciamiento autoritario, divorciada de la experiencia, no tiene poder en sí. En el siglo XVII Richard Baxter, y lo mismo todos sus lectores, creían en la doctrina de un infierno de fuego, una doctrina presentada con todo el peso de la autoridad. Escuchad su llamado a los hombres para que cuidaran de las almas de los otros: " ¿Qué si él hombre muere y cae en el infierno mientras tú te propones impedirlo?" ¿Qué otra doctrina más calculada para sacudir a aquellos que la creían? Sin embargo, Baxter se queja: "¡Cuán pocos cristianos, ¡ay!, se encuentran que se entreguen con todo su poder a salvar almas!" Creían en la doctrina, le daban su asentimiento, la aceptaban, pero no los conmovía.

De nada vale decir que la doctrina era falsa o se la expresaba falsamente, y por consiguiente fracasaba. No fracasaba porque fuera falsa o falsamente expresada, sino porque era una mera doctrina divorciada de la experiencia. La experiencia del poder de Cristo para liberar del pecado y del miedo al castigo merecido por el pecado, inducía entonces, e induce hoy, al celo; y la predicación de ese poder de Cristo es el Evangelio; pero lo otro por sí solo es mera doctrina, y como toda doctrina, carece de vida en sí.

Hoy vemos la misma cosa. La elevada doctrina sacramental debiera hacer a los hombres, si alguna doctrina puede hacerlo, ávidos de proporcionar los sacramentos a los cristianos y de remover todos los obstáculos que impidan a los hombres, en cualquier parte, usarlos; pero vemos que los que más glorifican los sacramentos, los glorifican por medio de adornos externos y defendiendo más decididamente precisamente aquellas cosas que hacen imposible su administración a los cristianos alejados en los rincones de la tierra.

A la luz, pues, de la historia de la Iglesia primitiva, y de nuestra propia experiencia de casos esporádicos de enseñanza espontánea, me atrevo a sugerir que el método de la Iglesia primitiva para mantener su norma de doctrina era superior al nuestro, y que debiéramos tener la sabiduría de confiar en la libre expresión por todo convertido, por ignorante que sea, de su experiencia espiritual, y enseñar nuestras doctrinas como complemento de esa experiencia. Pero esto no es sino abrir ampliamente la puerta a esa expansión espontánea que el hombre que mencioné al principio de este capítulo presagiaba, diciendo que no podríamos permitirla.

No obstante, nos acosa el temor de que si permitiéramos que nuestros convertidos enseñaran libremente, aunque fueran ignorantes, lo que han aprendido, la doctrina pu-

diera extenderse como un incendio y el país se cubriera de multitud de grupos de hombres que se llamarían cristianos, pero realmente desconocerían los principios de Cristo; y que de ese modo la Iglesia y su doctrina pudieran sumergirse, por decirlo así, por un alud de ignorancia. Este es el temor que hace que los jóvenes indios instruidos protesten contra la admisión de gran número de intocables en la Iglesia cristiana; éste el temor que hace que gran número de nuestros misioneros digan que no tenemos derecho de recibir más convertidos ignorantes que los que realmente podemos enseñar.

Aquí debemos observar que en lo que respecta a esos jóvenes cristianos ilustrados, mucho más que por la pureza de la doctrina, temen por el prestigio de la Iglesia, que durante muchos años ha mantenido la reputación de tener el más alto nivel de ilustración entre los cuerpos religiosos del país. Y por lo que hace a los misioneros, ellos piensan en términos de una teoría y un método misionario que limitan la enseñanza a un grupo relativamente pequeño de misioneros y sus ayudantes nativos preparados, y en la doctrina casi enteramente en términos de educación intelectual.

Ahora bien, ya he procurado mostrar que la expansión espontánea procede mucho más mediante la expresión de la experiencia que por la mera instrucción intelectual. Este testimonio de la experiencia produce una iluminación espiritual, y la iluminación espiritual despierta las facultades intelectuales y prepara a la mente para la enseñanza intelectual: produce asimismo una gran disposición para recibir instrucción. Por consiguiente, donde hay expansión espontánea surgen no sólo una multitud de testigos del poder de Cristo, sino también una hueste de maestros, no sólo dispuestos a impartir enseñanza, sino a recibirla.

Esto altera todo el planteamiento del problema. Porque en tal caso la Iglesia tendría que tratar no con los pocos

maestros profesionales que pudiera reunir y preparar y pagar; tendría que ver con una hueste de hombres que ya estarían enseñando, honorariamente, ansiosos por enseñar mejor. Además, en tales circunstancias, los hombres aprenden muchísimo unos de otros. Tienen una mirada muy despierta para percibir aquellos de entre ellos que captan mejor las realidades de la doctrina; y unos y otros pueden obtener ayuda mutua, y la obtienen, en la forma que les resulte más útil.

No niego que cuando la expansión espontánea fuera muy rápida podría haber un número muy grande de convertidos peligrosamente ignorantes; no niego que el temor que expresan esos hombres es un temor razonable; sólo digo que exageran porque su concepción de la doctrina cristiana es demasiado intelectual, y que están familiarizados solamente con la enseñanza de la doctrina que la restringe a un pequeño número de maestros preparados según el sistema occi-dental, con el resultado de que no pueden concebir ningún verdadero progreso en la aprehensión de la doctrina aparte de esta educación intelectual occidental.

El mero hecho de que todos esos hombres declaren que preferirían que la difusión del Evangelio fuera deliberadamente restringida es suficiente para que cualquiera que conozca la Biblia tenga razón para pensar que algo debe andar mal. En la Biblia, la predicación de Cristo no es tan puramente intelectual, y la aprehensión de la doctrina cristiana no es tan puramente intelectual.

5

Lo que Cristo pide a sus discípulos no es tanto la exposición de una doctrina sobre El como que testifiquen de su poder. Ahora bien, el más ignorante puede testificar de su

poder si lo ha experimentado. No se requiere una larga preparación para que uno diga; "Antes era ciego y ahora veo", aunque cuando le pregunten: " ¿ Qué dices de El?" pueda verse obligado a decir: "No sé". Un hombre así estuvo preparado para decir "Creo" y adorar, cuando se le dijo que su Sanador era el Hijo de Dios. Cristo no exigió ninguna larga preparación doctrinal cuando le dijo al endemoniado de Gadara: "Cuéntales (a los tuyos) cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti".

Recuerdo que un misionero en la India me contó que la mayoría de los convertidos en su distrito eran ganados por hombres completamente ignorantes. Dijo: "Los aldeanos los miran y dicen: "Sabemos lo que eras, y vemos lo que eres ahora; ¿a qué se debe la diferencia?"". "Esos hombres no pueden predicar sermones", dijo, "pero saben lo suficiente para contestar: "Cristo", y el resultado es que otros se convierten a Cristo". No recuerdo que me haya dicho que se produjeran muchos malos resultados, o que la doctrina sufriera como consecuencia de ese testimonio. La verdad es que tal testimonio es predicación de la doctrina, y de la verdadera doctrina. La doctrina está implícita en el testimonio, aunque no pueda ser aprehendida intelectualmente. Es mucho más verdadera predicación de la doctrina que lo que sería un largo discurso sobre la divinidad de Cristo. ¿Piensa realmente alguien en serio que la doctrina sufriría a la larga si la India o la China ó el África fueran inundadas de un extremo a otro con la enseñanza de hombres que supieran lo suficiente para decir: "Clamé al Señor y él me oyó". "Acudí a Cristo y él me salvó de mi temor?" ¿Duda alguien de que en un terreno como ese la verdadera doctrina florecería abundantemente? Para los misioneros debiera ser un principio cardinal que cualquiera que sepa lo suficiente para ser salvado por Cristo sabe bastante para decir a otro cómo puede ser salvo.

En realidad, el iletrado posee cierta ventaja cuando enseña a otro iletrado. Cuando alguien dice: "Busqué al Señor y él me oyó", y él ha sido librado precisamente de aquellas cosas que abruman a su oyente, es mucho más probable que el testimonio produzca efecto en éste que cuando el que habla ha sido liberado de un pecado, un peligro o un temor tan refinado y sutil que el otro no puede entender en absoluto a qué se refiere. Supongo que casi todos los que han tratado de ayudar a otros han comprendido esta dificultad. Han sentido que lo único que podían hacer en algunos casos era pedir la ayuda, si podían, de algún otro que hubiera sido liberado de ese vicio o peligro o temor en particular. Comprenden que, por más extraño que suene a sus oídos la forma en que éste pueda expresar su experiencia, con todo, si la expresa verdaderamente, su experiencia puede hacer lo que no puede la de ellos, es decir, persuadir al candidato de que él también, si acude al Señor, será liberado.

Existe un peligro al cual están expuestos los hombres que han tenido una preparación literaria, y que parece no atacar en la misma medida a los iletrados. La preparación nos enseña a prestar mucha atención a las causas secundarias, ya no ser que nos cuidemos mucho, tendemos a concentrar sobre ellas nuestra atención; mientras que el iletrado, conociendo muy poco sobre causas secundarias, a menudo, o aun generalmente, las expresa en términos de la causa principal. La tentación de la mente ejercitada es ocuparse del proceso por el cual se produjo la liberación, olvidando que la liberación realmente precede al proceso. "Cuando la dificultad parecía insoluble, clamé y El me oyó", y el testimonio es: "Al Señor clamé y El me oyó". Pero nosotros estamos tentados a decir: "Estaba en dificultades, y entonces pensé, y entonces vi, y entonces discutí, y entonces oí, y entonces sumé dos más dos, y entonces hallé la so-

lución de mi dificultad". Puede que sea cierto; pero al expresar de esta manera la liberación, en cierto modo alteramos el énfasis, y la declaración se convierte más bien en una explicación que en un testimonio del poder de Cristo. Ahora bien, lo que nos distingue a los cristianos de los demás 'hombres es que nosotros conocemos la causa primera; otros hombres conocen las causas secundarias. Pero cuando nosotros insistimos en las causas secundadas lo más probable es que oscurezcamos la causa primera en lugar de revelarla. Y así, en lugar de dar testimonio de Cristo presentamos un argumento.

Y el argumento nunca es suficiente explicación, y a veces es tan débil que puede ser fácilmente refutado. Además, si logramos convencer a nuestro oyente con ese argumento, sólo hemos logrado convencerlo hasta donde llega el argumento. En el momento en que surja otra dificultad a la que no sea aplicable, o deberá hallar otro argumento que le sirva, o estará perdido. Sólo si el testigo le ha enseñado a buscar al Señor para ser liberado estará en posición de enfrentar cualquier dificultad que pueda presentarse; porque una vez que un alma ha encontrado a ese Cristo que puede liberar, cualquiera sea la dificultad que surja, sólo tiene que recorrer el mismo camino y clamar al Señor para ser liberado. De modo que la presentación de las causas secundarias a menudo despoja a Cristo de su gloria, y a los hombres de su salvación, mientras que el testimonio glorifica a Cristo y pone a los hombres en la senda verdadera.

El poder de este testimonio es sumamente profundo. "Una cosa sé, que antes era ciego y ahora veo", "Al Señor busqué y El me oyó", son argumentos para tener fe en Cristo que pueden ser rechazados pero no pueden ser discutidos. Apelan a todos, los eruditos y los simples. Cuando los hombres se encuentran en presencia de una real liberación, se maravillan; y si tienen conciencia de que ellos tam-

bién necesitan ser liberados, la codician. A lo largo de todas las edades el testimonio de Cristo dado por almas manifiestamente liberadas es lo que ha movido y convertido a los hombres.

Sin embargo, por lo general insistimos en que para propagar la doctrina debemos tener hombres que puedan responder a los argumentos de los adversarios. Indudablemente es bueno tener hom-bres que puedan hacerlo, pero es mucho más importante tener personas que puedan testificar de Cristo sencillamente y en verdad, porque el testimonio verdadero y sencillo es con mucho el arma más poderosa. Una hábil argumentación puede silenciar a los adversarios, pero el testimonio los convierte: ven en la liberación algo que todo su ingenio no puede proporcionarles.

6

El temor por nuestra doctrina tiene otra seria consecuencia. Nos lleva a dar a la doctrina un lugar equivocado. Debemos mantener nuestra norma dé doctrina, decimos, no podemos permitir que nativos sin preparación enseñen doctrina. No podemos menos que notar que en este dicho lo que ocupa el primer lugar en nuestros pensamientos es la doctrina.

Constantemente imaginamos que este es un asunto de poca importancia. Hablamos como si el Evangelio y la doctrina, la predicación de Cristo y la predicación del cristianismo fueran términos idénticos. Es imposible leer una página de un periódico misionero o hablar cinco palabras sobre las misiones sin descubrir cuán habitualmente hacemos esto. ¿Pero es realmente cierto? Lejos de ello: el cristianismo, la doctrina, es un sistema de pensamiento y

práctica; predicar a Cristo, el Evangelio, es la revelación de una Persona.

Hay diferencia entre la revelación de una Persona y la enseñanza de un sistema de doctrina y práctica; pero la forma en que usamos las palabras muestra que nos es difícil darnos cuenta de ello, y más difícil aún practicarlo. ¿Es posible revelar el Cristo a aquellos que nunca han oído su nombre, sin presentar los hechos de su vida, su enseñanza, sus obras, su carácter, su divinidad, su expiación, su sacerdocio, su realeza; la actitud moral, intelectual y emocional que se le debe; los deberes hacia los otros que surgen de la creencia en El; los efectos de la creencia en El que han sido y deben ser revelados en las vidas de individuos y naciones; o algunas de estas cosas, u otras semejantes? ¿Y no es todo esto lo que entendemos por cristianismo? ¿Es posible propagar el cristianismo sin presentar estos mismos hechos de la vida de Cristo, de su naturaleza y su obra, y de los deberes que siguen; y no es ésta la manera de revelar a Cristo? ¿Puede alguien exponer las doctrinas de la encarnación, de la expiación, de la gracia, y no revelar a Cristo? ¿Puede alguien decir una palabra acerca de Cristo, o aun mencionar su nombre sin predicar el cristianismo?

Sin embargo, hay una diferencia, y nosotros lo sabemos; pero lo sabemos sólo dentro de estrechos límites. Sabemos que en nuestra experiencia cristiana entramos en contacto con la Persona de Cristo: esta es para nosotros, indudablemente, la realidad de las realidades; es lo que nos distingue de los hombres de otras religiones; y podemos distinguir entre ese contacto con Cristo y la aprehensión de una doctrina, y sabemos que es posible aprehender la doctrina sin ese contacto con Cristo. Y sabemos que es posible que uno enseñe y otro aprenda la doctrina, sin aproximarse a la Persona a quien la doctrina se refiere. Hasta aquí creo que todos estaremos de acuerdo.

Lo que nos resulta difícil creer es que otros puedan reci-

bir a Cristo y hallar en él la salvación a no ser que sepan, o al menos empleen al hablar, nuestras expresiones doctrinales conocidas. Sa-bemos, desde luego que, de alguna manera, personas cuya comprensión intelectual de las expresiones doctrinales es muy débil, o inmadura, o aun errónea, se acercan a Cristo y reciben su gracia. Podemos ver en la historia del Evangelio y en la historia de la Iglesia, y en nuestra propia experiencia en nuestros días, que la ignorancia de la doctrina no impide a los hombres amar a Cristo y ser salvados por él del vicio y el pecado y el peligro y el miedo. En realidad, parece casi ridículo y blasfemo pensar que Cristo no salve a aquellos que acuden a El porque no sean capaces de captar una doctrina intelectual acerca de El. Sabemos que la doctrina de la expiación ha sido expresada en diferentes épocas en diferentes formas, algunas de las cuales nos parecen falsas y malas; pero sabemos que en todas las épocas los hombres han hallado expiación en Cristo. No obstante, nuestra doctrina domina de tal manera nuestras mentes que apenas podemos creer que alguien pueda amar a Cristo y ser salvo por El a no ser que conozca y use nuestras expresiones doctrinales.

Porque hallamos esto difícil, inevitablemente tendemos a dar la enseñanza de nuestra doctrina el primer lugar en nuestro trabajo, y darle prioridad sobre la revelación del Cristo.

Ahora bien, esto produce serias consecuencias. Cuando predicamos la doctrina, ésta ocupa el primer lugar en nuestro pensamiento, y está en primer plano en nuestra mente. Cuando predicamos a Cristo, la Persona está en primer plano y ocupa el primer lugar en nuestra mente. Cuando hablamos de predicar el cristianismo, en lo que realmente pensamos es en el sistema de doctrina y práctica; cuando hablamos de predicar a Cristo, realmente pensamos en la revelación del Cristo. Pero la Persona es más que la doctri-

na y la supera en mucho, y en consecuencia, cuando hablamos de predicar el cristianismo y pasamos del pensamiento de Cristo al pensamiento de la doctrina, pasamos de la realidad misma a la sombra de esa realidad.

Cuando incurrimos en este error inevitablemente tendemos a hacer de la aceptación de la sombra, de la doctrina, del sistema, el fin y objeto de nuestra obra. Y al hacer esto estamos haciendo algo que Cristo censuró en términos severos. Hacer convertidos a una doctrina es hacer prosélitos. El prosélito abandona un sistema de pensamiento y práctica por otro; y adoptar un nuevo sistema de pensamiento y práctica no es el camino de salvación. El cristiano convertido no es un convertido a un sistema de doctrina, sino a Cristo. Confía en Cristo, y no en ningún sistema de doctrina o de moral. La deferencia entre la obra del celote judaizante y la del misionero cristiano reside precisamente en esto: el uno trataba de ganar conversos para su doctrina, el otro busca un convertido a su Señor. Esta distinción es de profunda importancia; y nos produce una grave ansiedad el que los últimos años hayamos oído a misioneros hablar de hacer prosélitos. Cuando ponemos en primer lugar la doctrina, estamos en peligro de caer precisamente en el error que Cristo condenó.

Pero los misioneros caen en este error. Es verdad que entre ellos se encuentran quienes son vivamente conscientes de la realidad que hay detrás de la doctrina, y viven constante y conscientemente en la presencia del Señor; pero aquellos de nosotros que son más vivamente conscientes de la realidad son los mismos que también comprenden más claramente el peligro de permitir que la doctrina ocupe el primer lugar en nuestros pensamientos y expresión; y son ellos también quienes reconocen cuán a menudo hacemos esto. Es en verdad un peligro insidioso. Parece casi imposible escapar de él. No podemos menos que enseñar la doctrina ortodoxa que conocemos, y la divi-

soria entre enseñar la doctrina de modo que revele al Cristo y enseñarla de manera que usurpe el lugar del Cristo es una línea tan delgada que estamos constantemente en peligro de permitir que la aceptación de nuestra ortodoxia se convierta en el propósito y objeto de nuestra obra.

Ahora bien, cuando decimos que no podemos permitir que nativos sin preparación enseñen doctrina estamos en grave peligro de caer en este error; pero no es tan probable que caiga en él el nativo sin preparación, como el hombre que ha estudiado en nuestras escuelas de teología. Porque lo único que aquel conoce realmente es su experiencia de Cristo, mientras que el otro ha aprendido de sus maestros tanta doctrina y ha prestado tanta atención a ella que está muy expuesto a caer en este error.

7

Pero se dirá que los cristianos nativos no darán espontáneamente testimonio de Cristo como he sugerido, y que no podemos esperar que lo hagan. Mi respuesta es: 1) "que cuando abandonemos esa actitud del que dice: "Debemos mantener nuestra doctrina, no podemos permitir que nativos sin preparación enseñen doctrina", cuando pongamos primero a Cristo y la doctrina en segundo lugar, y abramos la puerta a la actividad espontánea de nuestros convertidos, cuando establezcamos iglesias con autoridad plena, sabremos si esto es verdad o no; 2) que los casos esporádicos de enseñanza por medio de cristianos voluntarios son ahora tan numerosos, a pesar de nuestras restricciones, que hay buenas razones para creer que tal actividad sería suficiente para difundir ampliamente el conocimiento de Cristo; 3) que los mismos que dicen que no es posible permitir que enseñen los nativos sin preparación, muestran, por ese mismo argumento, que están persuadidos, como el

hombre a quien cité al comienzo de este capítulo, de que los cristianos nativos darían testimonio de Cristo si no se les restringiera. Por cierto no nos preocupamos por prohibir la que juzgamos imposible; 4) que cuando nosotros mismos conocemos y sentimos el impulso del Espíritu Santo que nos lleva a comunicar a otros el conocimiento de Cristo, realmente es una contradicción de nuestra propia experiencia decir que otros hombres que experimenten el poder de Cristo y de su Santo Espíritu no han de hacer lo que sabemos que Cristo y su Santo Espíritu deben impulsarlos a hacer.

Dije al principio que el motivo que nos impulsa a restringir la actividad de los que enseñan sin haber recibido preparación es el temor. Si no es ese pecado dominante de los occidentales, la ambición de dominio y gobierno, es ciertamente el temor por la pureza de la doctrina. Y cuando se trata del Evangelio ese temor es muy mal señor .

5. La norma cristiana de moral

Sí tememos que cualquier expansión espontánea podría poner en peligro nuestro sistema de doctrina no es menor nuestro temor de que pudiera hacer peligrar nuestra norma de moral. Tememos que los nuevos convertidos pudieran tolerar una norma que no pudiéramos aceptar como cristiana. Muchos que creen y desean y estimulan una expansión espontánea ciertamente no están preparados para estimular ninguna expansión que pudiera implicar ese riesgo. Dicen :" A toda costa debemos mantener la norma cristiana de moralidad", o "No podemos tolerar ningún aflojamiento de la norma cristiana de moral". A menudo oímos a misioneros comparar en este sentido su labor con la de otros maestros, especialmente, tal vez, la de los maestros musulmanes, diciendo que esos otros maestros no prestan atención a las condiciones morales que aquellos que aceptan como convertidos, mientras que nosotros "hacemos grandes demandas".

Hay dos maneras de guardar una norma de moral. Podemos mantener delante nuestro y de nuestros convertidos el ideal que nos presentó Cristo y tratar de seguirlo nosotros mismos, y enseñarles a ellos a hacerlo, o podemos definir una norma y considerarla como una ley de estricto acatamiento. En el primer caso ponemos delante de nuestros convertidos un avance infinito, en el segundo una regla finita. En el primer caso debemos confiar en que el

Espíritu ha de guiarlos a esa divina norma de moralidad, en el segundo podemos confiar en nuestro poder de control y dirección. En el primer caso debemos esperar que otros vean un aspecto diferente de la verdad del que nosotros vemos, y nos revelen aspectos de la verdad moral que nosotros no habríamos visto sin su ayuda; en el segundo deberemos insistir en que ellos aprendan exactamente lo que nosotros hemos enseñado, como nosotros lo hemos aprendido, y que no se desvíen de ello. En el primer caso aceptamos una norma divina, tanto para nosotros como para nuestros convertidos; en el segundo, presentamos lo que nos parece una norma adecuada, una norma más o menos cristiana, según el caso, una norma que a nosotros nos parece cristiana, pero que está algo lejos de la norma de Cristo.

1

Cuando hablamos de mantener la norma cristiana de moral, lo que tenemos en mente indudablemente es el segundo de estos dos ideales de una norma; y cuando hablamos de "hacer grandes demandas" indudablemente pensamos en el segundo de estos métodos. Porque las demandas son demandas específicas. Cuando decimos que hacemos grandes demandas, no queremos decir que colocamos delante de nuestros convertidos un elevado ideal moral, sino que exigimos obediencia a reglas definidas de conducta, Generalmente hablando, tratamos el mantenimiento de esas reglas definidas de conducta como si fuera sinónimo de la norma cristiana de moralidad.

Preguntar cuál es la norma cristiana de moral expresada en las demandas, y dónde se la puede hallar expuesta formalmente, como se dice que la norma de moral mahometana se encuentra en el Corán, es algo que nos muestra la

dificultad de que no hay una respuesta cierta a estas preguntas. Ciertamente no está en la Biblia; porque a no ser que estemos dispuestos a aceptar la ley judaica en su totalidad, los cristianos no tenemos un código de moral expresado en mandamientos precisos, ni en la Biblia toda ni en el Nuevo Testamento como tal. Nuestras demandas de hecho no constituyen un cuerpo completo y consistente de leyes obligatorias para todos los cristianos: son meros fragmentos.

Y estos fragmentos no son seleccionados de acuerdo con principio cristiano alguno. Tratamos los pecados de la carne como ocasiones para la aplicación de la ley, pero no los pecados del tempe-ramento y el espíritu. Sin embargo, en los Evangelios Cristo no aparece observando esta distinción. El denuncia los pecados de orgullo y auto-afirmación como una severidad no menor que los pecados del cuerpo; pero nosotros no nos negamos a admitir a hombres que dan rienda suelta habitualmente a su mal temperamento, u observan una actitud altiva, insolente y despreciativa hacia los que consideran de condición inferior. ¿Por qué? ¿Es que por estos pe-cados son en realidad menos peligrosos e inmorales que los pecados de la carne? ¿Es que acaso el hombre que comete estas faltas es menos culpable ante Dios que el hombre que, siguiendo las costumbres de su tribu, tiene más de una mujer, o que el que, siguiendo las costumbres de su tribu, se emborracha en una fiesta? ¿Es menos pecador el hombre que estalla en un arranque de impaciencia cada vez que las cosas no andan conforme a sus deseos, porque se conforma a nuestras normas de pureza exterior, que el que puede mostrar una paciencia y mansedumbre semejantes a las de Cristo bajo los malos tratos, y sin embargo, está atado por las circunstancias a una vida que llamamos de pecado, condición de la cual no puede escapar sino por un acto de moralidad sumamente

discutible? ¿Por qué procedemos en formas tan diferentes con estos dos? ¿Por qué al uno le señalamos el ejemplo de Cristo, asegurándole que si recibe su gracia, Cristo le iluminará y fortalecerá y liberará, mientras que al otro le presentamos una ley, lo excluimos y le exigimos obediencia a la letra de la ley antes de admitirlo? ¿Es porque una ofensa nos repugna, mientras la otra, siendo una condición innata de nuestra raza, no nos ofende? ¿No será porque nuestro sentido moral está pervertido y es unilateral? Las personas a las que vamos tienen sus propios escrúpulos morales; y si pudieran excluimos como nosotros las excluimos a ellas, nos excluirían por mostrar impaciencia y orgullo racial en palabras y en acciones; prohibirían nuestros bailes como nosotros prohibimos los suyos. ¿No es esto prueba suficiente de que nuestras demandas son arbitrarias?

Nuestras demandas no son sólo una selección arbitraria: tampoco son siempre expresiones indiscutiblemente claras en sí de la ley divina sobre las cuales ningún cristiano pueda tener duda alguna. Los misioneros cristianos difieren, no sólo en cuanto a la aplicación en particular, sino en cuanto a la ley misma. De tiempo en tiempo oímos que se convocan conferencias para discutir esas diferencias, debido a las obvias dificultades prácticas que surgen del desacuerdo; pero no se logra la uniformidad. Algunos misioneros ponen un tremendo énfasis sobre la observancia del día de reposo como cesación de todo trabajo; otros consideran eso como puro judaísmo. Algunos insisten en la abstinencia total de toda bebida alcohólica; otros no lo hacen. Algunos excluyen al hombre que tiene más de una esposa; algunos excluyen a las esposas del polígamo; algunos las admiten; algunos admiten al hombre si despide a todas sus esposas menos una; algunos declaran que esta acción es inmoral y causa de inmoralidad. Podría hacerse una larga lista, porque sería difícil hallar una de nuestras demandas acerca de la cual haya acuerdo universal entre todos los

cristianos. Pero éstas bastan para mostrar que no concordamos, ni en cuanto a la ley ni en cuanto a su aplicación. Cuando no estamos de acuerdo entre nosotros mismos, ¿cómo hemos de esperar que nuestros oyentes acepten nuestras exigencias como ley divina, la desobediencia a la cual excluye al hombre de la gracia de Cristo?

No estamos de acuerdo porque no podemos hallar un mandato claro, definido, explícito de Cristo con el cual convencer a los adversarios, y a veces aquello en que insistimos es a ojos vista una directa contradicción verbal de la enseñanza de Cristo; por ejemplo, algunas de las tribus de intocables de la India se alimentan de carroña, y algunos misioneros les prohíben a los cristianos hacerlo. Es fácil entender el porqué de la prohibición, pero sería difícil reconciliarla con la enseñanza de Cristo acerca de los alimentos inmundos. A veces nuestras exigencias son tales que casi sería necesario un cambio de condición económica antes que pudieran ser cumplidas satisfactoriamente. A veces oímos decir a misioneros: "Es imposible vivir una vida moral-cuando toda una familia, o más de una familia, se apiñan en una sola habitación".

Si creyéramos realmente que las demandas morales que hacemos fueran de tal carácter que el no cumplirlas separase necesariamente a uno de Cristo; tendríamos que sentirnos obligados a considerarlas retrospectivamente. Pero no lo hacemos. No negamos el cristianismo de Carlomagno porque tuvo más de una esposa; no negamos que nuestros padres fueran cristianos por el hecho de que tenían esclavos; no negamos que fueran cristianos porque creían en hechicerías y quemaban a las brujas. Es posible, pues, que una persona haga estas cosas sin rechazar deliberadamente a Cristo, aunque si uno de nosotros hiciera hoy cualquiera de ellas sería pasible de excomunión. Admitimos, pues,

que nuestras exigencias son locales y contemporáneas, y de nuestra propia época y lugar.

Aunque en nuestra época no somos consecuentes. Excluimos a los hombres que, antes de haber oído siquiera el nombre de Cristo, se casaron con más de una mujer; pero no excomulgamos abierta y públicamente, ni les negamos cristiana sepultura a los padres de hijos ilegítimos. Sin embargó, este último caso es un acto inmoral mucho peor que el primero. En un caso no hay impureza en la intención, o en todo caso no es seguro que la haya habido; en el otro es seguro, porque ningún blanco piensa estar sirviendo a Cristo cuando engendra esos hijos ilegítimos. ¡Cómo podemos aplicarle la ley a un hombre que ha actuado en ignorancia, mientras condonamos de hecho, sino expresamente la falta moral mucho peor de nuestros propios compatriotas, es simplemente pasmoso!

2

La ley que aplicamos es parcial y fragmentaria, es la norma dudosa, incierta de nuestra época y nuestra raza; pero la imponemos como si fuera un explícito mandamiento divino, cuya desobediencia separa al hombre absolutamente de la gracia de Cristo. ¿Por qué y cómo la aplicamos? Hacemos de la aceptación de nuestras demandas la condición para ser admitidos en la Iglesia cristiana. Tal vez vacilaríamos y retrocederíamos y reconsideraríamos de nuevo nuestra actitud si comprendiéramos lo que realmente implica. Significa que, hasta donde está en nuestro poder, separamos de la gracia de Cristo a aquellos a quienes rechazamos, y proclamamos que Cristo los ha rechazado. Todos debemos reconocer que la Iglesia debiera recibir a las personas a quienes Cristo recibe. Luego si las rechazamos, solo podemos hacerlo sobre la base de que estamos

persuadidos de que Cristo las ha rechazado. Todos reconocemos que en la comunión de la Iglesia hay gracia: cuando, pues, excluimos a alguien de la Iglesia lo excluimos deliberadamente de esa gracia. Sólo podemos hacer esto si estamos persuadidos de que Cristo considera indignos a los que excluimos de recibir la gracia. Actuamos como si estuviéramos seguros; ¿pero estamos totalmente seguros de esto?

Excluimos a los oyentes e interesados que acuden a nosotros buscando a Cristo, sumidos como están en los hábitos y tradiciones de su pueblo. Que esto es así, lo prueba no sólo la práctica común del país, sino el hecho de que muchos cristianos nativos no puedan ver por sí mismos que un acto sea malo, y se limitan a obedecer una ley que les es impuesta por sus maestros extranjeros. Tómese, por ejemplo, nuestra ley de la monogamia. Por lo general exigimos que antes de ser recibido en la Iglesia un hombre despida a todas sus mujeres menos una. Ahora bien, la gran masa de nativos ciertamente no entiende esto. Le oí decir a un misionero en el África Central que cuando la gente oye que llega un misionero, dicen: "Ahí viene el destructor de familias". Le pregunté a un sacerdote africano nativo cómo justificaba nuestra ley ante su pueblo y me contestó: "No puedo justificarla; simplemente les digo que es la ley". Leemos que "un movimiento hacia una "Iglesia africana" está cobrando rápidamente fuerza e importancia en algunos distritos, y amenaza con absorber a las congregaciones jóvenes y causar división en los puestos más antiguos. Su poder reside en que apela al sentimiento, muy extendido, de que la monogamia es un yugo de la civilización occidental que los africanos no debieran ser obligados a llevar" (CMS Gleaner, Dic. 1920, p. 273.)

Declaraciones como ésta muestran claramente que gran cantidad de africanos, no sólo paganos sino de nuestros

convertidos, no entienden nuestra insistencia sobre la monogamia pues, no perciben claramente que sea imposible ser cristiano y polígamo al mismo tiempo.

Todos conocemos la dificultad que experimenta un africano cuando se le dice que debe despedir a sus esposas. Lo que tal vez no conozcamos son las dificultades de la esposa.

Una esposa única se considera colocada en una situación poco envidiable y humillante. . . para tener compañía y obtener alivio en sus tareas diarias, la primera esposa ayuda voluntariamente a traer una segunda esposa a la familia. El número promedio es de tres a cinco. . . Donde impera la monogamia, una gran cantidad de mujeres deben, necesariamente, permanecer solteras. Ninguna mujer ibo toleraría esa situación. Se vería expuesta a toda clase de desprecios y persecuciones, así como obligada a sufrir la amarga vergüenza de sus sentimientos ultrajados. (The East and the West, Enero 1920, p. 82.)

Aun nosotros mismos a menudo estamos en duda. He encontrado misioneros que tenían serias dudas acerca de la ley que nunca se sintieron obligados a aplicar. Muchos dirigentes cristianos nos han dicho que debiéramos distinguir entre las formas inferiores de moralidad y la inmoralidad, y que debiéramos tener cuidado de evitar confundir ambas cosas en las mentes de nuestros convertidos. Pero nuestra ley inevitablemente confunde, con resultados desastrosos. Tómese, por ejemplo, el caso de Gran Cazador. Gran Cazador era un jefe de los Siux que huyeron de los Estados Unidos al Canadá y se colocaron bajo la protección del gobierno canadiense. Misioneros presbiterianos los visitaron y les enseñaron, y muchos de ellos abrazaron las enseñanzas cristianas, entre ellos Gran Cazador. Quiso hacerse cristiano y se le dijo que debía expulsar a todas sus esposas menos una. Después de una larga lucha al final se decidió a obedecer, pero no sabiendo cómo hacerlo porque no sabía cómo proveer para sus esposas, las ahorcó. Acudió

entonces a los misioneros y les dijo que había hecho lo que le habían pedido. Entonces ellos lo echaron por asesino, y el hombre desesperado, abandonó toda esperanza de llegar a ser cristiano, volvió a sus dioses paganos, se buscó dos nuevas esposas y vivió como pagano hasta el día de su muerte, a pesar de que sus hijos se hicieron cristianos. Aquellos misioneros habían mantenido lo que suponían la ley de Cristo. Habían mantenido nuestra ley matrimonial; ¿pero habían mantenido la ley de Cristo? No he encontrado un cristiano que haya escuchado esta historia sin un estremecimiento, o que haya contestado sin vacilación la pregunta de si aquellos misioneros hicieron bien.

Con consecuencias menos escandalosas estamos haciendo en todo el mundo lo que hicieron aquellos misioneros canadienses. En algunos casos los resultados son, sin embargo, similares. Hombres que hemos rechazado en el nombre de Cristo a veces han hecho cosas que nos espantan, y mujeres rechazadas, en obediencia a nuestra ley, a veces han caído en un estado que nos apenó, y muchos otros que podrían haber sido buenos cristianos acudieron a nosotros buscando a Cristo, y hallando una ley se volvieron sin Cristo. Muy diferente sería si la conciencia nativa, sin ser forzada por nosotros, excomulgara a los que ofenden contra la luz. Ya he señalado que hoy en día en Inglaterra un hombre sería justamente excomulgado por hechos que nuestros padres no consideraban pecaminosos ; y que a medida que los nativos crecieran en conocimiento y gracia aprenderían seguramente a considerar como delitos graves cosas que, al principio, consideraban como inofensivas, o aun necesarias, en las condiciones en que vivían. Aprenderían a interpretar la acción y conocer su verdadero carácter en relación con la enseñanza y el carácter de Cristo. Pero ese crecimiento gradual ha sido impedido,

prefiriendo imponer nuestra ley, obteniendo así un aparente avance inmediato.

3

En estas circunstancias no es sorprendente que gran número de nativos, tanto convertidos como paganos, consideren la imposición de nuestras normas como la imposición de un yugo de la civilización occidental más bien que como una ley de Cristo. El resultado es que se declaran contrarios, no sólo a la civilización occidental, no sólo a los misioneros, sino a la verdadera concepción superior de la moralidad. Por ejemplo, en África nuestra insistencia en la monogamia como una ley formal cristiana universal, los lleva o bien a la defensa de la poligamia o al rechazo del cristianismo, o a ambas cosas. Como polígamos, deben oponerse a la enseñanza de los misioneros cristianos. Son impulsados a luchar por la poligamia: deben sostener que es el mejor sistema de vida para los africanos. Se sienten obligados a tomar partido del lado equivocado. La opción es muy desdichada: o bien deben estar dispuestos a someterse a un yugo y practicar una ley de la cual no entienden ni la justicia ni la conveniencia, al mandato de maestros extranjeros, o deben adoptar una actitud antagónica al verdadero progreso.

El hecho de que se vean delante de esa desdichada opción se debe a la imposición de la ley. Los polígamos podrían haber estado del lado bueno en lugar del malo. Si los misioneros no hubieran hecho objeto de sus ataques a sus esposas; si, una vez que aprendieran a creer en Cristo, hubieran sido admitidos como cristianos; entonces el ideal se les hubiera presentado no como algo adverso, que debe ser odiado y temido, y resistido, ni como una imposición monstruosa y tiránica, sino como un ideal al cual podrían

mirar segura y sabiamente. Muchos hubieran meneado las cabezas ante él, pero muchos lo habrían deseado. Hubieran aprendido la enseñanza de Cristo con su clara sugestión de que la monogamia responde indudablemente al designio de Dios; hubieran escuchado la enseñanza de San Pablo acerca de la relación de Cristo con su Iglesia; hubieran comparado los hogares de los monógamos con los de los polígamos.

Con tanta seguridad como la monogamia se mostró satisfactoria a la mente y el corazón cristianos en Occidente, y por las mismas razones, se habría mostrado satisfactoria a la mente cristiana en el África y en el Oriente. Año a año los mejores hombres y mujeres, tanto polígamos como monógamos, se hubieran puesto crecientemente de su parte, muchos polígamos lamentando las disputas y perturbaciones de sus hogares y advirtiendo a otros para que no cayeran en su infortunio, y los monógamos comprendiendo su propio estado superior y llamando a otros a compartirlo. Tal vez la batalla hubiera sido larga, y su resultado a menudo aparentemente dudoso, pero no habría tenido porque ser una batalla de misioneros contra nativos, y nativos contra misioneros, ni necesariamente cruel. Pero hemos renunciado a ese pacífico desarrollo a fin de obtener una victoria inmediata.

4

Mucho más importante aún que esta evidente desventaja táctica es el concepto del Evangelio implícito en nuestra insistencia sobre la obediencia a una ley formal externa como condición previa para la admisión en la Iglesia. El primer mal es evidente y relativamente superficial; el otro es interno y obra secretamente, e influye en todo nuestro trabajo sin que percibamos su mal.

Si establecemos una ley y la hacemos cumplir como tal, sea que se entienda y acepte o no el principio sobre el cual está basada, hacemos consistir la moralidad en la obediencia exterior a una ley externa, presentamos a la Iglesia como guardiana de un sistema de leyes divinas, ya la Biblia como "un acta sobrenatural del Parlamento", y el camino de salvación como el camino de la obediencia a esas leyes "divinas".

Pero nada de esto es verdad. Ni en los Evangelios ni en ninguna otra parte del Nuevo Testamento existe código legal alguno. Esa norma que a menudo denominamos la norma cristiana de moral, simplemente no existe en el Nuevo Testamento. No hay en el Nuevo Testamento ninguna norma de moral en el sentido de una norma externa y susceptible de expresarse legalmente, de modo que podamos decir que él que alcanza esa norma es cristiano, y el que no la alcanza no es cristiano. La única norma cristiana es: " Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente y con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo". Esta y ninguna otra es la norma cristiana de moral. Y es totalmente imposible expresarla en un código legal. Cualquier cosa que pueda ser expresada de esta manera es una norma local, transitoria y degradada. Cuán degradadas son realmente las normas locales y temporales que establecemos, no podemos saberlo realmente, sólo podemos sospecharlo; pero comparadas con cualesquiera ideales ver-daderamente cristianos deben ser infinitamente más degradadas que lo que son las más bajas normas paganas en comparación con las nuestras. El Evangelio no es por cierto la revelación de un elevado código de moralidad.

Cristo no vino a los hombres con un nuevo libro de la ley en su mano asegurándoles que, cuando lo aceptaran y adoptaran y cumplieran la ley en él contenida, El los aceptaría y bendeciría. Todo intento de tratar cualquiera de sus

dichos como preceptos legales siempre ha resultado en confusión y error, y, lo que es mucho peor, en la liberación de un alud de mala voluntad, odio, orgullo y fariseísmo que es la directa contradicción de su Espíritu. El vino a los hombres no para dirigir su conducta mediante admoniciones externas, sino para inspirarlos y elevarlos por la presencia y el poder de su Espíritu que les comunica. No empezó diciéndoles en detalle en qué consiste la vida verdaderamente moral y ordenándoles seguirla. Empezó mostrándoselas en su propia Persona y dando a los hombres un Espíritu que los guiaría y alumbraría hasta que llegaran a ser como El.

Y así nos trata a nosotros. Viene a nosotros en nuestra degradación y nos ofrece no una ley, sino su gracia. Nosotros no sabemos cuán degradado es nuestro estado. Pensamos que nuestra moral es muy elevada y noble; la comparamos con la moral de otros y decimos: "Nuestra moral es cristiana, las de ellos son morales paganas; es imposible que alguien sea cristiano si no acepta nuestro código moral". Si Cristo nos hubiera tratado así, ¿quién de nosotros se hubiera salvado? La soberbia espiritual es un pecado mucho más grave que el concubinato; el egoísmo es un pecado mucho más grave que la poligamia; el odio es un pecado mucho más grave que la des-trucción de los mellizos. Nuestra soberbia, y egoísmo y odio e impureza se expresan en formas que nos parecen menos detestables que los vicios de los paganos, y en consecuencia nos resulta fácil denunciar la inmoralidad de éstos. Pero si Cristo nos hubiera tratado a nosotros como nosotros tratamos a los paganos, negándose a tener comunión con nosotros hasta que nos hubiéramos reformado, ¿qué esperanza hubiéramos tenido?

La revelación de un código superior de moral no es el Evangelio. Ninguna carne será justificada ante los ojos de

Dios por las obras de la ley. No somos cristianos porque hayamos alcanzado una norma de moral que podamos llamar verdaderamente cristiana, sino porque Cristo nos ha dado su Espíritu. Nuestra esperanza presente y futura no reside en alcanzar un nivel que nos haga aptos para su gracia, sino en la seguridad de que la aceptación de su gracia nos elevará. A menudo decimos: "Su nombre será llamado Jesús, porque El salvará a su pueblo de sus pecados", y agregamos, "no en su pecado, sino de sus pecados". Al decir esto, si bien expresamos una verdad, suprimimos otra: porque si Cristo no nos salva en nuestros pecados nunca seremos salvos de nuestros pecados. El viene a nosotros en nuestros pecados para salvarnos de ellos. Es de la esencia misma del Evangelio que Cristo viene a los hombres en sus pecados. El vino a salvar a los pecadores.

Imponiendo nuestro código moral, damos prioridad a la obediencia a nuestro código moral sobre la recepción de Cristo y su gracia. Insistimos en que los hombres deben liberarse de situaciones que nos disgustan, porque no son nuestras, antes que admitir que Cristo los acepta, antes de aceptarlos nosotros en su nombre. Es de la esencia del Evangelio que Cristo vino a salvar a aquellos que no podían salvarse a sí mismos; el Evangelio no es que El vino a salvar a los que podían salvarse a sí mismos hasta cierto punto, y tenían valor suficiente para arriesgarse a provocar la enemistad de los demonios a quienes temían, y suficiente fortaleza mental para menospreciar la opinión pública de su pueblo. Con los labios predicamos que Cristo vino a salvar, pero con nuestra acción predicamos que los hombres deben hacer primero por sí mismos lo que decimos que El vino a capacitarlos para que pudieran realizar. Les decimos a los hombres que Cristo vino a darles gracia para elevarse, y les enseñamos que antes que puedan ser elevados por la gracia de Cristo deben elevarse por sí mismos. Cristo vino a salvar, no a hombres que hubieran alcanzado cierto nivel

de moralidad, y por cierto no a los que ya estuvieran preparados para seguir nuestra norma local, temporal y externa de moralidad, sino a los hombres tal como los encontrara. Ellos debían empezar aceptándolo a El y siendo aceptados por El, y en esto estaría fundado todo avance.

Es obvio que estamos colocando lo exterior antes que lo interior. Todo lo que pedimos es un acto externo. No debiéramos ni soñar con decirle a un hombre que purifique su alma. El abandonar a sus esposas, por ejemplo, no implica necesariamente la purificación del pensamiento y el corazón y la voluntad; a veces es una manera de escapar de una situación incómoda. El motivo no altera el hecho. Ahora es monógamo, y por tanto podemos recibirlo; o, aún es un polígamo, y por tanto debemos rechazarlo. No podemos inmiscuirnos en lo interior; sólo podemos actuar sobre la base de los hechos externos. Pero lo que realmente importa es la actitud interior del hombre hacia Cristo, y que el Espíritu Santo more en él. Cuando, pues, damos prioridad a la mera obediencia exterior a una ley formal externa, enseñamos a todos los hombres a considerar lo externo como lo más importante; e infortunadamente eso es exactamente lo que los seres humanos están demasiado dispuestos a hacer. Ocuparnos de las cosas externas es extraviar el camino, y descarriar a otros del camino; Cristo se ocupa de las cosas interiores. De la purificación interior brota todo progreso.

5

Esta cuestión no se plantea ahora por primera vez. En los días de San Pablo había en la Iglesia un fuerte partido que insistía en que antes que los convertidos del paganismo pudieran ser admitidos en la Iglesia debía obligárseles a aceptar y practicar el código moral de los cristianos de Je-

rusalén. En su concepto, la moral de frigios y panfilios, griegos y romanos, era totalmente depravada. El matrimonio era en muchas partes del imperio solamente una alianza temporal; el concubinato era casi universal; la fornicación no era considerada siquiera como un vicio; la prostitución no sólo era aceptada por los religiosos, sino que tenía un lugar en sus ritos religiosos; y vicios aún más repugnantes eran practicados comúnmente.

Predicar la salvación en Cristo a esas personas sin sujetarlas a la ley moral podría haber parecido absurdo e inicuo a la vez. Se hubiera podido alegar: 1} Que era peor que eso, era lisa y llanamente desobedecer a Cristo mismo, quien había enseñado: "En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que todo lo que ellos digan que guardéis, guardad lo y hacedlo", (Mateo 23:2,3.) y "Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido". (Mateo 5:18.) Era desobediencia a su precepto; era aun repudiar su ejemplo. El mismo observaba la Ley. Nadie, ni aun sus enemigos, había intentado probar que él quebrantara la ley o socavara la autoridad de la misma. San Pablo mismo, en su controversia con el partido judaizante nunca sostuvo que Cristo hubiera abolido la Ley o hubiera dicho a sus discípulos que no tenían necesidad de guardarla. ¿Cómo, pues, podría ser predicado el Evangelio sin la Ley? ¿Podrían los hombres aceptar a Cristo y seguirle, y no aceptar y seguir la Ley que El aceptó y obedeció? ¿Cómo podrían los hombres unirse a un Cristo que estaba El mismo dentro del Pacto del pueblo de Dios sin estar ellos mismos dentro del Pacto?

2) Enseñar a los hombres a creer en Cristo sin imponer la obediencia a la Ley, sería asegurar el divorcio de la fe cristiana de la moral cristiana. Si fuera posible predicar a Cristo sin predicar tam-bién la Ley moral, ambos podrían ser separados en el pensamiento y en la práctica. Podrían ser distinguidos uno de otro. Para ser cristiano ya no sería

necesario guardar la Ley. ¿Es Cristo ministro de pecado? Cristo y la santidad de vida son inseparables. Hablar de predicar a Cristo sin exigir obediencia a la Leyes separar lo inseparable.

3) Sería inútil decir a los convertidos que lleven vidas morales, sin darles el cerco de la Ley. Los judíos mismos necesitaban la Ley para dirigirlos, aun estando en su patria; y fuera la necesitaban más aún. Los paganos convertidos, que vivían en una atmósfera de paganismo no hubieran podido mantener ninguna norma moral a no ser que hubieran tenido el apoyo que aun los judíos, con siglos de enseñanza moral detrás de ellos, necesitaban. Si los nuevos convertidos llevaban en sus cuerpos las marcas de su dedicación a la vida moral, si se relacionaban lo más íntimamente posible con aquellos que a lo largo de siglos de disciplina habían aprendido la importancia de una elevada norma moral, podrían aprender a mantenerse; pero sin ese apoyo deberían caer. Las tentaciones del medioambiente, las tendencias inherentes de su raza, serían demasiado fuertes. La moral cristiana no sería mejor que la moral pagana.

4) Esto debe reaccionar sobre la Iglesia en el país de origen. Aunque los judíos cristianos evitaran en lo posible el contacto con esos cristianos paganos inmorales, el mero hecho de que hombres que no estaban sujetos a la Ley habían sido admitidos en la Iglesia implicaba la aceptación del principio de que los hombres podían ser salvados en Cristo sin necesidad de la Ley. Si algunos podían ser salvos en Cristo sin la Ley, entonces nadie necesitaba guardar la Ley. Si un pagano podía ser salvo en Cristo sin aceptar la Ley, un judío podría ser salvo en Cristo aunque abandonara la Ley. La observancia de la Ley ciertamente era una carga; no faltarían los que se la sacudirían de encima. Entonces habría judíos cristianos que vivirían como paga-

nos, y la Iglesia habría abandonado el principio por el cual solamente podría condenarlos y restaurarlos, Admitir hombres incircuncisos en la Iglesia no era tanto extender el Evangelio a los paganos como abandonar el camino de la santidad.

No sólo debían abandonarse los privilegios religiosos de los judíos, sino el ejemplo y la enseñanza de Cristo, los fundamentos de toda moralidad a fin de facilitar el camino para que hombres de vida licenciosa pudieran hacerse cristianos de nombre, y escaparan de un yugo que todo judío y todo prosélito sabían que debían llevar.

Estas consideraciones no son de poca importancia; bien podrían dar que pensar a los hombres, y cada uno de estos argumentos podría haber sido empleado por el partido judío de Jerusalén con tanta fuerza y propiedad como nosotros podemos utilizarlo hoy para insistir en la obediencia a nuestra ley moral. Pero ninguno de los argumentos que presentaron los judaizantes prevaleció. Para mantener la supremacía de la fe en Cristo, San Pablo rehusó obligar a cumplir la ley; y a pesar de todos los esfuerzos de los misioneros judaizantes, la Iglesia fue establecida en Cristo. Cristo es el único Salvador; la ley moral no salva. Los hombres no son salvos por Cristo y la ley moral; son salvos en Cristo. Han de ser admitidos en la Iglesia de Cristo, no porque hayan aceptado un código moral, sino porque creen en Cristo. Cristo es supremo.

San Pablo mantuvo la supremacía de Cristo, y la historia de las iglesias de Occidente muestra cuán poco de verdad había en todas esas consideraciones aparentemente importantes. Por un tiempo se podría haber temblado ante la condición moral de la Iglesia tal como se veía exteriormente en una ciudad como Corinto, pero Cristo triunfó. La fe en Cristo produjo una moralidad superior a la del código legal cuyo abandono parecía conmover los cimientos mismos de toda moralidad.

6

Parece ser casi una regla del progreso cristiano que para ascender los hombres deban primero descender. Para conocer el poder de Cristo, los individuos deben hacer el terrible descenso que consiste en abandonar el intento de hacerse buenos por sí mismos, deben abandonar la esperanza de poder alcanzar la justicia por su obediencia a la ley, ya esté escrita en su conciencia o les sea enseñada por la autoridad. Esta es una espantosa aventura. Parece una contradicción, una reversión, de nuestra naturaleza, una negación de nosotros mismos. ¡Pero cuántas generaciones de cristianos la han probado!

Así pues, pareciera que para conocer el poder de Cristo la Iglesia debiera emprender una aventura semejante en el trabajo misionero, y despojarse de su justicia a fin de que aparezca de nuevo solamente la gracia de Cristo. Cuán terrible nos parece esa aventura se ve en nuestra renuencia a enfrentarla. "Debemos mantener la norma cristiana de moralidad", decimos. Pero no podemos. No está en nosotros el hacerlo. La moralidad, para nosotros los cristianos, debería ser la verdad en lo íntimo. Y eso no podemos mantenerlo. Todo lo que podemos hacer es aplicar una ley externa; que es lo que no debemos hacer. Pero porque decimos que debemos, hacemos exactamente aquello por lo cual condenamos a los cristianos judaizantes; y estamos muy cerca de cometer la misma falta por condenar la cual aplaudimos a San Pablo.

En el Islam hay una norma fija de moral, hay un código externo definido; sin embargo, los musulmanes pueden aceptar a los hombres, y los aceptan, antes de que hayan aprendido el código o avanzado hasta ese nivel, en la creencia de que aprenderán. Ellos aprenden a crecer hasta el nivel, pero una vez que lo han alcanzado, lo han alcanzado.

Allí reside el secreto del estancamiento del Islam: en que tiene una norma moral. Puede levantar a los hombres hasta ese nivel, y después nada. No hay un avance infinito. Si nosotros establecemos y mantenemos normas de moral cristianas incorporadas en un código hasta donde está a nuestro alcance, nos lanzamos a un desastre similar. En Cristo no hay semejante norma, sino la promesa de un progreso infinito. Inspirados por el Espíritu de Cristo, fortalecidos por su gracia, los convertidos del paganismo avanzarán, no hacia nuestra actual norma occidental, sino mucho más allá. Puede parecer que la imposición de nuestra norma actual nos da una ventaja momentánea a nosotros y a nuestros convertidos, pero seca la fuente del progreso futuro.

Esto es lo que yo temo. Hemos empezado imponiendo un sistema de reglas externas, y no es fácil dar marcha atrás. En el principio hubiera sido relativamente fácil haber evitado la dificultad. Haber bautizado a las personas que confesaban al Cristo sin insistir en que debían primero aceptar nuestras leyes, haber establecido iglesias en las aldeas nativas bajo sus propios ancianos, sin quebrantar su orden social, no hubiera sido una relajación de nuestra norma de moralidad mayor de lo que el establecimiento de un jardín de infantes en una escuela es una relajación de la norma educativa de la escuela. Pero ahora a muchos les parecería un paso definidamente retrógrado. Pero debiera darse. Es uno de esos terribles actos de fe en Cristo que El demanda a veces de sus seguidores; uno de esos actos de abandono de nuestra justicia propia que abren el camino a la revelación del poder del Señor.

7

Una cosa al menos es cierta; que mientras continuemos

enseñando o imponiendo nuestra ley como tal, mientras hagamos de su aceptación la condición previa para la admisión en la Iglesia, no podremos esperar ningún crecimiento espontáneo. Porque es indiscutible que a no ser que aquellos que reciben una nueva ley moral de una fuente externa puedan entender cabalmente su necesidad moral y a la vez cómo aplicarla bajo las condiciones en que viven, la insistencia en que debe ser aceptada y practicada por exigencia de una autoridad exterior inevitablemente debe frenar el avance espontáneo.

Supongamos que vinieran a nosotros misioneros de una esfera superior, y considerando nuestra condición moral como nosotros consideramos la de los "salvajes paganos" empezaran a insistir en que, antes de poder ser admitidos en comunión con ellos, debíamos abandonar de una vez por todas nuestras prácticas paganas. Supongamos, por ejemplo, que empezaran por insistir en que debíamos conducir todos nuestros negocios con vistas a la salvación de todos nuestros empleados y de todos aquellos con quienes tratáramos, o que en la educación de nuestros hijos debiéramos pensar solamente en el servicio de Cristo y para nada en sus ventajas sociales o económicas; supongamos que considerasen un temperamento impaciente o impulsivo como causa suficiente de excomunión; supongamos que establecieran reglas para nuestra conducta en estas cuestiones y exigieran la cancelación de cualquier contrato o compromiso que pudiéramos haber hecho antes, y se negaran a reconocernos como cristianos mientras no lo hubiéramos hecho. Tales misioneros estarían procediendo exactamente como procedemos nosotros cuando insistimos en que un hombre debe reformar sus relaciones sociales de acuerdo con nuestras ideas sobre la vida moral, antes de poder ser admitido al bautismo. Pero nos sentiríamos asombrados y confusos, y preguntaríamos si era posible

para la mayoría de nosotros llegar a ser cristianos mientras viviéramos en esta tierra; y si quisiéramos propagar tal enseñanza, ¿no nos veríamos confrontados por dificultades casi insuperables?

Mientras nos aferremos a esta doctrina nos será imposible establecer iglesias de acuerdo con el modelo apostólico. Si africanos, chinos e indios no pueden tener sus propias iglesias hasta que nosotros nos demos por satisfechos de que están tan afirmados en nuestro sistema de moral como para aplicarlo por sí mismos, es obvio que tendremos que gobernarlos y guiarlos durante un período muy largo; que no podremos confiarles autoridad para establecer iglesias. Debemos mantener esa autoridad segura en nuestras manos, porque las iglesias que ellos establecerían podrían no considerar cristianas nuestras prácticas. Todo progreso debe ser mantenido cuidadosamente dentro de los límites impuestos por nuestra capacidad para proporcionarles gobernadores.

Hay una sola alternativa, y ésta es poner delante de los hombres el ejemplo de Cristo, y la ley de Cristo que es la única norma de moralidad cristiana: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo". Si a Gran Cazador (ver p. 100) se le hubiera enseñado esta ley, la hubiera aceptado gozosamente y hubiera tratado de guardarla amando a sus esposas, y a medida que el pueblo avanzara en conocimientos hubieran aceptado rápidamente la enseñanza de que la mejor manera de cumplir la ley de Cristo con respecto a las esposas es tener una sola. Cuando enseñamos una ley que es menos que la ley de Cristo, cuando presentamos una norma de moral que es inferior a la norma de Cristo, a menudo no alcanzamos aun la norma que presentamos; y como hemos puesto la letra en lugar del espíritu nosotros mismos carecemos del espíritu para imponer la letra. Hemos establecido la ley y pasado

por alto el amor de Dios; hemos puesto a nuestros oyentes en la senda equivocada; hemos levantado una barrera sumamente seria a la expansión espontánea de la Iglesia.

6. Civilización e ilustración

Cuando fuimos como misioneros al extranjero, fuimos a pueblos que eran ignorantes de Cristo; y, naturalmente, su civilización o barbarie no era de origen o carácter cristianos. Sus costumbres so-ciales estaban arraigadas en ideas paganas, ya veces eran extremadamente crueles y brutales. Como es obvio, tuvimos que decidir inmediatamente nuestra actitud hacia ese orden social pagano, en relación con nosotros mismos, nuestros convertidos, y los paganos a quienes íbamos como misioneros.

En cuanto a nosotros, decidimos que nos era imposible habitar entre el pueblo, compartiendo su vida. Aun cuando hubiera sido físicamente posible, hubiera parecido como descender del cielo a compartir la vida pecaminosa de los hombres malvados; nos hubiéramos sentido partícipes de sus pecados. Tampoco habríamos sido nómades, maestros ambulantes, yendo de pueblo en pueblo y de aldea en aldea, deteniéndonos un poco aquí y un poco allí, para instruir a los que quisieran escucharnos. Nos establecimos permanentemente, compramos tierras, construimos casas, establecimos estaciones misioneras frente al pueblo. A esas estaciones llevamos nuestras esposas; en ellas hicimos nuestros hogares. Exterior e interiormente, esas "radicaciones" eran como pequeños trozos de Inglaterra trasplantados a un país extranjero. Dentro de sus paredes había una civilización europea; afuera, estaba la civilización pa-

gana o la barbarie. Cuando un hombre cruzaba el umbral de una "radicación" misionera, pasaba de un mundo a otro, de una época a otra. Más de un viajero fatigado los ha descrito, expresando el deleite que sintió al pasar un momento en esos hogares de tranquilidad, orden, limpieza y decencia, antes de sumergirse de nuevo en la barbarie exterior.

Cuando los primeros misioneros construyeron las primeras casas en esas "radicaciones" dieron un paso que debe haber parecido del carácter más simple y corriente. Debían tener casas; casas adecuadas para que vivieran en ellas europeos. ¿ Qué podía ser más obvio? , Sin embargo, al edificar esas casas fijaron el carácter y los límites de la obra misionera en ese país por todo un siglo, o tal vez dos o tres siglos. Esas casas representaban un espíritu, revelaban la relación, que había de existir entre el misionero y el pueblo. Ellas afirmaban la inmovilidad de la fuerza cristiana; profetizaban que los misioneros europeos estarían allí cien años más tarde, todavía llamándose misioneros, ministrando a la tercera y cuarta generaciones de cristianos. Ellas proclamaban que los misioneros no serían solamente hombres entregados completamente a la predicación de una religión, sino que considerarían la introducción de su civilización como una parte importante de su obra, y los nuevos convertidos aceptarían una nueva civilización como parte de su nueva religión. Ellas predecían una historia: la difusión de la religión sería tan fácil y tan difícil como la multiplicación de "radicaciones" de ese tipo. Los europeos la difundirían en la proporción en que pudieran multiplicar esos lugares, los nativos la propagarían con la facilidad con que pudieran multiplicar casas como esas. La política de la sociedad misionera, la historia de la Iglesia, serían gobernadas más por la existencia de esos edificios que por nada que sucediera en la aldea nativa. La "radicación" misionera estaba considerada allí antes que los convertidos.

I

De esos reductos salíamos a la región circundante a predicar y enseñar, y cultivábamos las relaciones más estrechas posible con las personas compatibles con esta distinción; y al salir nos encontrábamos inmediatamente con las costumbres' paganas y con toda la miseria y el vicio que esas costumbres engendran. Predicábamos, y enseñábamos y hacíamos convertidos. Cuando alguien se mostraba interesado, ¿ qué podíamos decirle? Las costumbres eran a nuestro criterio evidentemente contrarias al Evangelio, tal como nosotros lo entendíamos. ¿Nos contentaríamos con dejar que él lo descubriera por sí mismo, o deberíamos insistir en que las abandonara inmediatamente? No teníamos duda alguna de cuál era el proceder correcto: prohibíamos las costumbres; no podíamos tolerarlas ni por un momento; no podíamos soportar que nadie que se llamara cristiano las tolerase por un momento.

Instantáneamente la posición de los convertidos se hacia extremadamente difícil. A menudo eran perseguidos o aun expulsados de sus hogares o sus aldeas. ¿Qué teníamos que hacer entonces? ¿Era posible que nos quedáramos sentados viendo perseguir a nuestros convertidos, sin hacer ningún esfuerzo por salvarlos? Eran perseguidos por ser cristianos, es cierto, pero también por obedecer nuestras instrucciones. En algunos casos simplemente abriéndoles las puertas de la "radicación" podíamos salvarlos de la muerte. En algunos casos, mediante el ejercicio de un poco de influencia personal ante las autoridades nativas podíamos salvarlos; en otros casos apelando a un gobernador europeo, podíamos conseguir la protección de la fuerza civil y militar. Inevitablemente nos convertimos en protec-

tores, patronos, empleadores de nuestros convertidos; e inevitablemente ellos aprendieron a depender de nosotros.

Separados de la vida social de su propio pueblo por prohibiciones que sus compatriotas no podían entender en absoluto y que ellos mismos no entendían muy bien, apartados de toda su organización y autoridad familiares, se encontraban perdidos. Los hombres no pueden vivir sin algún orden social. Nosotros no podíamos limitamos a destruir, teníamos que construir algún nuevo orden, debíamos enseñarles algunas costumbres que reemplazaran a las que habían des-cartado. No había tiempo para que ellos crearan su propio orden social cristiano. No podían transformar gradualmente las costumbres paganas en costumbres cristianas, como habíamos hecho nosotros en nuestra historia; porque nuestra conciencia se lo había prohibido. Nosotros debíamos enseñarles y ellos debían aprender inmediatamente un nuevo orden social. ¿Qué costumbres podíamos enseñarles? Naturalmente, sólo costumbres cristianas, es decir, las costumbres de la "radicación" cristiana. En otras palabras, debían adoptar nuestra civilización hasta donde les fuera posible hacerlo. Sólo la pobreza y la ignorancia les impedían convertirse en exactas imitaciones nuestras. Todo lo que nosotros les enseñábamos era una buena costumbre. Cualquier costumbre que nos vieran practicar, la seguían sin discusión, indiscriminadamente, a no ser que les resultara demasiado incómoda; pero no entendían lo que estaban haciendo. La nueva civilización no tenía raíces.

Los misioneros que salieron hace cien años no eran tan instruidos en cuestiones higiénicas como nosotros hoy, y una de las malas costumbres que les molestaban era la manera de vestirse de los salvajes y la indecencia de la desnudez. Estaban bien instruidos en la vergüenza de Adán y Eva. Un cristiano desnudo, o vestido salvajemente, les parecía una horrible combinación, de luz y tinieblas. Vestían

a sus convertidos, y les enseñaban a conocer la vergüenza. Las ropas europeas entonces se convirtieron en el símbolo de nuestra influencia desnacionalizante, y siguen siéndolo.

Hoy muchos de nuestros misioneros proclaman en alta voz que no quieren ver desnacionalizarse a sus convertidos, que no quieren verlos abandonar sus costumbres nativas. Se jactan de que sus convertidos usan el atuendo nativo y viven la vida nativa, y tratan de restaurar los juegos, las danzas y la música nativos. Tratan de volver a restaurar muchas cosas que los misioneros antiguos destruyeron.

Pero el verdadero problema no es si hemos de estimular o desalentar alguna costumbre determinada, sino si debemos ser jueces de lo que conviene; no si debemos retener o revivir esta o aquella costumbre nativa, sino si debiéramos siquiera tocar directamente esas cosas. Revocar las prohibiciones e imposiciones de nuestros predecesores y establecer o mantener otras, es realmente, en principio, hacer precisamente lo que ellos hicieron. "En una conferencia realizas en Le Zoute en setiembre de 1926, el Dr. Ritcher dijo: "Soy cada vez más consciente que nuestros predecesores tomaron esas decisiones por su mayor o menor ignorancia. No conocían el significado de las costumbres, no conocían a los africanos. Nosotros conocemos los hechos mucho mejor que ellos, no podemos menos que preguntarnos si hemos de continuar siguiendo sus reglas". (The Christian Misión in Africa p. 49)

Ellos aceptaron la posición de jueces de las costumbres nativas; estaban seguros de que era su deber decidir si una determinada costumbre podía ser tolerada, si debían o no prohibir a sus convertidos que la practicaran, y cumplieron ese deber a su leal saber y entender, Se internaron por una senda sumamente difícil y peligrosa y, si cometieron erro-

res, con toda seguridad nosotros no cometeremos menos si tratamos de hacer lo mismo.

La única alternativa es abandonar completamente esa posición, y admitir que nosotros no podemos juzgar. Debemos comenzar con enseñanzas positivas, no con prohibiciones negativas, y contentarnos con aguardar a que los cristianos nativos re-creen lentamente sus costumbres, según el Espíritu de Cristo gradualmente les enseñe a transformar lo que hoy es pagano y mañana, purificado de su vicio, se muestre como una costumbre cristiana, así como la saturnalia fue transformada en la fiesta, cristiana de la Encarnación. Pero esto implica la rectificación del camino que a nuestros padres les pareció el correcto. Significa que al principio se debe dejara los convertidos en su ambiente pagano, viviendo como su pueblo, y formando parte de su pueblo, hasta que crezcan tanto en número y conocimientos que sean capaces de corregir lo falso y enmendar lo que es malo, con esa comprensión cabal que nace del lento y tranquilo desarrollo interior. Significa que no podemos forzarlos de golpe a adoptar o rechazar a nuestra orden, aun cuando la adopción o el rechazo parezcan un inmenso paso al frente inmediato. Si no estamos dispuestos para hacer esto, si todavía aceptamos la posición de jueces y prohibimos costumbres o las restauramos, diferir de los juicios de nuestros predecesores y volver a edificar las cosas que ellos destruyeron es simplemente revelar nuestra incapacidad para juzgar con verdad, y convertirnos nosotros mismos en transgresores.

En relación con los paganos, atacamos las costumbres directamente. Para este fin teníamos un arma poderosa: la educación. Establecimos escuelas. Por medio de la educación que dábamos en nuestras escuelas esperábamos enseñar a la juventud en cierne, más maleable, la doctrina y las costumbres cristianas; esperábamos hacer convertidos; esperábamos educar y edificar una Iglesia cristiana fuerte e

ilustrada; esperábamos enseñar las malas consecuencias de las costumbres paganas y reformar así la sociedad.

Tuvimos éxito. Desarraigamos algunas de las costumbres paganas más malas y terribles. Pero los cristianos educados en nuestras escuelas estaban separados más aún de sus compatriotas, y los paganos educados por nosotros en nuestras escuelas secundarias y superiores no se convirtieron en gran número, ya veces fueron severos críticos de la civilización occidental, de la cual habían adoptado los símbolos externos, y de la doctrina que se habían negado a aceptar.

2

La adopción de estos métodos para la propagación de nuestra religión tampoco dejó de tener efecto sobre nosotros. El establecimiento de escuelas y hospitales, especialmente tal vez la de las escuelas y hospitales más grandes y de las universidades en los grandes centros, alteró nuestra concepción de nuestra labor como misioneros. Estas instituciones necesitaron una gran cantidad de obreros de un nuevo tipo, con nuevas ideas sobre la obra misionera. Empezamos a oír fiases como éstas: el evangelio de la ilustración, el evangelio de la sanidad, el evangelio social, y, en los últimos años, el evangelio de la igualdad de los sexos. Mientras seguíamos hablando de nuestra obra médica y educativa en el sentido antiguo, como medios para abrir puertas y atraer oyentes y convertir, empezamos a hablar también de la obra médica, educativa y social como formas de predicación del Evangelio. La elevación de las gentes era un Evangelio en sí. Cristo vino a elevar a la humanidad, y para elevar a la humanidad de la ciénaga de la superstición y las malas condiciones de vida, decíamos, predicamos y practicamos su Evangelio. Al elevar a toda la raza, esa obra

misionera estaba preparando el momento en que, eventualmente, razas y tribus y pueblos instruidos en la ética cristiana, fortalecidos por la ciencia que traía la iglesia cristiana, enriquecidos por la sociología cristiana, reconocerían la fuente de todos esos beneficios y estarían en condiciones de adorar y servir debidamente a Cristo como deben hacerlo los cristianos.

Practicamos la misma teoría en Inglaterra en una época de gran conmoción social. El servicio social era un grito que captó y atrajo a gran número de las mentalidades cristianas más jóvenes y capaces, y la Iglesia misma, en gran medida, se lanzó a esa labor. Una iglesia no se consideraba completa si no tenía grandes instituciones, ligas, clubes, salones. y todas estas cosas eran presentadas insistentemente a la generosidad dé los miembros, con la seguridad de que contando con ellas se prepararían el camino para Cristo.

Tenemos ya muchos años de experiencia en la aplicación de esta táctica y vemos cada vez con más claridad --en realidad, ya lo reconocemos universalmente-- que con esas actividades sociales la Iglesia no ha atraído en medida apreciable a los hombres a la esfera de su influencia espiritual. Por este camino no ha logrado impartir esa vida espiritual cuya ministración es el motivo para el cual existe. Muchos deploran el hecho evidente de que, si bien las instituciones han hecho mucho trabajo útil, la gran masa de los que se han valido de ellas no se ha acercado a la Iglesia o a Cristo. Las iglesias que más las sostuvieron no han aumentado ni en número tú en poder espiritual en nada parecido a la proporción que presuponía la energía volcada en esa obra social.

Esto realmente no es sorprendente; porque es extremadamente fácil divorciar la reforma social y el alivio del sufrimiento, y la religión, Cuán fácil es ese divorcio lo prueba el hecho corriente de que en todas partes la Iglesia está

siendo reemplazada en estas actividades sociales por los gobiernos que promueven la educación y sostienen hospitales y planes de reforma industrial subvencionados con fondos públicos sin ningún propósito religioso. La reforma social no es necesariamente cristiana, y los planes para el mejoramiento de las condiciones de vida por cierto no conducen necesariamente a los hombres a Cristo, aunque hayan sido puestos en marcha por cristianos con la más seria intención cristiana.

3

Tanto en Inglaterra como en el campo misionero el cambio en nuestra manera de pensar fue más importante que cualquier cambio es nuestro método de trabajo. En el campo misionero, mientras más énfasis dábamos al evangelio de la ilustración y la reforma social, más tendían estas cosas a ocupar el primer lugar en nuestros pensamientos. En los comienzos poníamos primero a Cristo. Creer en Cristo era lo único necesario. De esa creencia brotarían inevitablemente salud e ilustración y reforma. Si no estábamos totalmente seguros de esto, al menos estábamos seguros de que esas cosas eran secundarias, y debían ir a continuación. Lo primero era la conversión a Cristo) lo único que realmente importaba, y debíamos prestar atención primero y ante todo a la conducción de los hombres a Cristo. Pero a medida que desarrollábamos esas actividades sociales se fueron haciendo primeras en el tiempo, lo cual trajo dos serias consecuencias:

1) Dando prioridad en el tiempo al progreso intelectual, moral y social, inevitablemente tendimos a aceptar la posición de que la reforma de las condiciones era un antecedente necesario para vivir la vida cristiana. Teníamos, como ya lo he señalado, ciertas convicciones sobre la signi-

ficación del término "vida cristiana". Una "vida cristiana" era una vida apartada de todas las prácticas paganas, era una vida de decencia cristiana civilizada, tal como nosotros la entendíamos, Era una vida tan aproximadamente semejante a nuestras pautas como fuera posible. Éramos entonces, y lo somos ahora, totalmente incapaces de concebir, o aceptar, la vida cristiana en condiciones bárbaras. Por consiguiente, a menudo naturalmente hablábamos como si fuera imposible vivir una vida cristiana en un ambiente malo. Oíamos decir que la reforma era urgentemente necesaria porque era imposible que los hombres vivieran una vida cristiana en tales condiciones. O desde otro punto de vista, como me dijo un misionero en la India cierto día, es imposible que esas personas, en su ignorancia y degradación, reciban nuestro mensaje hasta que no sean liberadas de la esclavitud y miseria humana en que las mantienen sus señores.

Adoptar esta posición es algo serio. Es subordinar a Cristo a las condiciones. Históricamente no es verdad. Hombres en esas condiciones se hicieron cristianos, y cristianos muy buenos, antes de que cambiaran sus condiciones de vida, no sólo en la India, sino en todas partes. Supongo que es difícil imaginar condiciones más repugnantes a todo lo que llamamos vida cristiana que las condiciones en que vivían muchos esclavos en las casas paganas en el Imperio Romano, sujetos absolutamente a la voluntad de sus amos; sin embargo, se hicieron cristianos y vivieron vidas cristianas en esas condiciones.

En el campo misionero tenemos que revisar nuestras ideas sobre la vida cristiana. Una vida cristiana es una vida vivida en Cristo: no depende de las condiciones. Quiero decir que la vida de una muchacha esclava, concubina de un salvaje pagano, en medio del ambiente más cruel y bárbaro, instrumento ella misma de las prácticas más viciosas e

inmorales, puede ser una vida verdaderamente cristiana. Cristo trasciende todas las condiciones.

Y Cristo trasciende toda ignorancia. Se observará que mi amigo de la India dijo que la ignorancia era una barrera que impedía que el pueblo recibiera nuestro mensaje. Muy bien puede ser. Nuestro mensaje no es entregado en una forma fácil de entender por hombres sin instrucción, ni es siempre presentado por hombres capaces de aproximarse a sus oyentes con verdadera comprensión y empleando las expresiones que ellos entienden naturalmente. Pero afirmar que el hombre más ignorante de la tierra no pueda recibir a Cristo y hallar gracia y ayuda en Él me parece que contradice lo que sabemos de la naturaleza de Cristo y nuestra frecuente experiencia de su poder.

2) Si se da prioridad en el tiempo al progreso moral y social, antes que la aceptaci6n de fe en Cristo, es obvio que esa ilustración intelectual y ese progreso moral y social deben basarse en algún otro fundamento que la fe en Cristo; y si se espera que esa ilustraci6n y ese mejoramiento den por resultado la aceptaci6n de la fe en Cristo, es obvio que la fe en Cristo no es la piedra fundamental sino el remate del progreso social y moral. Cuando aceptamos la idea de que debemos trabajar primero por el adelanto intelectual, moral y social de aquellos a quienes vamos como misioneros, inevitablemente tendemos a aceptar esta conclusión.

Y sin embargo, todos sabemos que la ilustración intelectual puede ser puesta al servicio de los peores fines, y convertirse en instrumento de su propia destrucci6n, a no ser que esté dirigida por Cristo. Todos sabemos que el mejoramiento social, buscado como un fin en sí, puede ser fuente de orgullo espiritual y causa de una ceguera espiritual que puede terminar en su propia perdición. Todos sabemos que por nuestra parte no buscamos progreso alguno sino en el don de la gracia de Cristo, y que todo aparente progre-

so que no esté arraigado en Cristo es para nosotros una trampa y un engaño. Cuando pensamos, como deben pensar los cristianos, en términos de lo eterno, sabemos la verdad; y aun en términos de lo visible y lo temporal, tenemos buenas razones para saber que lo que el mundo llama progreso está edificado sobre fundamentos muy inestables. La guerra 10 proclama.

Seguir esta senda puede llevar al fracaso. "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia", dijo Cristo, "y todas estas cosas os serán dadas por añadidura". Dando prioridad en el tiempo a la ilustración y la reforma social, hemos enseñado a los hombres, con hechos que hablan más fuerte que las palabras, a poner primero "todas estas cosas", ya justificar algún día su acción identificando la ilustración intelectual y la reforma social y política con el Reino de Dios y su justicia. La identificación del Reino de Dios y su justicia con doctrinas sociales y políticas ha llevado siempre, y siempre llevará, al desastre. El Reino de Dios y su justicia están fundados en Cristo, pero esas doctrinas y reformas pueden fácilmente divorciarse de Cristo, y son seguidas por muchos que no quieren saber nada con Cristo.

Cuando buscamos primero el adelanto social y la ilustración intelectual ponemos a los hombres en mal camino. Los ponemos, en una senda que termina con los poderes humanos. Si miramos a la historia del mundo vemos a las civilizaciones elevarse y elevarse hasta que los poderes humanos parecen agotados por sus esfuerzos en pos del progreso material e intelectual, y entonces caen. Esto es lo que expresa el dicho chino: " Asciende hasta la cima y tendrás que descender". Sólo en Cristo hay una promesa de progreso infinito.

Esta "civilización cristiana", esta "ilustración cristiana" que pueden ser divorciadas de la fe en el Cristo, y asimiladas por los no cristianos, están severamente limitadas. Ha-

blamos de "condiciones sociales cristianas", "civilización cristiana", como de algo que conocemos y podemos impartir a otros; pero en verdad no sabemos qué es una civilización cristiana. Es un ideal hacia el cual se esfuerzan los cristianos; es algo infinitamente remoto de nosotros, y no sabemos cómo sería en toda su hermosura; sólo sabemos que está en Cristo y que ha de ser alcanzada en Él aprendiendo de Él. Este conocimiento no puede ser impartido a los no cristianos; la única civilización cristiana que podemos impartir directamente a otros es la civilización de la Inglaterra cristiana, la civilización occidental. Pero esa no es una civilización cristiana. Enseñar eso a los hombres es realmente engañarlos. Muy a menudo los paganos ven su iniquidad más claramente de lo que nosotros la vemos. Si los hombres aprenden a confundir la enseñanza de Cristo con la civilización occidental, bien pueden apartarse de ambas. Pero cuando usamos los términos "civilización cristiana" y "nuestra civilización" o "nuestras costumbres"' o "nuestras doctrinas sociales" como términos intercambiables, y les enseñamos como "cristianas" nuestras costumbres y doctrinas sociales a aquellos a quienes vamos como misioneros, siempre estamos al borde de este peligro, y cuando intentamos elevar a todo un pueblo, juntamente cristianos y no cristianos, introduciendo esas doctrinas, de hecho caemos en ese peligro.

Si ponemos primero a Cristo, primero la fe en Cristo, primero el nombre de Cristo, ponemos a los hombres en camino seguro hacia algo que es infinitamente bueno, pero ese progreso es en Cristo, no en nuestras doctrinas intelectuales, morales y sociales, y no podemos ponerlos en ese camino sino llevándolos a Cristo. Debemos poner primero a Cristo.

Yo sé que los misioneros dirán: Oh, pero nosotros ponemos primero a Cristo. Respondo que esta teoría que nos

lleva a dar prioridad en el tiempo a la ilustración intelectual y la reforma social contradice directamente esa afirmación. Los cristianos diferimos de otros en que conocemos la primera causa de todo verdadero progreso y por lo tanto podemos señalar el verdadero camino; otros ven solamente las causas secundarias, y, por lo tanto, sólo pueden ocuparse de éstas. La causa primera de toda la miseria y la ignorancia humanas es espiritual; la causa primera de todo progreso es la renovación espiritual por el Espíritu de Cristo. Cuando seguimos, pues, a aquellos que sólo ven las causas secundarias, las condiciones sociales y cosas por el estilo, y tratan primero esas causas secundarias, como si fueran las reales causas primeras del progreso, olvidamos nuestra verdadera función. El hecho de que en lo íntimo de nuestro corazón conozcamos la causa primera, que en lo íntimo de nuestro corazón tengamos la seguridad de que la fe en Cristo es el principio y fundamento de todo verdadero progreso, no altera el hecho de que cuando tratamos primero las cosas secundarias presentamos a los demás, como suficientes, las causas secundarias de progreso; y por más palabras que usemos no podemos corregir la evidencia de nuestras acciones. En realidad, nos habremos descarriado, por más obstinadamente que lo neguemos. En nuestra presentación de la civilización, lo mismo que en nuestra presentación de la doctrina y la moral, hay un defecto común: en todos los casos presentamos algo menos que Cristo.

4

Si leemos la argumentación de San Pablo en los dos primeros capítulos de la Primera epístola a los Corintios, hallamos una singular e ilustradora expresión de su actitud hacia las ayudas humanas a la predicación del Evangelio.

Está hablando de la presentación filosófica del Evangelio a un pueblo que se deleitaba en la filosofía, y dice que deliberadamente la evitaba; Las razones que da son las siguientes:

1) El uso de la misma podría hacer vana la cruz (1ª Cor. 1: 17). Ocultaría la verdad de que lo que era una piedra de tropiezo y locura para los judíos y los griegos revelaba en sí el poder y la sabiduría de Dios. El hecho de que a los hombres les pareciera locura ponía de manifiesto la sabiduría de Dios. Si los hombres la hubieran considerado sabiduría, a sus ojos hubiera sido sabiduría de hombres. Sólo pareciéndoles locura podía revelar una sabiduría divina que confundía la sabiduría humana.

2) Como locura a los ojos de los hombres, sólo podía ser aceptada por aquellos que estaban preparados para aceptar lo que a los sabios de este mundo les parecía locura. En consecuencia, era comúnmente rechazada por los sabios y poderosos y aceptada por los ignorantes y los débiles (1ª Cor 1: 26, 27). Esto, que visto a la ligera parecería una deshonra y un fracaso, revelaba más claramente aún la sabiduría y el poder de Dios; porque si Dios triunfaba a pesar de su aparente insensatez, ya pesar de la obvia debilidad e ignorancia de sus creyentes, cumpliendo aquello que ninguna sabiduría humana podía cumplir, aun en mano de los más sabios y los más poderosos, entonces se veía que el poder y la sabiduría pertenecían sólo a Dios, y no había lugar para la gloria del hombre o para la glorificación de su sabiduría y prudencia. La gloria era de Cristo solamente (1ª Cor 1:28-31).

3) La fe de los convertidos estaba establecida sobre un fundamento cierto (1ª Cor. 2: 5). Si hubieran sido atraídos y convencidos por un argumento que apelara al intelecto humano hubieran podido fundar su fe en una filosofía del mismo carácter y mantenida sobre bases similares a aque-

llas en que se basaban otras filosofías religiosas. Hubieran creído porque la filosofía cristiana les parecía segura y su exposición irrefutable. Esta es la base sobre la cual los hombres aceptan naturalmente toda doctrina que se les enseña. La doctrina se sostiene o cae con la argumentación intelectual que la expresa. Toda doctrina, toda convicción religiosa basada en ese fundamento, debe naturalmente apoyarse en el poder del intelecto humano. Lo que la inteligencia humana puede levantar, la inteligencia humana in puede voltear. En cualquier momento un argumento humano puede encontrarse con otro argumento más fuerte, y cuando esto sucede, debe ceder su lugar, aunque el argumento más fuerte sea solamente negativo. San Pablo estaba determinado (1ª Cor. 2: 2) a que la fe cristiana, en lo que a él concernía, no descansara en nada menos que el poder de Dios, el cual somete y domina la personalidad entera, no sólo el intelecto, sino también la voluntad y la emoción, y se apodera y sujeta al hombre que se entrega a El, con un poder que ningún argumento humano puede conmover. El amor de la cruz, el terror de la cruz, no ha de ser confinado a una argumentación intelectual. La creencia que resulta de la aprehensión de esa revelación de la Naturaleza divina no ha de ser fundada sobre una base tal como la filosofía humana; y por consiguiente San Pablo rechaza toda manifestación de la realidad divina que pueda conducir a los hombres a aceptar una doctrina en lugar de rendirse ellos mismos al dominio de un poder divino. Él manifestaba el Espíritu, demostraba el poder, y cuando los hombres los experimentaban, los guiaba a recibir y aceptar la cruz en la cual estas cosas fueron reveladas.

4) Seguía una filosofía cristiana (1ª Cor 2:7-16), una filosofía más profunda que cualquier filosofía conocida por los hombres, pues no se basaba sobre un fundamento intelectual, ni hablaba sólo al intelecto, sino que abrazaba toda la personalidad del hombre y llevaba al hombre total a

aprehender y abrazar ese amor de Cristo y esa verdad de Cristo que se revelan supremamente en la cruz; una filosofía que hablaba en términos del espíritu, movida por un Espíritu, el Espíritu de Cristo, el Espíritu Santo; una filosofía en la cual se expresaba el amor divino; una filosofía que a los sabios del mundo les parecía tan insensata como la enseñanza sobre la cual estaba fundada, porque no podía ser jamás expresada adecuadamente, mucho menos explicada, en lenguaje humano, a un intelecto humano que no hubiera participado él mismo en la administración del Espí-ritu que la inspiraba. San Pablo conocía el amor de la cruz, el terror de la cruz. La convicción que resultaba de su enseñanza era más inducida que resultado de sus argumentos; y luego, entre aquellos que conocían el poder de la cruz, y sólo entre ellos, podía manifestarse o entenderse la sabiduría de Dios en la cruz. La filosofía seguía a la revelación de Dios en Cristo a la fe de los creyentes, una filosofía absurda para todos menos para los creyentes en Cristo. Es imposible hacer entender la sabiduría de Dios revelada en la cruz a nadie que no conozca el poder de la cruz; pero aquellos que conocen ese poder pueden presentar la sabiduría a otros que lo conocen.

Así es cómo entiendo yo el significado de este pasaje de la epístola de San Pablo a los Corintios; pero antes de proseguir quiero repetir que lo que es más seguro es que el apóstol rechazaba deliberadamente todo medio de propagación de la fe que pudiera distraer a los hombres en cualquier forma de la verdad de que la fe cristiana no se funda en una filosofía humana sino en el poder de Dios. Hacía a un lado cualquier ayuda humana que pudiera llevar a los hombres a fundar su fe con alguna habilidad o sabiduría humanas, no porque no estuviera en su mano el usarlas, sino porque no quería.

Ahora bien, a mi entender el lugar que ocupaba la filosofía en la estimación popular en los días de San Pablo, en nuestros días lo ocupa la ciencia, no sólo en su sentido técnico, sino en su sentido más amplio, como cuando hablamos de la ciencia de la educación, o de la medicina, o de la sociología o de la higiene. Es esta Ciencia, en el sentido más amplio lo que ponemos primero cuando hablamos de reforma social o de la impregnación de la sociedad con los ideales cristianos como la manera de establecer la fe.

Primero, preguntaría, si tratamos de ubicar esta Ciencia en la cual tanto confiamos en la declaración de San Pablo, ¿ qué lugar ocupará naturalmente? ¿No corresponde esencialmente a lo que él llama la sabiduría de los sabios, la sabiduría del mundo? ¿No es de hecho la sabiduría del mundo de nuestros días, la sabiduría de los sabios de nuestros días? Creo que no es posible que nadie niegue que lo es.

¿No se aplica, pues, su argumentación? ¿No existe el peligro de que la presentación del Evangelio de Cristo por medio de una ciencia que es indiscutiblemente la sabiduría de los sabios, pueda producir exactamente el efecto que el apóstol trataba de evitar?

¿No oculta la locura de la cruz? El triunfo de la cruz es el triunfo de la cruz porque no es el triunfo de ninguna otra cosa, y no puede ser el triunfo de la cruz si es el triunfo de alguna otra cosa. Si nuestra predicación y la enseñanza de la ciencia occidental es, como manifiestamente lo es, un triunfo de la ciencia occidental, si constantemente oímos hablar a nuestros misioneros de la difusión de la civilización cristiana y de la ilustración cristiana entre pueblos que no son cristianos, ¿no existe el peligro de que la ciencia, la sabiduría de los hombres, ocupe el lugar de la sabiduría de Dios? La enseñanza de la sabiduría de los hombres, ¿no despoja al Evangelio de la cruz de esa locura que es su gloria? La salvación de los hombres, cuerpo, alma y espíritu,

no se ve como la revelación de la sabiduría de Dios por la locura de la predicación, sino como la revelación de la sabiduría de los hombres que imaginaron planes tan maravillosos y elevadores. Si un no cristiano mira hoy en día el progreso de los cristianos en las tierras paganas, ¿no atribuye a menudo ese progreso a la sabiduría humana? ¿No dicen a menudo nuestros propios misioneros que sin esa sabiduría de los hombres, esa educación científica, esa doctrina social, no hay esperanzas de progreso para los convertidos? No quiero insistir sobre el punto. Evidentemente el argumento de San Pablo es pertinente.

2) En nuestro uso de la sabiduría de este mundo apelamos naturalmente a los hombres sabios ya los poderosos y esperamos que ellos reciban esa sabiduría. Uno de los grandes argumentos más frecuentemente usados en apoyo de nuestras grandes instituciones científicas en el extranjero es que solamente Por medio de ellas podemos alcanzar a las clases educadas y dirigentes, que no escucharían la predicación de la cruz. Nos valemos de la apelación de la ciencia con sumo vigor en nuestra predicación a las clases cultas, porque es probable que ellas entiendan y reciban el llamado. En su mayoría ellas aceptan esa sabiduría de los hombres. Les atrae y les satisface, hasta donde cualquier sabiduría humana puede satisfacer al alma humana. Hombres que siguen siendo no cristianos aceptan esa sabiduría, ya veces la practican, y nosotros los señalamos como ejemplos notables del éxito de nuestra obra. De talo cual escuela misionera salió este sabio gobernador, aquel gran doctor, el otro elevado funcionario cuyo éxito todos los hombres admiran. ¿Pero hay en esto una revelación de la sabiduría de Dios o de la sabiduría de los hombres? ¿ Se da con ello la gloria a Dios o a los hombres? El triunfo de los ideales e ideas cristianas en la persona de esos hombres es el triunfo de ideales e ideas que pueden ser sostenidos por hombres

no cristianos. ¿Dónde está, pues, la gloria de la cruz, la gloria de Cristo, la gloria de Dios? Si la sabiduría de Dios se revela cuando los débiles confunden a los poderosos, aquí los fuertes entran en su heredad. Se puede afirmar, seguramente, que el argumento de San Pablo se aplica también en este caso.

3) ¿No intentamos fundar sobre él la fe en Cristo? ¿No proclamamos, de hecho, que toda nuestra enseñanza y práctica social, industrial, intelectual tiene como objeto llevar a los hombres a la fe en Cristo? Sería muy diferente si los cristianos, para expresar su amor por los hombres, inauguraran represas, introdujeran mejores semillas y mejores métodos de cultivo que los conocidos anteriormente, establecieran escuelas para ciegos o sordos u hospitales para los enfermos, y enseñaran artes y ciencias en los colegios. Esta acción podría ser comparada con la del Buen Samaritano que, hallando a un prójimo en necesidad, le ayudó. Pero no nos limitamos a trabajar simplemente así: proclamamos que la introducción y establecimiento de esas artes y ciencias son pasos preliminares para la aceptación del evangelio, y que nuestra obra institucional se desarrolla con esa finalidad en vista. Impregnemos la sociedad con ideas cristianas, y entonces los hombres aceptarán a Cristo; instruyamos científicamente a los ignorantes en nuestras modernas instituciones educacionales y entonces podrán aceptar a Cristo; reformemos los abusos sociales y entonces los hombres podrán aceptar a Cristo; inculquémosles la ética social y entonces podrán aceptar a Cristo. Una cosa es enseñar mejores métodos de cultivo a los pobres campesinos para que sean mejores agricultores, o ingeniería a los hombres para que lleguen a ser buenos ingenieros; otra cosa es enseñarles estas cosas para que lleguen a ser cristianos. Es precisamente lo que, a mi entender, San Pablo se negaba a hacer.

Así como en los días de San Pablo el éxito de una doctri-

na se relacionaba con la fuerza o la debilidad de los argumentos intelectuales con que se la sostenía, hoy en día, para la mentalidad popular, el éxito de una doctrina se mide por las ventajas materiales presentes que siguen a su práctica. Cuando, pues, vinculamos en la más estrecha asociación nuestra civilización y nuestras creencias religiosas, cuando hablamos de nuestra civilización cristiana, nuestra sociología cristiana, nuestra educación cristiana, nuestra ilustración cristiana, ¿no estamos enseñando a los hombres a juzgar nuestro Evangelio por nuestras condiciones sociales, nuestra ilustración, nuestra civilización ya aceptarlo o rechazarlo sobre esa base? Un orador en la Convención de Misiones Extranjeras en Washington, en 1925, nos alertó: "Permitir que se grabe la impresión de que civilización occidental y cristianismo no sólo son términos idénticos, sino que la una es el producto de la otra, es bloquear para siempre el camino a la comprensión de Cristo y del Evangelio". La expresión tal vez no sea del todo clara, ¿pero no está advirtiéndonos que los hombres están confundiendo nuestra civilización con el cristianismo, y que dar ocasión a semejante error es desastroso? Más tarde o más temprano los hombres empiezan a ver las fallas de nuestra civilización; y si han confundido las enseñanzas de Cristo con nuestra civilización bien pueden alejarse de ambas; y la fe de aquellos que han aceptado nuestra enseñanza bien puede ser conmovida cuando ven que la civilización cristiana que les hemos mostrado está expuesta a serios ataques.

Esto es lo que vemos hoy en el África, en la India, en la China. A veces, cuando oigo a algunos hablar de la contribución que nuestras misiones extranjeras nos proporcionan, me pregunto si cuentan entre esos beneficios la aguda crítica que aquellos a quienes vamos a predicar el Evangelio someten a nuestra civilización cristiana. Para mí es uno

de los más valiosos. Pero si hemos enseñado realmente a las multitudes, como me temo que lo hayamos hecho, a confundir nuestra civilización con el cristianismo entonces hemos incurrido, seguramente en el error que San Pablo estaba decidido a evitar. La civilización cristiana que esperábamos habría de preparar el camino para Cristo ha resultado una piedra de tropiezo, y debemos confesar que nos hemos descaminado y hemos oscurecido el verdadero fundamento, la cruz de Cristo que es en sí misma la condenación de nuestra civilización. Nuestra ilustración occidental, nuestras doctrinas sociales cristianas, nuestra ciencia cristiana, no son fundamentos sobre los cuales edificar la fe en Cristo.

Pero algún misionero podría decir: ¿De qué está usted hablando? Nosotros no edificamos la fe de nuestros convertidos sobre nuestra ilustración social e intelectual: post hoc no es necesariamente propter hoc. Es verdad. Si San Pablo hubiera predicado filosofía, no por eso la fe de sus convertidos hubiera estado necesariamente fundada sobre la filosofía. En muchos casos no hubiera tenido ese fundamento. Pero él temía que en algunos casos fuera así, y estaba decidido a no ser él la causa de ello. Sugiero que procederíamos sabiamente si siguiéramos su advertencia. Miremos a nuestras misiones. ¿No existen hombres que necesitan esta advertencia? ¿No están demasiado a menudo en nuestros labios las palabras civilización cristiana, educación cristiana? ¿ Habrá excusa para aquellos que confunden la predicación de Cristo con la propagación de esta civilización cristiana? Yo diría que sí la hay: ruego a los hombres que consideren si el argumento de San Pablo no se aplica también aquí.

4) y así como en los días de San Pablo había una filosofía en la Iglesia, también debe haberla hoy entre nuestros convertidos. Pero para nosotros "educación cristiana" muchas veces no significa la educación que hace capaz a un hombre

para hablar "sabiduría de Dios en misterio". A veces vemos entre nuestros convertidos algunos que pueden hacerlo, que pueden entender y expresar profundidades del amor, en la cruz que nosotros mismos no podemos sondear. Esta es una filosofía que penetra mucho más hondo que el intelecto. Abarca los afectos, las emociones, la voluntad y el pensamiento, en un todo, en un instante, en una palabra. Es una aprehensión espiri-tual, impulsada por el Espíritu que les es dado. A veces esto nos asombra; pero no por eso decimos que el hombre que puede usar tal expresión sea un hombre educado. Lo llamamos educado o inculto por motivos diferentes. Lo que le da títulos para que lo consideremos educado es su conocimiento de la sabiduría del mundo.

¿Debería realmente ser así? Decimos que es un hombre maravilloso pero inculto. ¿Es ésta realmente la verdad? Decimos que parece tener una extraña comprensión de Cristo, pero que es demasiado ignorante para guiar a la iglesia, o para administrar los sacramentos. ¿Es esto espiritualmente cierto? ¿No sugiere este lenguaje que somos nosotros realmente los incultos e ignorantes de esa divina filosofía de que hablaba San Pablo? El conocimiento de esa filosofía puede ser el secreto de toda salvación de cuerpo, alma y espíritu. No es infrecuente observar que los hombres que la poseen adelantan mucho más que sus semejantes que conocen las cosas que la ciencia enseña, y recogen los frutos que naturalmente esperamos de la educación científica. Donde aparecen ideas de orden social, progreso, salud o ilustración, parecen brotar espontáneamente. Me pregunto si no es inevitable que sea así; y si tenemos derecho de suponer que debemos predicar nuestra reforma social sobre bases científicas como la única manera de lograrla. Tal vez esa sabiduría espiritual tenga, aun en el

mundo elemental, más poder del que nosotros podemos entender.

Hay, pues, en nuestros días, una educación científica que, a lo que me parece, ocupa exactamente el lugar que ocupaba la filosofía en los días de San Pablo, y pareciera que nosotros admitiéramos precisamente lo que San Pablo rechazaba.

Un escritor japonés nos decía cierto día que "Existe un peligro muy serio de que el Japón moderno trate de adoptar la moral y las normas sociales cristianas, sin Cristo", y agregaba: "Todos sabemos cuán desesperante, descorazonador, desilusionante es eso; pues es edificar sin fundamento". (World Wide Witness, Informe de la S.PG, 1922, p. 151)

No todos lo sabemos. La teoría de que el deber del misionero es hacer precisamente eso es vastamente sostenida ya menudo expresada. Constantemente oímos hablar a nuestros misioneros de la importancia de "impregnar la sociedad no cristiana con ideales cristianos", o de "introducir condiciones sociales cristianas" como prioridad a la conversión de la gente a Cristo. Esto no es otra cosa que decir que los ideales cristianos y las condiciones cristianas son posibles para los no cristianos; y que puede haber ideales cristianos aparte de Cristo, y condiciones sociales cris-tianas aparte de la fe cristiana. Los que practican esta enseñanza están haciendo precisamente lo que este autor llama edificar sin fundamento, algo que todos sabemos que es desesperado.

Derivamos hacia esa situación por etapas tan graduales y sutiles que no podemos percibir el cambio. Inmersos en la obra educativa, médica o social que estamos haciendo verdaderamente por amor a Cristo, la llamamos obra cristiana; y para nosotros lo es, puesto que la hacemos en Cristo. Luego transferimos esta idea a aquellos para quienes trabajamos, e imaginamos que si es una obra cristiana en lo

que a nosotros respecta, debe ser obra cristiana en relación con ellos; imaginamos que el progreso que realizan es progreso cristiano. Pero para ellos no lo es, porque no progresan como cristianos, sino como no cristianos. Su progreso no es cristiano a no ser que se hagan cristianos. Así es como hablamos de dar educación cristiana a los alumnos no cristianos, como si los no cristianos pudieran recibir educación cristiana. Podrán escuchar las enseñanzas cristianas, pero no pueden recibir educación cristiana a no ser que se hagan cristianos.

Si siguen siendo no cristianos sólo pueden asimilar lo que puede ser asimilado por los no cristianos. Pueden aceptar algunas enseñanzas de Cristo porque son agradables a su mente no cristiana; pero no pueden recibirlas como cristianos. La educación cristiana es educación en Cristo, y presupone cierta relación de la persona que la recibe con Cristo. Elimínese esa relación y la educación cesa inmediatamente de ser cristiana para el que la recibe. En forma semejante hablamos de sanidad cristiana como si fuera cristiana para los no cristianos; hablamos de obra social cristiana como si los no cristianos pudieran hacer progreso social cristiano. En todos los casos transferimos a otros una relación que es nuestra, no de ellos. Y así nos deslizamos gradualmente a la posición de edificar sobre un fundamento distinto de Cristo, sin darnos cuenta de ello. Sólo de alguna forma como esta puedo explicarme el que haya misioneros cristianos que edifican como evidentemente lo hacen, cuando ponen primero el adelanto intelectual, moral y social.

Pero, aunque podamos explicarla, esta acción no contribuye por cierto a la extensión de la Iglesia cristiana. Nos afecta como misioneros. Cuando ponemos primero en el tiempo al progreso intelectual, moral y social, como misioneros disminuye nuestra capacidad para llevar a Cristo a

las gentes a quienes servimos. Sumidos en planes para su mejoramiento, que pueden tener éxito como lo suponemos sin estar fundados sobre la fe en Cristo, inevitablemente dejamos de poner en primer lugar su conversión. Lo otro tiene prioridad en el tiempo: y más y más tiende a tomar prioridad en el pensamiento. Casi nos conformamos con que la gente sea instruida en nuestra "éti-ca cristiana" y avance en nuestra "civilización cristiana"; parecemos perder gradualmente esa sed consumidora por la conversión de los hombres a Cristo que es lo único que parece equiparlo a uno para la tarea de la conversión, o si no la perdemos, la ahogamos escuchando a aquellos que nos dicen que hoy la civilización y la ilustración son nuestra pertinente labor y la expresión adecuada de ese afán.

¿Es falsa o exagerada esta declaración? Ciertamente es exagerada si pensamos que implica que todos nuestros misioneros han adoptado esa posición, porque no son todos; pero si no es más que la afirmación de que en el cuerpo misionero estas ideas han ejercido considerable influencia, y que un número considerable de misioneros están afectados por ellas en la forma que he sugerido, muchos de ellos inconscientemente o aun a pesar suyo, estoy seguro de que no es ni falsa ni exagerada. Las ideas están tan extendidas que influyen seriamente en nuestros misioneros y en nuestra obra misionera en conjunto, e influyen en la forma en que he dicho.

Y esa influencia no se detiene en nosotros. Aquellos a quienes vemos como misioneros sienten instintivamente que nosotros confiamos en esas causas secundarias para el progreso; que lo importante es el cambio de circunstancias, la educación intelectual, los principios éticos; y no es extraño, pues, que ellos también pongan su fe en esas cosas; ni que, aun en el caso de que se hagan cristianos, nos sigan en esto y pongan el adelanto social y la ilustración so-

cial en primer lugar cuando piensan en el bienestar de su pueblo.

Un hecho digno de ser notado es que los convertidos que más ansiosos están por propagar la leen Cristo, frecuentemente son los que menos educación han recibido de nosotros. Lo cual es de esperar. Son personas que han recibido de nosotros la fe en Cristo como única fuente de ilustración y progreso. Cristo es todo para ellos. No han aprendido a propagar el evangelio de la reforma social, el evangelio de la ilustración o el evangelio de la igualdad de los sexos. La reforma social, como hemos visto, es fácil de divorciar de toda religión: la ilustración y la civilización son compatibles con el más extremo egoísmo. Sólo Cristo puede inspirar a los hombres el deseo de traer a otros a Cristo. En la ilustración y el progreso social no hay nada que impulse a los hombres a predicar a Cristo. Es más probable que, si han aprendido a valorar nuestra ilustración, se es-fuercen por difundirla por el deseo de ver el progreso material de su nación, y por combatir la intromisión de los europeos en su libertad. No hay nada en el evangelio de la ilustración que constriña a los hombres a predicar a Cristo; y hay mucho que se lo impide. Difícilmente se puede esperar la propagación espontánea del Evangelio en estas circunstancias.

Debido a que nos resulta casi imposible concebir una verdadera vida cristiana en condiciones bárbaras, o aparte de nuestra "civilización cristiana", y porque por consiguiente estamos impulsados a poner primero el adelanto intelectual y social, hallamos casi imposible admitir ninguna expansión espontánea, nativa, de la Iglesia. La expansión espontánea debe necesariamente ser una expansión bajo las condiciones materiales y sociales de la raza. La expansión espontánea bajo esas condiciones significa la creación de multitud de pequeñas iglesias que existen todas

bajo esas condiciones. Esto indiscutiblemente presupone que la vida cristiana es posible bajo esas condiciones. Luego, si instintivamente negamos el nombre de cristiana a la vida en esas condiciones; si para nosotros "vida cristiana" significa esencialmente la clase de vida civilizada a que estamos acostumbrados; si no podemos separar la idea "cristianismo" de la idea de nuestra civilización; si instintivamente calificamos de "no cristiano" a todo lo que no parece estar de acuerdo con nuestras ideas de la civilización, ¿cómo podemos estimular la expansión espontánea de la iglesia? Es natural que no podamos. Hallamos más fácil dar el nombre de cristiana a una vida civilizada decente desprovista de fe cristiana, que a una vida dedicada a Cristo e inspirada por Cristo bajo condiciones que a nosotros no nos parecen decentes. Podemos ver la una; para la otra no tenemos ojos.

Creo que cualquiera que busque el camino de la expansión espontánea deberá enfrentar esta dificultad; porque ninguno de nosotros puede negar su realidad. Puestos frente a frente con un cristianismo realmente bárbaro en África, por ejemplo, retrocederíamos pasmados: la mayoría de nosotros, si nos viéramos frente a frente con el cristianismo en una civilización diferente de la nuestra, como por ejemplo en la China, asombrados y confusos nos pondríamos inmediatamente a trabajar para introducir la civilización que nosotros asociamos con la idea de cristianismo. El camino de la expansión espontánea no es fácil para los que son como nosotros. Esto no justifica que lo rechacemos; ni justifica el que digamos que estamos haciendo todo lo que podemos para estimular esa expansión, si no hemos enfrentado y superado esta dificultad en nosotros mismos.

7. La organización misionera

Dos clases de organizaciones se ocupan de la obra misionera: una antigua y otra moderna; una sencilla, la otra muy complicada; la organización simple y necesaria es la de la Iglesia, la complicada organización moderna es la de las sociedades misioneras.

La Iglesia se estableció y organizó con una misión mundial para el mundo entero. Era un organismo vivo compuesto por almas vivas que recibían su vida de Cristo, que era su Cabeza. Un organismo que crecía por su propia actividad espontánea, expresión de esa vida que tenía en unión con Cristo, el Salvador. Su organización era la adecuada para tal organismo: era la organización de un cuerpo misionero. Por consiguiente, en la Iglesia primitiva no había una orga-nización para las misiones; bastaba con la organización de la Iglesia en sí. Esta era sencilla y completa. En ella había mucho lugar para la expresión de la espontánea actividad individual de cada uno de sus miembros; porque cada miembro era un misionero en potencia; y la Iglesia, como cuerpo organizado, esperaba esa actividad y sabía cómo proceder cuando sus miembros cumplían con su deber. Con la actividad de sus miembros, creció simplemente mediante la multiplicación de sus obispos.

La nueva organización misionera es un agregado. En nuestros días la Iglesia había dejado en gran parte de expandirse por sí misma: sus miembros, en su mayor parte,

habían olvidado su carácter de misioneros; su organización había degenerado convirtiéndose en dura y rígida. Pero el espíritu misionero no había muerto y exigía ser expresado. Y, naturalmente, se expresó en la forma característica de un pueblo occidental de esta época. Tomó la forma de complicadas organizaciones; creó una nueva organización dentro de la Iglesia. Si comparamos nuestra obra misionera moderna con la labor misionera de la Iglesia primitiva, notamos esta diferencia: para nosotros las misiones son el trabajo especial de una organización especial; en la Iglesia primitiva las misiones no eran un trabajo especial, ni había una organización especial.

Podemos distinguir, pues, entre la organización de la Iglesia como cuerpo misionero y nuestra moderna organización misionera. La naturaleza de esta ultima organización y su relación con la ex-pansión espontánea es lo que ahora investigaremos.

La obra realizada por los cristianos que trabajan en y por medio de esta organización especial es, indiscutiblemente, la más importante que se ha hecho en el mundo en los tiempos modernos. Nadie que crea que los ideales son más vitales para el progreso humano que las artes materiales, y que la reforma espiritual es más necesaria para el progreso humano que las mejoras materiales, puede mirar al mundo y dejar de comprender esto cuando considera lo que se ha realizado y las fuerzas que han sido puestas en movimiento. Pero cuando atribuimos estos resultados a nuestra organización moderna y decimos, como lo decimos a menudo, que hemos alcanzado esos resultados por nuestra organización, olvidamos que en el pasado se alcanzaron resultados no menores, sin nuestra organización moderna. Los resultados se deben, no a nuestra organización, sino a ese innegable espíritu de amor por las almas de los hombres que Cristo inspira. La organización moderna es sólo la forma en que nosotros hemos expresado ese espíritu; pue-

de llegar un momento en que la organización, que a nosotros nos parece absolutamente necesaria, deje de ser necesaria, o tome una forma tan diferente que sea difícilmente reconocible; porque encierra elementos de debilidad que revelan su carácter transitorio.

1

La obra misionera se nos presenta hoy no como la obra de la Iglesia, sino como la obra de sociedades privadas dentro de la Iglesia. Nuestros oídos están ensordecidos y nuestros corazones endurecidos por multitud de apelaciones competitivas. No hay parroquia, y casi no hay individuo que no se sienta confundido y desmoralizado ante la lucha de unas organizaciones con otras por alcanzar los oídos y tocar los bolsillos de la mayor cantidad posible de personas. Es verdad que a veces se afirma que determinada sociedad "representa a la Iglesia" en el trabajo misionero; pero si el uso de este término ambiguo tiene por objeto sugerir que la sociedad que pretende tal cosa tiene algún derecho o prerrogativa exclusivos para ser escuchada, muy pocos son los que lo creen. La mera existencia en la Iglesia de otra sociedad para hacer un trabajo similar lo desmiente. Ninguna sociedad puede tener el derecho exclusivo de representar a la Iglesia. La Iglesia en sí es, como he dicho, por naturaleza una sociedad misionera; y ningún grupo de sus miembros puede representar en ese sentido lo que ella sola es. Ninguna sociedad dentro de la Iglesia puede ser más que una asociación de individuos para el fomento de una labor en la cual ellos están interesados. Instintivamente los hombres miran a la obra misionera, cuando se les presenta como el trabajo especial de algunas sociedades, como el interés especial de un grupo, de eclesiásticos, una obra en la cual ellos pueden o no interesarse, y que pueden

o no sostener. Ningún argumento conmueve esta convicción. La obra misionera debe ser o la relación de la Iglesia con el mundo, o una afición de unos pocos.

2

En esas sociedades la organización misionera es necesariamente complicada. Implica la creación de oficinas y departamentos con directores, empleados, contadores, divisiones y subdivisiones. Ahora bien. La organización complicada ejerce una extraña fascinación sobre las mentes de los hombres; y esto se aplica a nuestra organización misionera lo mismo que a cualquier otra. La organización tiende a convertirse en un fin en sí. Los hombres se inclinan a descansar cada vez más en ella: aprenden a atribuirle virtudes que no le pertenecen.

1) Una organización tiene una horrible tendencia a crecer en importancia hasta que la finalidad de su existencia pasa a segundo plano y empieza a existir para sí misma. Muchos hombres estable-cieron organizaciones para lograr determinados fines, y fueron presa de las actividades de la organización que crearon. Hombres de negocios, por ejemplo, han creado organizaciones para hacerse ricos por medio de ellas, y luego, habiéndose hecho ricos aun en su propio concepto, han continuado trabajando simplemente para mantener en existencia la organización. El mantenimiento de la organización llegó a ser un incentivo mayor para el trabajo que el propósito con el cual fue creada al principio.

Esta es la verdad que Samuel Butler describe en Erewhon, donde muestra a los hombres destruyendo sus máquinas por miedo a convertirse en esclavos de ellas, alimentándolas y cuidándolas durante su vida. "¿No puede el hombre convertirse en una suerte de parásito de las má-

quinas; un afectuoso insecto maquinista?" "El siervo se desliza por imperceptibles acercamientos en el amo; y hemos llegado a una situación tal que, aun ahora, el hombre debe sufrir terriblemente al cesar de servir a las máquinas".

El peligro es real. Oí el otro día que se había fundado una organización para combatir determinado mal. Se tenían noticias de que. podían hallarse los medios para eliminarlo. La primera expresión de los directores fue de regocijo ante tan gloriosa perspectiva, pero a la vez de ansiedad por la suerte de su organización. Si eso sucede, dijeron ¿qué pasará con nuestra organización? Y se sintieron aliviados cuando se les aseguró que durante muchos años tendrían suficiente trabajo. Suponiendo que fuera indudablemente claro que la finalidad para la cual existen todas esas organizaciones fuera mejor servida eliminando algunas de ellas, o fusionándolas ¿estarían dispuestos sus directores a servir a la causa para la cual sus organizaciones fueron fundadas, destruyéndolas? Si no, ¿por qué otra razón podría ser sino porque la organización se habría constituido en un fin en sí, aparte de aquel para el cual fue creada? Los directores de cada organización tendrían innumerables argumentos para probar que su organización debía ser mantenida a toda costa; y uno de los más poderosos sería el argumento de que sus suscriptores no sostendrían la obra sino a través de esa organización particular. ¿Pero no es esto afirmar que tanto los directores como los contribuyentes ponen la organización antes que el trabajo para el cual existe la organización? ¡Imagínese una de nuestras grandes organizaciones misioneras sacrificando su vida para estimular la causa para la cual existe! ¿Es posible creerlo? Pero si no, lo que lo hace increíble es que sabemos que nuestras organizaciones se han convertido, en medida no pequeña, en fines en sí mismas.

2) Nuestro amor a la organización nos lleva a descansar en ella. En el mundo de los negocios esta es con frecuencia la causa del fracaso. Una vez edificada una organización, los hombres piensan que lo único que hace falta es mantenerla andando y ampliarla. La dirección se torna mecánica, y cuando la dirección se torna mecánica la organización deja de producir los resultados esperados. Esta es la causa de muchos fracasos en el mundo de la educación. Se desarrolla un método de enseñanza y se empieza a pensar que puede ser aplicado mecánicamente; e inmediatamente pierde su poder. Y más aún en la obra espiritual. Sin embargo, oímos hablar como si el engrandecimiento de la organización hubiera de producir por sí mismo resultados espirituales. Dadnos, se dice, tanto dinero y tantos hombres más y la propagación del Evangelio adelantará proporcionalmente. La conclusión está lejos de ser verdadera. El que se diga esto como si fuera cierto sólo indica que se está empezando a confiar en que la organización haga el trabajo.

3) Nuestro amor a la organización no sólo nos lleva a esperar de ella resultados espirituales, sino también a atribuirle resultados que no le corresponden. Ya he señalado la tendencia a creer que el gran éxito de nuestra obra misionera moderna se debe a nuestra espléndida organización, cuando toda la historia muestra que un éxito no menor, y tal vez de un carácter más profundo, se alcanzó sin ninguna organización parecida. Pero hay que considerar cuidadosamente una virtud que le atribuimos. A menudo se dice que la continuidad de nuestra obra misionera depende de nuestra organización misionera; y señalan el hecho de que la obra sostenida por una organización como la nuestra no se interrumpe con la muerte del hombre que la inició; señalan que algunas obras comenzadas por un individuo sin el sostén de una organización, a menudo terminan con su muerte.

Cuando hablamos de que la organización asegura la continuidad, queremos decir que la continuidad de la obra depende de la continuidad de la organización que la sostiene. La continuidad está realmente en la organización. Si ésta cesa, termina la obra. Algunos hasta admitirían que esto es precisamente lo que quieren decir, y en realidad es lo que deberían querer decir, cuando atribuyen la continuidad de la obra misionera a nuestra organización misionera. Eli-minen la organización, dirían, y cesará la obra.

Existe una clase de obra cuya continuidad depende de la continuidad de una organización que la sostiene; pero hay también una clase de obra que no. El hombre que introdujo por primera vez en Inglaterra conejos australianos en latas estableció una organización, y si la organización que hoy desarrolla ese trabajo cesara, cesaría también la continuidad de la importación de conejos australianos en Inglaterra. Pero el hombre que llevó primero conejos a Australia no estaba sostenido por ninguna organización establecida por desarrollar la introducción de conejos. Pero no hubo falta de continuidad. La expansión musulmana en la actualidad es, como diríamos nosotros, muy desorganizada; sin embargo, hay continuidad. En éstos y otros casos similares, la continuidad depende de la vida interior de aquello que se propaga. Crece espontáneamente por su propia fuerza interior, y la continuidad consiste en la unidad de la vida.

Insistir, pues, en que nuestra organización misionera es esencial para la continuidad de la obra que realizamos en tierras extranjeras, y atribuir a la organización la continuidad de esa obra, es atribuir a nuestra obra el carácter particular de carecer de vida en sí misma. Si la continuidad de la obra que hacemos depende de la organización, es evidente que esa obra debe ser algo distinto de la propagación de la vida. Para asegurar la continuidad de una creación huma-

na hace falta una organización humana; pero no es necesaria para asegurar la continuidad de aquello que tiene vida.

Pero si nuestro trabajo es la propagación de la vida, si es traer a los hombres al conocimiento de Cristo, que es vida, y quien da vida a los hombres, la continuidad de la obra no puede depender de una fuente que no puede dar vida, sino sólo estar a su servicio; y no puede considerarse que depende de ella, a no ser que los que así piensan estén permitiendo, consciente o inconscientemente, que la organización usurpe el lugar de Cristo.

Esta puede ser la razón íntima del constante fracaso de las organizaciones para la obra espiritual. A medida que las organizaciones crecen asumen una importancia indebida en las mentes de sus directores y sostenedores. Mientras más confían en ellas, más permiten los hombres que ellas ocupen el lugar que sólo pertenece a Cristo. Entonces, a fin de que Cristo se revele como la única fuente de vida, es necesario que la organización falle manifiestamente, y se produzca un gran desastre, que a todos los que confían en la organización les parezca un desastre para la causa a la cual estaba entregada la organización. Hay un gran derrumbe, una gran destrucción, una gran tribulación, y entonces, del desastre y la tribulación, surge una vez más Cristo como única fuente de fortaleza, como el único Salvador. Puede ser que la amenaza de rebelión contra nuestras misiones, a la cual me he referido antes, pueda introducirnos en un período tal de tribulación. Serán reveladas las debilidades de nuestra organización, habrá un gran derrumbe; habrá gran destrucción y pérdida; y luego volverá a aparecer Cristo, y se pondrá de manifiesto todo lo que es verdadero, todo lo que está arraigado en él, y estallará en nueva vida inspirada por su poder inmortal.

3

Hoy en día estamos enamorados de la organización; nos jactamos de nuestra habilidad para proyectarlas y dirigirlas; pero cuando se trata de la propagación del Evangelio nuestro amor a la organización nos pone en graves peligros. Nos lleva a dar una importancia indebida a lo material; a intentar organizar las fuerzas espirituales.

1) Nos lleva a dar indebida importancia a lo material. No es necesario convencer a nadie de que nuestra organización misionera está sumamente preocupada con la recolección y administración de fondos. Cada informe, cada periódico publicado por una de nuestras sociedades lo revela. Cuán ansiosos están por esto nuestros más grandes y más espirituales dirigentes se advierte en sus exhortaciones constantemente repetidas. Esos hombres no repetirían una y otra vez que no debemos permitir que lo material ocupe el primer lugar en nuestro pensamiento, que no debemos permitir que la recolección de fondos distraiga nuestra atención de lo espiritual, si no fuera porque sienten cuán real es este peligro. La demanda de lo material es constante, apremiante, inmediata. Es imposible que hombres que dependen de contribuciones voluntarias para el sostenimiento de grandes y costosas empresas no sientan la carga; es imposible que esa carga no esté a menudo en su pensamiento, ya menudo en primer lugar. Es imposible que sus apelaciones no den énfasis a esa necesidad y la presenten a sus patrocinadores, como realmente la presentan, como la verdadera necesidad apremiante del momento.

Digan lo que digan, luchen como luchen, las necesidades materiales ejercen una fuerte coacción y siempre se proyectan al primer plano. Todas nuestras misiones han estado atadas a la administración de propiedades, la construcción y amoblamiento de grandes puestos misioneros,

escuelas, hospitales, instituciones industriales y cosas por el estilo, todas financiadas en gran parte desde el país de origen. Con el paso de los años la carga creció, e irresistiblemente la demanda de fondos se hizo más y más insistente, y la recolección de fondos ocupo mas y mas nuestro pensamiento y atención.

Miss Constance Padwick, hablando de la súbita explosión de literatura misionera para jóvenes en la primera mitad del siglo XIX, dice que "El examen de la historia de las sociedades misioneras du-rante los años treinta lleva a la convicción de que los comités misioneros habían descubierto no a los niños, sino una mina de cobre". (IRM, Oct. 1917, p. 566.) Y un examen similar de la gran producción de folletos para solicitar donativos, durante los últimos veinte años, podría llevar a una mente crítica a la convicción de que sus autores habían descubierto, no el poder de la oración sino una mina de plata.

Es difícil expresar el sentido de abrumador materialismo que un estudio cuidadoso y prolongado de la literatura misionera produce en la mente del lector. Un examen cuidadoso revela muy pocos artículos que no contengan, directa o indirectamente, un pedido de dinero "Dinero", "dinero", siempre y por todas partes, dinero: todo depende del dinero. Óigase, por ejemplo, lo que dice el obispo de Zanzíbar confrontado con una posible reducción de 4,500 libras: "Naturalmente no será posible ningún progreso - ni desarrollo, ni predicación del Evangelio en las nuevas partes de la diócesis", (Ch. Times, 25 de Mayo, 1923, p. 595.) o el obispo de Corea "Si la misión de la buena antigua Iglesia de Inglaterra va a retaguardia de las de los presbiterianos y wesleyanos americanos es porque ellos (estos últimos) cuentan con un abundante sostén en hombres y dinero". (Ibid., Cot. 21, 1921, p. 379.)

En el extranjero vemos las mismas causas producir los mismos efectos. Las necesidades materiales son apremian-

tes. La recolección de dinero es un arte con el cual estamos familiarizados. Nuestros métodos de recogerlo y administrarlo han sido llevados al extranjero. Allí también se les ha dado preeminencia y ocupan una gran parte, no sólo de nuestros pensamientos, sino de los pensamientos de nuestros agentes y convertidos nativos. Y la pretensión de los cristianos nativos, a medida que aumenta su conocimiento y comprensión de fuentes del dinero que actualmente se invierte en sus países, de controlar su uso, puede crear serias dificultades. "Alrededor de diecinueve vigésimas partes del dinero que ahora se gasta en el campo extranjero procede de Europa y los Estados Unidos" y "es", dice "un principio sano que el dinero sea administrado por aquellos que eligen los representantes de los donantes y que pueden ser llamados a cuentas por su uso". (IRM Oct. 1921, p. 486.) Además, casi todas las propiedades y edificios son de las Sociedades. (Esto ya no es así - K.G.G.) Algún día, pues, puede surgir no poca disensión en cuanto a la administración de ese dinero y la propiedad de esos edificios, porque, como dice el Dr. Mac Nicol: "El poder de bolsa está en manos del misionero extranjero, y sin ese poder dirigentes indios se sienten desvalidos". (IRM, Abril, 1920, p. 218.) Un escritor chino se expresa así: "La evangelización en China cuesta doce millones de dólares anualmente. De esa inmensa suma los cristianos chinos sólo pueden contribuir un millón. Esto muestra que, si el control de la Iglesia por los chinos significa también independencia económica, la Iglesia china enfrenta una carga económica que no puede llevar". La conclusión está clara: hemos enseñado a todos nuestros convertidos a sentirse desvalidos si no tienen dinero.

Puedo imaginar que si yo fuera musulmán, la lectura de los informes de las sociedades misioneras me proporcionaría una gran satisfacción. Compararía los laboriosos es-

fuerzos de los cristianos para propagar su religión con la silenciosa expansión espontánea del Islam. Que derramen su dinero, diría, que establezcan toda esa extravagante maquinaria. Podrán hacer algunos convertidos, pero nos harán más bien que mal. Ellos no conocen el poder de una verdadera religión. Mientras ellos se ocupan de esas cosas materiales, nosotros avanzamos por nuestro poder espiritual inherente. Ellos organizan y construyen, trabajan y sudan para convertir a los hombres por sus métodos materiales; el Islam crece quedándose sentado. Con todos sus dones ellos compran unos cuantos convertidos, y después deben empezar de nuevo, en la misma forma costosa, para hacer unos cuantos más. Un convertido al Islam es el seguro fruto primigenio de una gran cosecha. El Islam avanza automáticamente. Dios obra sin nuestra ayuda material. Esos hombres no saben nada de las fuerzas espirituales, las fuerzas que obran automáticamente, el poder que hay en Dios. Podría equivocarme; pero no del todo. La organización cristiana da énfasis a lo material.

2) Los lleva a intentar organizar las fuerzas espirituales. Nuestro amor a la organización nos lleva a intentar determinar el lugar donde, y el momento en que, y los hombres por medio de los cuales, ha de tener lugar un movimiento espiritual. Determinamos el lugar. Escogemos lo que llamamos un centro estratégico y allí plantamos nuestros edificios y nuestras instituciones. Allí han de tener lugar los movimientos espirituales si hemos de ser nosotros sus agentes. La organización nos ata a ese lugar, y allí debemos permanecer mientras esos edificios estén en pie y abierto el puesto misionero. La organización de la sociedad así lo exige. Aquí hay un puesto; debe ser ocupado; aquí hay un cargo vacante; hay que llenarlo. Esto es muy razonable si se trata de organizaciones para fines que entendemos y los medios para alcanzarlos están más o menos a nuestro alcance, ¿pero es de este carácter un movimiento espiritual?

Para la obra espiritual es necesaria una organización espiritual, ¿pero podemos crear una organización espiritual de fuerzas espirituales? Sólo una inteligencia divina puede hacerlo. Pero nosotros intentamos hacer el trabajo de esa inteligencia divina; fijando nuestros puestos misioneros e inmovilizando á nuestros hombres. En consecuencia, vemos movimientos espirituales que tienen lugar no lejos de nosotros, y estamos fuera de ellos, o, si no del todo afuera, somos totalmente incapaces de tomar la parte que debiéramos en ellos. Lo que podemos hacer es organizar nuestras propias fuerzas, y esto lo hacemos dentro de los límites de nuestra inteligencia. Podemos organizar los arreglos exteriores de una iglesia, la provisión de sus ministros y ornamentos y edificios, y podemos preparar hombres para esa organización. Pero para ser agentes de Dios en movimientos espirituales debemos seguir, no guiar. Queremos guiar, y, al tratar de hacerlo, simplemente somos dejados atrás. Decimos: "Aquí tendremos nuestros edificios", pero los movimientos espirituales pueden estar produciéndose sin nuestro conocimiento, en otro lugar y por otros medios.

Fijamos el tiempo. Decimos: "Ahora organizaremos un avance espiritual". Durante la guerra, tratamos de hacerlo mediante la Misión Nacional. Otros, en otras partes del mundo, han tratado y están tratando de hacer lo mismo. Pero no conocen el tiempo, y el tiempo no viene según lo indique la organización. Mientras la organización está trabajando dificultosamente, el tiempo se presenta, viene y pasa, y la organización tiene poco o nada que ver con él. La organización llega siempre demasiado tarde. Porque podemos organizar los resultados externos de un movimiento espiritual, pero no podemos organizar un movimiento espiritual.

Determinamos las personas. Podemos crear un puesto misionero y escoger los hombres que han de ocuparlo; pero

no podemos escoger las personas por cuyo intermedio hayan de producirse movimientos espirituales. En forma vaga podemos reconocer a una persona espiritual cuando la vemos; pero para llenar nuestros puestos tenemos que echar mano de los mejores hombres que podamos conseguir, Tenemos que llenar los puestos a toda costa, de alguna manera, si podemos. Por la tanto los administradores de la organización escogen lo mejor que pueden y esperan la mejor. Pero no podemos escoger hombres para que sean agentes de un movimiento espiritual. Los verdaderos agentes pueden ser otros hombres en otras posiciones muy distintas de nuestros puestos.

Esto la sabemos perfectamente; pero, no obstante, siendo la organización misionera una organización para un trabajo espiritual, demasiado a menudo se convierte a nuestros ojos en la organización de un trabajo espiritual. Es demasiado fácil resbalar del "para" al "de", y constantemente lo estamos haciendo. En nuestra elección de puntos estratégicos, como los llamamos, en toda nuestra creación de instituciones, en toda nuestra charla sobre "movimientos de avance", constantemente estamos al borde de este error de hablar y pensar como si pudiéramos organizar las fuerzas espirituales.

4

Nuestra organización inmoviliza a nuestros misioneros. Crea y sostiene grandes estaciones y grandes instituciones, y éstas absorben una proporción muy grande de nuestra energía. No podemos movernos con libertad. Una estación misionera es en realidad una contradicción de términos: misión implica movimiento, estación implica detención. Este término moderno tiene una extraña significación. El mantenimiento y la dirección de grandes escuelas, hospita-

les e iglesias con sus innumerables ligas y sociedades, confina nuestra actividad dentro de estrechos límites. Una vez que estas cosas han sido establecidas, los misioneros que las establecen deben quedarse para atenderlas, y cualquier avance tiene que ser hecho por otros. Más aun, cuando por alguna causa disminuye el número de los misioneros encargados de esas instituciones, debe llamarse para dirigirlas a hombres que están ocupados en abrir nuevas obras. Cuanto más grandes, más costosas; cuanto más complicadas, más exigen la atención directa de los misioneros. Cualquier otro trabajo debe ser dejado de lado para que esas instituciones puedan ser mantenidas. Grandes oportunidades, vastos movimientos hacia Cristo deben ser descuidados para que no falten obreros para estas instituciones. La fuerza inmovilizada debe ser mantenida a todo costo, la móvil debe aguardar a que haya nuevos reclutas. ¿Cuántas misiones tienen siquiera una fuerza móvil?

De la misma manera hemos inmovilizado a los evangelistas nativos. Hallamos un hombre que mostró algún celo evangelístico, lo atraemos a nuestro sistema, lo preparamos y le pagamos un salario, y luego le asignamos un puesto fijo como catequista o maestro. Ya no puede moverse libremente de una aldea a otra apelando a aquellos cuyos corazones Dios ha tocado: está obligado a permanecer año tras año en un lugar donde a menudo su mensaje se ha ido haciendo año tras año menos eficaz, atendiendo, en nuestra fraseología, un lejano puesto solitario y difícil. Y entonces, cuando se derrumba nos sentimos agraviados y desilusionados, y aun enfadados, con él.

5

En nuestra organización, los misioneros son una clase profesional. Gran número de cristianos parten de nuestras

casas: pocos de ellos son o piensan ser o piensan que deberían ser, misioneros del Evangelio. No esperamos que donde ellos vayan se conviertan los paganos y surjan espontáneamente iglesias. Casi universalmente se da por sentado que la obra misionera es la obra de una clase profesional, remunerada, y que lo más que puede esperarse de los que no pertenecen a ella es que sostengan a los que pertenecen; y aun esto no se espera de la mayoría. Las sociedades misioneras comenzaron su cruzada, no tratando de apelar al espíritu de los cristianos cuyas ocupaciones los llevaban al extranjero, ni tratando de convencer a la Iglesia europea de que Cristo llama a todos los suyos a testificar por Él donde quiera se encuentren, donde quiera que vayan, sino creando un ejército de misioneros profesionales.

Todo el sistema de sociedades, juntas, oficinas, cuentas, contratos con misioneros, resultados estadísticos, informes, surge de ello. De cada sociedad misionera sale cada día y todo el día a todas partes del mundo con una insistente, incesante voz la proclamación de que el Evangelio debe ser predicado en todo el mundo, y de que debe ser predicado por agentes sostenidos por una sociedad para ese trabajo específico. Ninguna negativa verbal puede conmoverlo.

Creamos esta clase de misioneros profesionales remunerados no para apoyar el celo misionero de parte de nuestros compatriotas, sino para reemplazarlo; y de la misma manera creamos entre nuestros convertidos una clase de agentes remunerados de la misión, no para apoyar la expresión espontánea del celo misionero, en la cual ni soñábamos, sino para ocupar el lugar de ésta. Estábamos persuadidos de que para llevar adelante la obra en el campo misionero debíamos tener agentes nativos remunerados. Una de las cosas más asombrosas de nuestro moderno pensamiento religioso es que hemos llevado a todas partes del mundo nuestro sistema de salarios como si fuera parte

esencial del Evangelio que predicamos. Estábamos convencidos de que debíamos cuidar de que cada pequeño grupo de convertidos estuviera a cargo de algún catequista o maestro, y de que debíamos hallar evangelistas para predicar en el campo misionero y que debían ser todos agentes remunerados.

La necesidad de obreros era apremiante. Naturalmente echábamos mano de todo aquel que mostrara algún celo o capacidad, y estimulábamos a los alumnos de las escuelas misioneras que prometían algo, a que se emplearan en la misión.

Mr. Hibbert Ware, escribiendo sobre las escuelas de pupilos relacionadas con la Misión Telugu, en 1915, dice:

"Todas ellas fueron establecidas exclusivamente para este fin, y aunque otros muchachos, pagándose sus gastos, pueden recibir educación en ellas, se las mantiene enteramente con vistas a que suplan la demanda anual de agentes de la Misión. En cierta etapa de su curso, no muy avanzada, todos tienen que enfrentar la pregunta de si están dispuestos a prometer servir a la Misión, una vez terminado el curso, por un período definido de unos siete años. El que no lo está, debe renunciar a su beca, la cual está destinada solamente a preparar a un estudiante para el trabajo en la Misión. Prácticamente todos los muchachos, desde el momento de ingresar como pupilos en una escuela tienen en vista el servicio de la Misión." (The East and West, Abril 1915, p.207).

Se desarrolló un sistema normalmente ordenado. Los obreros de la misión fueron clasificados, y se les pagó de acuerdo con su categoría, exactamente como a los empleados del gobierno. La base de clasificación era el salario, y el celo en el trabajo se recompensaba con un avance en la posición y un correspondiente aumento de salario.

Los agentes de una misión tienen en este sistema cuatro tentaciones muy serias:

1) Están tentados a pensar que un aumento de salario es la única prueba de progreso. Si al final de un tiempo razonable un hombre no obtiene el "status" y la paga de una clase superior, concluye que su conducta no ha sido todo lo que debiera haber sido. Un pobre lisiado educado a expensas de un misionero, hizo notables progresos y desarrolló grandes poderes espirituales, y ejercía una influencia maravillosa sobre aquellos con quienes entraba en contacto. Viendo esto el misionero lo hizo lector en un asilo de leprosos, donde podía arrastrarse de un pabellón a otro y enseñar a los internados. Todo anduvo bien por uno o dos años; luego envió una solicitud 'de aumento de sueldo, al de una categoría superior. Esto molestó mucho a sus benefactores. "He aquí", dijeron, "un hombre que ha recibido todo de nosotros y creíamos que estaba trabajando por puro amor a Cristo, pero el primer uso que hace de sus poderes es para pedir un sueldo". No es necesario concluir que no estuviera trabajando por amor a Cristo. El sueldo era parte del sistema en que estaba viviendo. El único símbolo de progreso era un aumento de sueldo. Tanto para él como para sus amigos, el no recibir un salario más alto correspondiente a una categoría superior hubiera sido una prueba de que no había cumplido con su deber.

2) Están tentados a tener un bajo concepto de su trabajo. Son pagados por la misión, están tentados a trabajar para la misión. Se admite casi universalmente que nuestros convertidos miran la obra de la misión como nuestro trabajo. Los agentes de la misión son personas a quienes se les paga para tomar parte en nuestro trabajo. Mientras vean así nuestro trabajo, sólo los hombres de un carácter espiritual excepcional podrán considerarlo como una obra divina. Mientras sean siervos de la misión, sólo los hombres de un raro carácter espiritual podrán elevarse por encima de la

idea de su servicio que sugiere tal título. y los paganos que los rodean (y es muy importante lo que piensan los paganos) serán totalmente incapaces de ver otra cosa.

3) Hay una gran tentación al servilismo mental y práctico. Es curioso cuán a menudo nuestros misioneros encuentran que la dependencia y la timidez son características de sus obreros de la misión. Pero el sistema tiende a exagerar esas debilidades. Para el agente de la misión siempre es seguro aguardar instrucciones. Se encuentra separado de su pueblo por la religión, de su congregación por la educación, de su superior por la raza. Se encuentra en una, posición de peculiar aislamiento. Si espera una orden no habrá vacilación en dársela por parte del extranjero, y, para bien o para mal, ningún riesgo de su parte en obedecerla. La acción independiente, por otro lado, siempre es riesgosa. Para practicar la independencia bajo tales circunstancias hace falta una fuerza de carácter casi sobrehumana.

4) Casi lógicamente, hay entre los agentes de la misión mucho descontento. En los primeros días de una misión en los distritos campesinos, la posición del agente nativo no es envidiable. Tiene una educación mejor que sus compatriotas y está protegido contra los terrores de la miseria absoluta. Pero en el momento en que otros cristianos alcanzan la misma posición de seguridad con sus ocupaciones seculares, tienden a menospreciar a los agentes de la misión como hombres que ganan un pequeño salario sirviendo a la misión. Cuando más avanza la congregación en educación secular y riqueza, más fuerte se hace esa tendencia, con el resultado de que los mejores y más capaces de la generación más joven se niegan a aceptar ese servicio.

Tal servicio debe engendrar descontento entre los que la aceptan. Culpan a su propia gente, culpan a los misioneros. Se quejan constantemente de que los misioneros no se asocian con ellos en igualdad de términos, que los tratan como

sirvientes, que jóvenes procedentes de Inglaterra son colocados por encima de los nativos experimentados. y por su propia consideración y respeto codician naturalmente el "status" y los salarios de los misioneros europeos. Hay un descontento divino, y otro descontento que está lejos de ser divino. La tentación que acosa al agente de la misión es una tentación al descontento que aplasta al alma, no a un descontento que la espolea.

Hasta qué punto ha llegado este concepto profesional de la obra misionera se ve en una sentencia escrita por el director de The East and the West, en enero de 1921. "Si eliminamos una dificultad pecuniaria", dice, "haríamos mucho por conseguir para el servicio de la Iglesia cristiana a muchos de los indios mejor preparados que al presente se encuentran en los empleos del gobierno". Esta no es una declaración excepcional: algo de esto se ve frecuentemente en los informes y discursos misioneros; sólo expresa un pensamiento común, pero contiene la doctrina pura del profesionalismo. El servicio de la Iglesia se enfrenta con el empleo del gobierno: los cristianos no sirven a la Iglesia sino en el servicio eclesiástico, es decir, como profesionales a sueldo; lo que les induce a entrar al servicio de la Iglesia es lo mismo que les induce a entrar al servicio del gobierno, a saber, el beneficio pecuniario.

6

Este sistema así arraigado en lo material y lo profesional es algo esencialmente "nuestro"; surge de nosotros, expresa nuestro espíritu. Todos saben que la establecimos porque se adecuaba a nosotros y nuestro trabajo. Aquí en Occidente está en su elemento; en cualquier otra parte es extranjero, en el más íntimo sentido de la palabra. En qué medida es extranjero se advierte inmediatamente si consi-

deramos las dificultades que surgen cuando tratamos de hallar las condiciones en que hombres de otra raza pueden ser admitidos en aquellas elevadas funciones que hasta ahora hemos ocupado nosotros. Constantemente se nos dice que la organización sólo puede ser dirigida eficientemente por directivos extranjeros. Casi todos nuestros misioneros parecen estar de acuerdo en que son muy pocos los nativos que pueden llevar adelante nuestra organización. Un extranjero sucede a otro en la dirección de casi toda nuestra obra misionera; y cuando se ha de hacer algún avance, el primer clamor es que se aumente el número de directores extranjeros. Un siglo de enseñanza, una multitud de convertidos, hacen relativamente poca diferencia: la organización sigue siendo lo que fue siempre, nuestra, algo que sólo nosotros podemos dirigir y utilizar. Para los nativos del país, con muy raras excepciones, sigue siendo una organización que sólo puede admitirlos en posiciones subordinadas, mientras la gran masa de cristianos nativos no pueden hallar un lugar propio en ella. Si se los considera organizados para el trabajo misionero, es sólo en cuanto pueden ayudar al misionero extranjero, seguir sus instrucciones, o sostener la obra con sus contribuciones. Lejos de ayudarles a difundir el Evangelio, la organización positivamente se lo dificulta; porque no pueden entenderla o utilizarla por sí mismos.

No es de extrañar que los cristianos nativos más capaces declinen unirse a tal organización. No es realmente la pérdida pecuniaria lo que los aleja de la obra misionera. En Inglaterra, jóvenes capaces engrosan las filas de los misioneros pagos por una sociedad porque entienden la organización y pueden hallar en ella campo para desarrollar sus capacidades; pero pronto dejarían de ofrecerse sí descubrieran que debían trabajar toda su vida a las órdenes de un extranjero que dirige un sistema que les es extraño. No

es del todo exacto decir que los cristianos nativos rehúsan trabajar en la misión porque quieren salar los más altos que los que ésta puede pagarles: mucho más cierto es decir que no están dispuestos a pasar toda su vida subordinados a un extranjero que dirige un sistema extranjero en el cual la fuerza prevaleciente es el poder de la bolsa, y el dinero lo más importante. Así es como nuestro materialismo y profesionalismo han terminado por excluir de la obra misionera a muchos de los mejores hombres.

7

Contrástese esta situación con el poder del servicio voluntario no remunerado. En un artículo sobre los movimientos en masa en la India, en la lnternationa[Review of Missions, de abril de 1917, dice el Dr. Wame:

En la región de habla hindostana hay en las comunidades de las castas, en cada aldea un jefe denominado chaudri. Los chaudris han sido siempre los representantes de sus comunidades no cristianas, y al hacerse cristianos los dejamos como diri-gentes si son hombres adecuados; si no, los cristianos eligen a otros. . . Podríamos haber tenido mucho antes un movimiento chaudri, pero cometimos el error de pensar que gente tan pobre tendría que ser remunerada por su servicio, y les dimos a los chaudris que daban parte de su tiempo un pequeño salario. Esto hizo dos cosas: cambió la forma de trabajo de la esfera voluntaria a la del servicio pagado, y limitó el número de obreros a aquellos que recibían un salario. Desde que la labor de los chaudris se ha vuelto voluntaria, . . . los obreros voluntarios se cuentan no por centenares, sino por millares.

Un predicador indio pagado, por bueno que sea, tiene poca autoridad y poder sobre la vida social de la comunidad cristiana de una aldea, en comparación con el chaudri.

Nuestra experiencia es que cuando la responsabilidad de la vida social y religiosa y la instrucción de su comunidad ha sido asumida por el chaudri, él encara el problema y recibe con agrado la ayuda del predicador, desde otro punto de vista. (IRM, Abril 1917, pág. 204, 205.)

Si el propósito de una organización misionera es ayudar en la evangelización del mundo, cuando se ve que la gran mayoría de los cristianos que viven en medio de vastas poblaciones paganas no pueden hacer uso de la organización que hemos establecido, sin la ayuda extranjera, y los pocos que piensan que pueden ser empujados a la oposición, la única conclusión es que el trabajo no puede hacerse por medio de esa organización. Hace años, un africano educado en escuelas occidentales comparó nuestros intentos de propagar el cristianismo con el intento de los romanos de introducir la civilización romana en Gran Bretaña. Una comparación penosamente adecuada. La civilización romana floreció durante algún tiempo donde la influencia romana era fuerte, pero los nativos nunca la entendieron realmente; y cuando los romanos se retiraron se fue con ellos.

8

El canónigo Gairdner, de El Cairo, nos ha alertado contra las "misiones por delegación", y ha sugerido que existe un terrible peligro de que engendremos comunidades nativas a nuestra semejanza, que dentro de poco insistan también en hacer su obra por delegación. (Brotherhood, Island and Christ, p. 20) Hubiera podido ir más lejos y decir que hemos creado, estamos creando y debemos crear tales comunidades porque llevamos a todas partes el sistema de remuneraciones sobre el cual está basada la labor de nuestras Sociedades y enseñamos a todos nuestros conver-tidos

que es deber de los cristianos evangelizar pagando evangelistas. Nuestra organización misionera es esencialmente una organización de las misiones por delegación.

Dentro de un sistema profesional tal como el nuestro puede haber poco lugar para la actividad espontánea. Todos tienden naturalmente a dejar la obra misionera directa a una clase profesional cuando existe una clase profesional cuyo deber especial es hacerla. Inevitablemente tienden a apelar a esa clase ya las sociedades que la sostienen, más bien que empezar a hacer ellos mismos lo que ven que hace falta hacer. La existencia de las sociedades y de la clase profesional parece liberar de su responsabilidad a todos, menos a los pocos más activos y celosos; les proporciona una excusa para la inactividad.

Una clase profesional no estimula fácilmente el celo espontáneo de los que no son miembros de su profesión. En realidad, la actividad espontánea más bien alarma a aquellos que dirigen una organización como la nuestra. Cuando la propagación de la fe es espontánea y cada cual expresa su celo a su manera, no sólo el santo sino también el charlatán pueden hallar oportunidades para adquirir influencia sobre los demás. Lado a lado con San Pedro está Simón el Mago; lado a lado con Demetrio está Diótrefes. En el trabajo de una organización el hombre que es bien venido, el hombre que está cómodo, es el hombre común, mecánico, ordenado que se mantiene dentro de los límites. No sólo el estafador, sino también el santo inspirado es difícil. Parece fanático, extravagante, excéntrico. Es independiente y está siempre a punto de transgredir los métodos ordenados de la organización. Nuestra organización tiende siempre a conservar al menguado. Si frena la exuberancia del genio, si frena al santo inspirado, frena también al charlatán. En consecuencia, a muchos les parece segura. De palabra decimos que quisiéramos que todo el pueblo de Dios fuera profeta, pero en general lo que queremos decir es que

quisiéramos que todos trabajaran diligentemente en y para la organización, bajo la dirección de los responsables de la misma.

9

Esta forma de organización es natural para gente con nuestro carácter y experiencia; no es una manera universal de expresión. La erección de edificios, el manejo de propiedades y la creación de un ejército de predicadores profesionales es para nosotros, en este momento de la historia del mundo, el método natural y obvio para llevar a cabo nuestro trabajo. Esta clase de organización se adapta a nuestras capacidades, apela a nuestro sentido de adecuación, satisface a nuestros ojos. Pero a la mayoría de aquellos a quienes vamos, una complicada maquinaria material les parece casi absurda. Para propagar ideas o una fe, uno no necesita edificios y maquinaria, sino tener ideas y una fe. La organización y los edificios debieran ser el resultado de la operación de las ideas y la fe. Les parece que nuestra organización pone en primer término las cosas que no corresponde. Reunimos dinero y pagamos hombres para que prediquen y enseñen. Fuera de nuestro círculo, casi todos consideran esto muy extraño. Todo conocimiento, sobre todo el conocimiento religioso, es un don divino, y relacionarlo con el dinero es una especie de Simonía. Se sospecha que el predicador remunerado predica porque se le paga para enseñar lo que aquellos que le pagan le dicen que enseñe; no que es el inspirado poseedor de un don divino.

Una organización que recolecta dinero y paga salarios a misioneros de una fe divina les parece algo monstruoso, totalmente anti espiritual. Si los que la dirigen esperan propagar una fe edificando salones de predicación y escuelas y hospitales, muestran que no tienen idea de lo que son las

fuerzas espirituales, o de cómo operan. Es verdad que cierto número de nuestros convertidos, por su larga asociación con nosotros, aprenden a desechar esas ideas, y que algunos no cristianos nos imitan en esto como en otras prácticas occidentales; pero la gran mayoría nunca entiende nuestra organización: para ellos es extranjera en el sentido más íntimo de la palabra.

10

No son las ideas religiosas las que hacen que nuestra organización sea odiosa para otros totalmente desconocidos, entre nosotros mismos. Aun en nuestro propio círculo opera el mismo pensamiento. Muchos en nuestro país lo admiten, y su actitud hacia la predicación traiciona su pensamiento. Saben que muchos predicadores que reciben salario poseen un don divino; pero tienen poca estima en general por la predicación de los predicadores pagados. Prestan una atención muy diferente a un hombre que saben que predica simplemente porque no puede dejar de decir lo que hay en su corazón. Aún a algunos de nosotros, una organización que existe para proporcionar edificios y salarios a hombres que nunca predicarían si no se les hubiera dado preparación y no se les pagara, nos parece que recorre un sendero muy peligroso. Puede no estar lejos el día en que aun en nuestro país, la organizaci6n que ahora estamos llevando al exterior experimente cambios radicales.

Para esos cambios las propias sociedades misioneras han preparado el camino. Sus predicadores nos han enseñado desde todos los púlpitos que la Iglesia debe ser un cuerpo misionero. Han reiterado el mandato de Cristo: casi han agotado los argumentos para convencemos de que la expansión es para la Iglesia la ley de la vida. No es sorpren-

dente, pues, que, viendo el estado caótico de nuestra organización misionera, y gimiento bajo sus numerosas apelaciones, los hombres empiecen a exigir que la Iglesia sea su propia sociedad misionera. Esa demanda deberá terminar en una reconsideración de la naturaleza de la Iglesia en su reorganización en relación con las misiones, y en él descubrimiento de que su organización es, en sus características esenciales, la organización de un cuerpo misionero.

Además, las sociedades nos han enseñado desde todos los púlpitos que cada cristiano debe ser en su corazón un misionero, sobre la base inconmovible de que a todos los cristianos les es dado el Espíritu de Cristo, y que el Espíritu que han recibido es el Espíritu que anhela la salvación de todos los hombres en Cristo y lucha por ella. La enseñanza no ha dejado de causar efecto. Muchos están empezando a creerla, y algún día muchos actuarán de acuerdo con ella. El predicador, indudablemente, esperaba una reacción en forma de sostén para su sociedad, e indudablemente generalmente tomaba esa forma, pero no hay razón para que tuviera que tomarla. No hay nada en la enseñanza que convenza a nadie de que para expresar su celo misionero tenga que sostener, o pertenecer a ninguna otra sociedad que la Iglesia a la cual ya pertenece. No es necesario, aunque pueda ser conveniente, sostener ninguna sociedad especial para hacer obra misionera.

No todos están capacitados para expresar mejor su celo misionero uniéndose a una de esas organizaciones especiales. Uno puede no querer convertirse en agente de ninguna de esas sociedades. Si la Iglesia es una sociedad misionera y él pertenece a la Iglesia, bien puede sentir que la sociedad de la cual es miembro le basta. Bien puede preferir la sociedad mayor, a no ser que necesite el sostén de la sociedad más pequeña. Si esto es lo que quiere, desde luego debe

ajustarse a las órdenes y métodos de la sociedad de la cual se convierte en agente. Pero si no quiere esa ayuda, no hace nada fuera de orden al actuar libremente: No deja de ser cristiano y miembro de un cuerpo misionero porque no agrega al orden de la Iglesia el orden más elaborado y preciso de alguna sociedad organizada. La única razón por qué los hombres no han procedido así con más frecuencia es que han estado obsesionados con la idea de que para expresar adecuadamente su celo misionero uno debe ser miembro de algún otro cuerpo dentro de la Iglesia y que no es suficiente ser miembro de la Iglesia.

Muchos antes de ahora pensaron que si había de expresar su celo libremente fuera de los limites y restricciones de una sociedad misionera especial, debían salir de la Iglesia misma. Pero eso es absurdo. La multiplicación de sociedades consideradas como organizaciones misioneras para el logro de propósitos comunes, es un desperdicio. Pero al menos ha mantenido delante de nosotros la verdad de que es posible trabajar fuera de las sociedades sin trabajar fuera de la Iglesia. Hubo quienes no estuvieron de acuerdo con las sociedades existentes o quisieron que se hiciera algún trabajo especial que las sociedades no estaban haciendo, y no vacilaron en actuar fuera de las sociedades entonces existentes. Nunca se les ocurrió que al hacerlo estuvieran violando ningún orden eclesiástico al fundar una nueva organización. Pero lo que un grupo de personas puede hacer sin violar el orden eclesiástico, puede hacerlo cualquier persona indi-vidualmente. El canónigo Gairdner, en el ensayo que he citado antes, señala la urgente necesidad de que éstas se multipliquen. (Op. Cit., p.21) Las Sociedades organizadas llamarían a esas personas franco-tiradores; pero los franco-tiradores en la apreciación de las sociedades son, desde el punto de vista de la iglesia, simplemente miembros de la Iglesia que están cumpliendo su deber para con Cristo y la Iglesia. Son nobles ejemplos para los miem-

bros indolentes y holgazanes. Son hombres que prefieren el orden y método apostólico a la complicación moderna. Si se multiplicara su número se descubriría pronto que la organización eclesiástica es suficientemente amplia para abarcar su trabajo.

Comúnmente se supone que tal acción llevaría al caos. Lejos de ello, conduciría al orden. La organización que es realmente la fuente de todo orden en la Iglesia ocuparía el lugar que le corresponde en propiedad. La organización de la Iglesia ocuparía el lugar que ahora ocupan en la mente de la mayoría de las organizaciones misioneras. Las sociedades aparecerían entonces como lo que realmente son: asociaciones de cristianos destinadas a ayudar a ciertos obreros y cierta clase de obras dentro de la Iglesia. Ocuparían con relación a la Iglesia una posición un tanto semejante a la que ocupan en relación con la sociedad los ricos filántropos, cuando proporcionan fondos para el establecimiento de becas, o el de colegios y bibliotecas u otras instituciones útiles.

Este argumento se aplica no sólo a nosotros, sino también a nuestros convertidos en el extranjero. Ellos también se les ha enseñado que si trabajan fuera de la organización misionera trabajan fuera de la Iglesia. Para ellos la restricción ha sido mucho más severa que para nosotros, puesto que los misioneros han representado para ellos la organización de la sociedad y la organización de la Iglesia a la vez. Pero en el campo misionero se está haciendo ya una distinción, y las iglesias son transferidas de la "organización misionera" a la "organización de la Iglesia". Los cristianos comprenderán gradualmente la importancia de esta distinción; y si les enseñamos lo que enseñamos en nuestro país, que todo cristiano en virtud de su recepción del Espíritu de Cristo debe ser un misionero, podemos esperar que un día lleguen a la conclusión inevitable de que no hay ne-

cesidad de que nadie agregue otra organización a la organización eclesiástica a fin de ejercer su derecho de enseñar a otros, y puede que ellos lleguen a esta conclusión, más rápido que nosotros, puesto que no tienen ese innato deleite en las organizaciones complicadas que es peculiarmente nuestro.

Pero esto sólo puede suceder si la organización eclesiástica vuelve a ser lo que fue originalmente, una organización en la cual sea reconocido y consolidado el celo libre y sin trabas de los cristianos.

8. La organización eclesiástica

Al comienzo del capítulo anterior dije que tenemos dos organizaciones para la obra misionera, una moderna, la sociedad misionera, y la otra antigua, la Iglesia. Pero cuando consideramos hoy la organización de la Iglesia como organización para la obra misionera, no debemos esperar hallarla en su original prístina pureza. Al comienzo la Iglesia fue una sociedad misionera; su número aumentaba principalmente por la vida y el testimonio de sus miembros, que atraían a los que estaban fuera. Donde quiera que fueran, organizaban iglesias; donde se establecían, los hombres que nunca habían oído de la Iglesia, la veían y, atraídos por la vida, o por la palabra de sus miembros, descubrían su secreto, se unían a ella y eran bienvenidos. Hoy hay miembros de la Iglesia diseminados por todo el mundo, pero no llevan consigo la Iglesia en sus propias personas, no están organizados, muy a menudo no desean la conversión de aquellos entre quienes viven, no los acogen con buena voluntad en la Iglesia. De modo que se formaron las sociedades para hacer esto en lugar de ellos. La Iglesia, como tal, no es una sociedad misionera que ensanche sus límites multiplicando iglesias locales; así que se forman sociedades para hacer esa labor en lugar de ella. Y es obvio que no pueden hacerlo adecuadamente.

Podemos comparar la relación de las sociedades con la Iglesia, con la institución del divorcio en relación al matri-

monio. Así como el divorcio fue permitido por la dureza de los corazones de los hombres, porque éstos fueron incapaces de observar la divina institución del matrimonio en su perfección original, así se permitió la organización de sociedades misioneras por la dureza de nuestros corazones, porque habíamos perdido el poder de apreciar y usar la divina organización de la Iglesia en su sencillez para el propósito para el cual fue creada y así como nunca se podría haber recuperado la perfección divina de la primera institución simplemente declarando ilegal el divorcio; porque la perfección de la institución divina no depende de la legalidad o ilegalidad del divorcio, sino de la concepción divina de la relación de los seres humanos entre sí; así la perfección divina de la Iglesia como sociedad misionera no puede ser recuperada simplemente aboliendo las sociedades misioneras y diciendo: que la Iglesia sea su propia sociedad misionera.

Eso no basta. A menudo oímos decir esto, y hablar como si tal cosa fuera suficiente; lo vemos practicar, y el resultado es, no la organización en iglesias de grupos de cristianos en todo el mundo, sino la creación de una Junta de Misiones de la Iglesia, que no es más que un departamento de organización eclesiástica, y en su carácter espiritual es casi idéntica a una sociedad misionera de la Iglesia. Así como la divina perfección de la institución del matrimonio sólo podría ser recuperada mediante una comprensión tal de la voluntad divina para los hombres y una unión tal de los seres humanos en Dios que hiciera que la sugestión del divorcio fuera algo monstruoso y ridículo, así la perfección misionera de la Iglesia sólo puede ser recuperada mediante una aprehensión tal del propósito divino al crearla, y una comprensión tal de su naturaleza esencialmente misionera, que la sugestión de la creación de una sociedad misionera o de un departamento dentro de ella para la realización de la obra misionera pareciera ridícula hasta el

absurdo. El divorcio fue permitido porque la concepción del matrimonio y su uso por parte de los hombres estaban lejos de ser lo que fueran en el principio; las sociedades y juntas misioneras son aceptadas porque la concepción que los hombres tienen de la Iglesia y el uso que hacen de su organización están muy lejos de lo que fueron en el principio.

No obstante, a pesar de que por la dureza del corazón del hombre se permitió el divorcio, la institución primera, en su divina perfección, siguió siendo la herencia peculiar del hombre, y ha de ser recuperada en Cristo; y así la divina institución de la Iglesia cristiana como sociedad misionera es la herencia peculiar de los cristianos y aún podemos recuperarla; pero en el momento presente debemos confesar que todavía no lo hemos hecho. La veríamos restaurada mañana en el campo misionero, con sólo que hoy estableciéramos iglesias allí.

1

En mi último capítulo señalé que las sociedades misioneras modernas comenzaron su obra no llamando a la Iglesia a la realidad de su carácter propio, sino intentando hacer por ella la obra misionera que ella debía haber hecho. En consecuencia, en este intento naturalmente organizaron su trabajo a su manera, Establecieron estaciones misioneras y crearon una hueste de agentes laicos, catequistas y maestros y evangelistas, para predicar en las aldeas alrededor de las estaciones, enseñar a los interesados ya los convertidos ya guiar a las congregaciones. Al principio todos éstos eran agentes remunerados de la sociedad misionera, y eran preparados bajo la dirección de misioneros en escuelas misioneras y trabajaban bajo la dirección de superintendentes misioneros, o de consejos que los misioneros creaban y controlaban. Había así en el

campo misionero una organización de los cristianos bajo las sociedades, que podía distinguirse fácilmente de la Iglesia.

Pero las sociedades proclamaban que enviaban sus agentes en representación de la Iglesia, y deseaban fundar iglesias nativas en los países adonde iban. Cosa que no podían hacer. Sólo una Iglesia puede propagarse y engendrar iglesias. Las sociedades comprendieron que sus agentes no podían ordenar un clero nativo; sólo podían crear ordenes de obreros laicos. Para el establecimiento de una iglesia era necesario un obispo. Pidieron, en consecuencia, obispos misioneros; y lenta y vacilantemente fueron designados obispos para organizar iglesias en el campo misionero.

La concepción de la Iglesia que tenían tanto el episcopado en el país de origen como los dirigentes de las sociedades, era idéntica. Estaban muy lejos de la Iglesia apostólica; la única organización eclesiástica que conocían era la de una iglesia nacional, en un país que durante siglos había sido nominalmente cristiano. Pensaban en los obispos como elevados funcionarios que gobernaban y dirigían, más o menos, en un gran número de clérigos, a la mayoría de los cuales apenas si conocían de vista, en diócesis tan grandes que no podían visitar las parroquias sino con raros intervalos. Pensaban en los párrocos como funcionarios de la Iglesia que gobernaban casi autocráticamente sus parroquias, sin ninguna responsabilidad ante los laicos por su conducta, y sólo parcialmente responsables ante sus obispos. Pensaban en los laicos, más que como miembros de la Iglesia como personas cuyo deber era obedecer a la Iglesia representada por sus obispos y párrocos. Se había perdido la concepción apostólica del obispo como padre de una familia espiritual, como pastor de un rebaño a cada uno de cuyos miembros debía conocer por nombre. Todavía usaban los títulos de "Pastor principal" y "Padre en Dios"; pero no esperaban que él conociera sus fa-

milias, o su rebaño, personal e íntimamente. Obispos y párrocos eran funcionarios, y funcionarios rentados, ampliamente separados del laicado por su preparación y sus maneras y costumbres convencionales.

Fue la organización de esta Iglesia nacional estacionaria lo que intentamos aplicar en el campo misionero. A fuerza de diligentes y perseverantes colectas se conseguía dinero suficiente para dotar a los obispados de un estipendio que las autoridades consideraban adecuado, y se fueron estableciendo obispados. Se señalaba alguna gran porción de la tierra en la cual existían una o más misiones, ya eso se llamaba una diócesis. Así a un obispo se le dieron como diócesis seis provincias de la China, cuando dirigía a un grupo de media docena de misioneros con dos o tres estaciones misioneras en dos de esas provincias. Una región del tamaño de Alemania se consideró una diócesis adecuada para un solo obispo. El encargado de una estación misionera fue llamado también párroco, y él llamaba su parroquia a un distrito misionero del tamaño de Gales o Yorkshire, aunque nunca había puesto, y probablemente nunca pondría, sus pies en grandes partes del mismo.

Evidentemente esta organización eclesiástica correspondía bastante bien a la organización misionera. El obispo nombrado era generalmente un misionero, o alguien que simpatizaba cordialmente con la obra de las sociedades, y por lo general las sociedades contribuían con una parte considerable de la dotación de la sede. Conocía tanto el trabajo de los clérigos de su diócesis como conocen la mayor parte de los obispos ingleses de los de las suyas. Los superintendentes misioneros correspondían aproximadamente a los párrocos ingleses, y los otros clérigos, nativos o extranjeros, a los clérigos menores en Inglaterra. El distrito era considerado como una parroquia, las capillas de las pequeñas congregaciones que lo componían corres-

pon-dían más o menos a los templos de las parroquias en Inglaterra. Se pasó por alto el hecho de que una organización en la cual el párroco vivía a pocas millas de distancia del más lejano de sus feligreses se estaba aplicando a un área en la cual estaba alejado de la mayoría de ellos por un viaje de días o semanas: el sistema se aplicó nominalmente. Había un obispo, había clérigos, había laicos. ¿Qué más se podía pedir? Si imaginamos a San Pablo designado solamente obispo de Europa, o a San Marcos como párroco de Galacia; si pensamos en San Marcos recorriendo setenta millas alrededor de Antioquia de Pisidia para administrar los sacramentos, ya las Iglesias de Italia y Grecia dependiendo de que llegara San Pablo para tener un servicio de confirmación; si pensamos en San Pablo enviando un llamado urgente a Antioquia para que enviaran un sacerdote a Roma o Corinto, como nosotros pedimos para Benarés o Pekín; vemos al punto la diferencia entre la organización apostólica de la Iglesia y la organización que nosotros hemos exportado de Inglaterra.

Los obispos, pues, enviados de Inglaterra, establecieron este tipo de organización eclesiástica, pero no por eso cesó en muchas partes del mundo la organización de los cristianos nativos bajo las sociedades misioneras. Una sociedad podía proclamarse una mera sirviente de la Iglesia y desear que todo su trabajo fuera dirigido por el obispo; pero otra pretendería dirigir sus operaciones misioneras a su modo. En estos casos inevitablemente surgían dificultades, porque de hecho había dos organizaciones eclesiásticas en el mismo lugar. Muy pronto el obispo empezaba a sostener que la evangelización del país era deber de la Iglesia del país; y como representante de la Iglesia reclamaba la dirección de la política misionera de las sociedades. Yo mismo he oído a obispos quejarse de que una sociedad permitía y estimulaba a sus agentes a establecer estaciones en lugares tan lejanos dentro de su diócesis, que él no podía supervi-

sar su obra. Este fue el resultado inevitable de nuestra organización eclesiástica que creó vastas diócesis en las cuales un obispo estaba perdido, en lugar de crear obispados en los lugares en que había cristianos para formar una iglesia. En lugar de alegrarse por que naciera una nueva iglesia en un remoto lugar del país, el obispo se veía reducido a lamentar tal infortunio. Esta acción, desgraciada como era, puso de relieve el hecho de que la misión no era la Iglesia. Había cierta rivalidad entre el obispo como representante de la organización eclesiástica y los secretarios de las sociedades, que representaban a sus respectivas organizaciones.

Los delegados enviados a la India, en 1921, por la Sociedad Misionera de la Iglesia (Anglicana) reconocieron que la dificultad era seria. Dijeron:

> El hecho destacado en nuestra administración actual de la Sociedad Misionera de la Iglesia es que en la gran mayoría de las diócesis están completamente fuera del control diocesano. . . Es imposible que una organización tal sea otra cosa que una influencia divisiva en la diócesis, porque como resultado inevitable hay dos autoridades, por un lado el obispo y su oficina y sus consejos, por el otro lado el secretario de la Sociedad Misionera de la Iglesia y su oficina y sus comités, y mientras más fuerte y eficiente sean el secretario de la Sociedad Misionera de la Iglesia, su oficina y sus comités, más divisiva será su influencia...Será obvio que cuando las diócesis sean gobernadas por obispos indios, como lo será en muchos casos, con la próxima extensión del episcopado, la división señalada y el resultante antagonismo serán aún más visibles. (Informe de la delegación de la Sociedad Misionera de la Iglesia a la India, 1921-1922, p. 30.)

2

Un rasgo muy prominente de la organización misionera fue el establecimiento de comités de misioneros en los cuales se consideraban cuestiones de política y finanzas, y

cuando los misioneros empezaron a hablar del establecimiento de una iglesia nativa naturalmente pensaron primero en consejos. Fue en gran parte por resolución de ellos que se establecieron consejos para los distritos o áreas mayores, consejos que fueron reconocidos como parte de la organización diocesana, esto es, de la organización eclesiástica rival de la organización misionera.

Esos consejos fueron por cierto un gran avance sobre la autocracia pura de los misioneros extranjeros, pero aun así confundían a los nativos en cuanto al verdadero carácter de la organización eclesiástica. Como ya lo he señalado (Véase el Cap. 3), la gran mayoría de los con-vertidos vivían en congregaciones que no eran iglesias, y cuando se dio prominencia a los consejos mientras se descuidaban los sencillos elementos fundamentales, perdieron la iglesia a la cual se habían unido como una pequeña familia en el pueblo o la aldea, guiada por un padre, un obispo que conocía íntimamente a cada uno, una familia en la cual todos eran mutuamente responsables por el bienestar del conjunto; no vieron una escuela en la cual todos juntos estaban aprendiendo a crecer en la gracia bajo la dirección de sus ancianos de más experiencia y más respetados; descubrieron que se trataba de una forma extraña de gobierno en la cual podían elegir un representante para asistir a un consejo para hacer algo que no entendían, generalmente con el resultado de que les pedían que aumentaran sus contribuciones; mientras allá lejos había un alto dignatario llamado obispo, del cual ocasionalmente podían recibir una visita. Contribuye a hacer peor la confusión el hecho de que el concepto de organización eclesiástica que los cristianos nativos se han formado es el de un arreglo de consejos para controlar las finanzas y la política de un cuerpo consistente en una multitud de congregaciones que no son iglesias.

Al principio, y por lo general aún ahora, los misioneros tenían el dominio completo de esos consejos eclesiásticos;

y si bien, como he dicho, esos consejos no eran realmente parte de la organización misionera, se producían pocas fricciones. Pero a medida que se difundía la educación intelectual entre los cristianos nativos, éstos empezaron a apreciar los poderes de un consejo en materia de finanzas y administración, y naturalmente vieron en él el elemento importante en la organización eclesiástica, y comprendieron que si podían dominar el consejo tendrían el control de los asuntos del distrito, o de la diócesis. Más aun, así como en tiempos pasados los obispos, como representantes de la Iglesia, habían pretendido controlar la política de las sociedades misioneras, ahora, en las áreas más adelantadas, los cristianos nativos que integran los consejos como representantes de la Iglesia, inevitablemente reclaman el derecho de controlar la política y las finanzas de las sociedades misioneras extranjeras que trabajan en su país. De ahí que haya surgido la lucha que ahora vemos desarrollarse entre la Iglesia, representada por los cristianos más intelectuales y pudientes, y la Misión. Se trata esencialmente de una lucha, primero, para liberar a la iglesia del control misionero, y luego, para controlar la Misión subordinándola a la Iglesia representada por los consejos eclesiásticos. Hoy en día la cuestión que absorbe casi más atención que la conversión de los paganos es la cuestión de la relación entre Iglesia y Misión; a cuánta autoridad debe la Misión renunciar, y cuánta puede conservar en sus manos sin peligro. Los delegados de la Sociedad Misionera de la Iglesia para la India no ocultan Su ansiedad: "No es mucho decir que a no ser que se den algunos pasos definidos para retirar el control que la sociedad ejerce todavía sobre las congregaciones e iglesias, habrá una seria exasperación, y probablemente cismas en varios lugares". (Informe p. 18.) Esto no sólo se aplica a la India, sino a muchas otras partes del campo misionero; y pronto será de aplicación universal; porque

en todas partes las mismas causas producirán tarde o temprano los mismos resultados.

La última etapa de la controversia es inminente en la India, donde la Sociedad Misionera de la Iglesia se propone "proceder inmediatamente a la transferencia de toda su obra, de la Sociedad a las diócesis" con las siguientes significativas reservas: "Es inherente a la situación que los sostenedores de una sociedad en Occidente deben creer en su obra si han de continuar sosteniéndola. Inevitablemente los donativos han de cesar si su simpatía es defraudada". Y: "Proponemos que los cuerpos diocesanos que controlen la obra de la Sociedad se constituyan sobre una base electiva. Esto se puede arreglar de tal manera que se asegure la inclusión de una representación adecuada de los misioneros de la Sociedad, y también de representantes indios de aquellos distritos en los cuales la Sociedad ha sido responsable por la instrucción de la Iglesia durante muchos años".

Es difícil creer que cualquier plan que necesite tales salvaguardias pueda ser otra cosa que un mero paliativo, un expediente que puede o no superar un periodo de difícil transición; pero no puede estar muy lejos el momento en que la Iglesia nativa, representada por sus obispos y sus concilios, insista en ser el ama en su propia casa, pase lo que pase con los donativos hechos a una Sociedad en Occidente.

3

Pero en muchas partes del mundo, viendo las dificultades que creaba la existencia de dos organizaciones eclesiásticas, hicimos grandes esfuerzos para identificar realmente la Misión y la Iglesia. Empezamos enviando un obispo como jefe de la Misión. Había así, en teoría, una sola orga-

nización y era la de la Iglesia; pero infortunadamente era una organización eclesiástica del tipo que ya he descrito. Como la imagen de Nabucodonosor, tenía cabeza de oro, vientre de bronce, y pies en parte de hierro y en parte de barro. Erecta sobre sus pies de hierro y barro, pagaba obreros laicos, y congregaciones que no eran iglesias; su cabeza estaba erguida en lo alto, un potentado solitario, el obispo; y entre ambos extremos había una cantidad totalmente inadecuada de clérigos, completamente incapaces de proporcionar alimento al todo; pero fuertes y excluyentes como el bronce.

Además, en la práctica era imposible identificar la Misión con la Iglesia. Teóricamente eran una sola cosa; pero para la mayoría de los misioneros era imposible identificarse con los nativos en la Iglesia. Habitualmente hablamos de la Iglesia nativa como algo distinto de la Misión. Habitualmente hablamos de la Misión como algo que ha de pasar, y de la Iglesia como algo que ha de sobrevivir y permanecer cuando la Misión se retire. También los cristianos nativos inevitablemente distinguen entre la Misión y la Iglesia. La Misión consiste en misioneros ayudados por una cantidad de nativos que ellos escogen y preparan para que les ayuden en su labor; pero esencialmente son extranjeros en el país, y están expuestos a retirarse en cualquier momento a una tierra lejana cuando la enfermedad u otras tareas 10 hagan aconsejable.

No podemos menos que reconocer que hemos establecido en todas partes misiones, y las misiones no son iglesias, La Iglesia primitiva envió misioneros, pero no estableció misiones; nosotros establecemos una misión y le damos cierta permanencia, aunque hablamos siempre de que es algo transitorio. La consecuencia es que tenemos a la vez una confusión de ideas y un conflicto de acción. La misión ha de establecer la Iglesia; pero se establece ella misma, y

existe frente a la iglesia. Esto no es bíblico. No es realmente, como decimos casi siempre, una cuestión de tiempo y circunstancias, de raza y época: es una cuestión de principios y espíritu. Si establecemos misiones en lugar de establecer iglesias es porque diferimos de los apóstoles y de la Iglesia primitiva en principios y en espíritu. No quiero insistir sobre este punto, sólo quiero sugerir que una diferencia tan profunda en la acción no puede ser efecto de un mero cambio en las circunstancias.

Viendo, pues, que en todo el campo misionero la iglesia nativa puede ser distinguida de la misión en este sentido, que la misión proclama por doquiera su carácter transitorio, y viendo que la misión nunca puede abarcar el campo; y que esa obra debe ser la obra de la iglesia nativa, nos hemos entregado a preparar a los nativos .para ocupar aquellas posiciones que actualmente ocupan los extranjeros de la misión, y les hemos enseñado a aspirar al día en que la iglesia nativa sea dirigida por sus propios clérigos y obispos. El problema de Iglesia y Misión tiene realmente el mismo carácter en todas partes.

4

Cuando consideramos cómo intentamos lograr que suceda esto, descubrimos que nuestro intento se ajusta a aquella concepción de la Iglesia y su organización que hemos llevado al extranjero. Por todas partes se oye hoy el clamor de que la misión debe preparar dirigentes para la iglesia nativa del porvenir. En qué consiste esta preparación lo expresa muy claramente un artículo en The East and the West, de abril de 1909. Fue escrito por el Obispo King, que era entonces obispo en Madagascar, y que actualmente es secretario general de la Sociedad para la Propagación del Evangelio (SPF). Su ensayo representa la

actitud del funcionario de la Iglesia en el campo misionero y del funcionario de la sociedad en Inglaterra; y la preparación que describe es la que conocemos los que estamos relacionados con nuestra obra en el extranjero; la misma preparación que se sigue universalmente en todas partes. En su artículo distingue cinco pasos para llegar a tener un ministerio nativo:

1) El misionero extranjero empieza a fijarse en determinados alumnos ya prepararlos conscientemente para la labor futura. ¿Por qué lo hace? Porque se encariña con sus mejores alumnos y trata de mantenerlos cerca suyo. La mayoría de sus educandos son evidentemente incapaces de recibir una buena educación: son buena gente, pero torpes; pero hay tres o cuatro alumnos cuya inteligencia es de orden superior, ya quienes espera educar y utilizar. Al proceder de esta manera es conducido naturalmente a la única senda posible de desarrollo en su obra: echa mano de los mejores elementos de la raza a la cual ministra, y los prepara y amalgama en una fuerza que puede usar. (The East and West, Abril 1909, p. 164.)

Aquí observamos que la preparación es intelectual; que "los mejores elementos de la raza" son, se dice, jóvenes estudiantes de inteligencia superior a sus compañeros; que el objeto de la prepara-ción es crear una fuerza que el misionero pueda usar; y finalmente, que toda la anterior preparación de la raza en el gobierno nativo de su familia o tribu es puesta completamente de lado como si nada importara. La preparación que se da es esencialmente instrucción, en el sentido estrecho, moderno, occidental de la palabra, una instrucción libresca e intelectual.

El obispo dice que ésta es "la única senda posible de desarrollo". Pero no es la única senda, y ni siquiera es seguro que sea la mejor. Que no es la única posible lo prueba la historia de la Iglesia primitiva que no siguió esa senda;

porque desde el principio fue guiada por "ancianos"; que no es necesariamente la mejor lo prueba su propia descripción de la misma. En un país donde todos los asuntos de importancia son ponderados y decididos por los mayores, está expuesto a graves dudas que sea prudente empezar haciendo a un lado a los ancianos y preparando a los más jóvenes para que sean ayudantes de los misioneros extranjeros, Es una contradicción de todas las más profundas y fuertes convicciones de la gente: disocia el orden eclesiástico en sus mismos fundamentos de sus conceptos naturales sobre el orden. Que la Iglesia tenga que empezar haciendo a un lado a los ancianos a fin de elevar a los jóvenes a la posición de guías de sus mayores, es realmente presentar a la gente una concepción del orden eclesiástico como algo totalmente extraño y subversivo de todo orden natural. Pero el orden eclesiástico no es enemigo de la natural e instintiva, casi universal convicción de que los ancianos deben guiar a la generación más joven. Si fuera cierto, pues, que esta era la única senda posible para el desarrollo de la obra misionera, sería inmediatamente evidente que ésta era una obra de carácter muy extraño y peligroso; y los hombres prudentes, no sólo en Madagascar, sino en Inglaterra, la mirarían con desconfianza. Una obra que no admite otra posibilidad de desarrollo que la basada sobre la subversión de todo orden natural es en realidad una obra expuesta a graves dudas.

Que el obispo ignore completamente la preparación tradicional de la raza para posiciones de autoridad, también plantea algunas dudas sobre la sabiduría de sus planes; porque en la experiencia de muchos años, esa preparación ha producido en cada raza y tribu hombres que naturalmente conquistan el respeto de sus semejantes. Ellos poseen un gran fondo de sabiduría tradicional: han sido sometidos a prueba una y otra vez en cuestiones difíciles por sus vecinos y parientes y amigos. Conocen a su gente y

son conocidos por ellos con una profunda intimidad. Saben cómo hablar y cómo mantener cualquier costumbre que consideren de importancia. Como cristianos, serían sin duda el principal apoyo del misionero. No, de ninguna manera, dice el obispo King. Los mejores elementos de la raza son los jóvenes despiertos.

Lo único importante no es la experiencia, o el peso, sino una mente rápida que pueda adquirir con presteza información nueva y extraña. Ser capaz de aprender aritmética y geografía y lectura y escritura, esta es la capacidad que prueba que un muchacho es digno de un lugar entre los mejores elementos de su raza. Me pregunto si esto es realmente cierto. Si el hecho de que un misionero extranjero pueda "instruir" fácilmente a un muchacho demuestra que éste es el mejor instrumento para la propagación del evangelio o para el establecimiento de la iglesia.

Pero la preparación tiene por objeto producir una fuerza que el misionero extranjero "pueda usar". Aquí se revela el secreto. Esta es la única manera de producir una fuerza que el misionero extranjero pueda usar. La obra a realizar es "su obra", y debe ser hecha de esta manera. Cualquier instrumento que él no pueda usar, es inútil. Los graves ancianos de las aldeas no pueden ser moldeados en una forma que se ajuste a su mano. No sirven. Un chico puede ser moldeado en la forma de su mano, para que haga exactamente lo que él quiere que haga. ¿Pero es bueno para la iglesia?

2) Terminada la educación de los primeros muchachos, éstos se convierten en un grupo de maestros o catequistas. Pueden leer la Biblia, dirigir la oración, dar sencillas lecciones de catecismo, predicar sencillos sermones misioneros. . . Formarán una suerte de anillo a su alrededor. Algunos vivirán cerca de él y ayudarán en su iglesia central y su escuela; otros se establecerán en las aldeas cercanas, y aten-

derán servicios, construirán iglesias, trabajarán en escuelas, y así a su tipo se crearán las avanzadas de la misión, iglesias hijas de la; central donde trabaja más especialmente el misionero. Esta es la segunda etapa de la obra, cuando el misionero extranjero. . . ha formado un grupo de obreros nativos que depende más o menos estrechamente de él. (The East and West, Abril 1909, p. 165.)

Aquí debemos observar lo que el Padre Herbert Kelly llama "el familiar absurdo del lector laico". "¡Al hombre que no puede celebrar porque es demasiado ignorante y no ha pasado exámenes, se le permite predicar y ministrar a las almas!". (Ibid, Oct. 1916 p. 435.) Nótese también que el obispo habla de esas avanzadas guiadas por esos lectores laicos como de "iglesias hijas", como si una congregación sin ministros, sin sacramentos, fuera una "iglesia". Esta es una teoría de la Iglesia desconocida para la Biblia, desconocida para la primitiva Historia de la Iglesia, desconocida para toda enseñanza católica: es en realidad la contradicción lisa y llana de todas ellas y finalmente se nos dice que el grupo de obreros nativos así formado "depende más o menos estrechamente del misionero extranjero". Así, pues, la preparación práctica de estos hombres en esta etapa consiste en familiarizarlos con "una iglesia acostumbrada a considerar la cena del Señor como un lujo ocasional" y en dependencia de lo que el Obispo King llama el "misionero extranjero".

3) La tercera etapa es el colegio. . . Debe formarse alguna clase de institución superior que asegure una mejor preparación a los nuevos jóvenes que se entregan a la obra. Todos están acordes en declarar que deben tener hombres mejor preparados. En consecuencia, un determinado misionero se retira de la obra pastoral y evangelística y concentra sus esfuerzos en un colegio. Se llama a los mejores obreros nativos existentes para que le ayuden, y se da una enseñanza mucho más completa y efectiva, durante tres a

cinco años, a aquellos que han cursado las escuelas de la misión. Se hace un esfuerzo decidido para desarrollar la vida espiritual y los poderes intelectuales de unos pocos muchachos nativos seleccionados . . . Estos hombres mejor preparados salen del colegio bien dotados para trabajar como catequistas superiores. (Artículo del Obispo King, p. 165.)

Aquí debemos observar que lo que determina la creación del colegio es la necesidad que tienen los misioneros de hombres mejor preparados en su sistema. La teoría de la preparación sostenida por el Obispo King empieza a mostrar su debilidad. Los catequistas semi-preparados de la primera etapa se han visto en la imposible posición de tener que guiar congregaciones de hombres de más experiencia que la suya, con la luz de un mero barniz de educación occidental y teología. Su educación los ha separado de la gente a quien tienen que enseñar. Se ha echado sobre ellos demasiada responsabilidad por la conducción de la congregación. Han sido educados a medias en una forma de vida puramente occidental y extraña. No saben qué hacer. Quieren agradar a su amo, el misionero extranjero, ante quien únicamente son responsables, quieren hacer las cosas como él las haría; pero no saben cómo, y nadie en la aldea puede ayudarles. Están aislados, separados de su propio pueblo por su educación, separados del extranjero a quien sirven por la raza y los hábitos de pensamiento. Su única posibilidad es vivir precisamente de acuerdo con sus instrucciones; pero cuando él les da instrucciones a menudo no pueden llevarlas a la práctica.

Por ejemplo, él quiere que se lleven cuentas; y ellos no pueden llevarlas bien como él quiere; y la forma en que lo hacen sus padres no es conocida o aprobada por él, aunque la hayan aprendido o puedan aprenderla. De modo que no pueden ir para atrás ni para adelante. Y esta confusión en-

tra en cosas más importantes aún que las cuentas; y todos quedan insatisfechos. El misionero, naturalmente, piensa que la falla reside en la falta de preparación; nunca le entra en la cabeza que está empezando por el extremo equivocado, y que está poniendo en un lugar equivocado al hombre que no corresponde. Los ancianos, si se les dejara, podrían manejar fácilmente y con éxito, a su manera, todos los asuntos de su iglesia local; pero eso no concordaría con el libro de cuentas del misionero. Y la, obra es "su obra", y debe ser hecha a su manera. En consecuencia, clama por hombres mejor preparados.

Y todavía se construye la iglesia sobre un fundamento laico, sin ministros ni sacramentos, salvo que alguna visita ocasional del clérigo encargado del distrito lo permita. En toda esta preparación la idea del ministerio es puramente personal. El Obispo King dice que en esta etapa "todavía estamos relativamente lejos del ministerio ordenado - es decir, hombres en cuya piedad podamos confiar suficientemente y cuya preparación sea adecuada para permitirnos presentarlos para el don de las Sagradas Ordenes": (Artículo del Obispo King, p. 166). Esta idea de que el don de las Sagradas Ordenes es algo puramente personal es muy peligrosa. Es la iglesia la que tiene un ministerio, no sólo un individuo. Si nos permitimos pensar en él como puramente personal e individual estamos en peligro de caer, como caemos, en serios errores. El ministro existe, por así decirlo, aparte de la iglesia a la cual ministra. Le es dado un "cargo", "una cura de almas", "una esfera de trabajo", y le son entregadas tantas almas. y de esta manera toda la responsabilidad recae sobre él, y la responsabilidad de la iglesia es ignorada. Si los ministros de Cristo son responsables ante él por el cuidado de la iglesia sobre la cual él los ha hecho sobreveedores, la iglesia también tiene responsabilidad por los ministros; porque en verdad el ministerio es dado a la Iglesia, no la iglesia al ministerio.

Al designar ministros para una congregación, es tan importante considerar las necesidades de la iglesia como el carácter y la educación del individuo; pero mirando solamente al individuo olvidamos la iglesia. En la Iglesia primitiva hallamos hombres locales ordenados para la iglesia local. Eran ordenados para esa iglesia; y no buscaban alguna otra esfera en la cual pudieran ver una oportunidad o pudieran obtener privilegios. De este modo se mantenía el vínculo entre la iglesia y el ministerio. Pero en nuestro sistema, cuando el ministerio se considera como un don puramente personal, los hombres buscan por sí mismos, o son enviados por una autoridad, a ocupar tal o cual puesto, sin consideración al vínculo que de esta manera se rompe, y la consecuencia es que a menudo miran a las "iglesias" simplemente como lugares que les ofrecen oportunidades para el ejercicio de sus dones, o como peldaños en una escala de preferencias. Pero el vínculo que así se rompe no es cosa sin importancia. En Inglaterra, donde toda la población se mueve de lugar en lugar con extrema facilidad, el mal no es tan visible; pero en un país donde generación tras generación viven en la aldea ancestral, el vínculo entre la iglesia local y sus ministros es de gran importancia, y la introducción de un extraño para que actúe como ministro de personas a quienes no conoce íntimamente, y que no lo conocen íntimamente a él y toda su familia, es un mal grave.

En este punto el obispo se aparta de su camino para repetir un argumento conocido con el cual nosotros los modernos nos arreglamos p-ara repudiar la enseñanza de la Biblia y la práctica de San Pablo: (cf. Missionary Methods: St. Paul's or Ours? Cap. 3 y The Establishment of Indigenous Churches: a dialogue.) Dice que algunas misiones no episcopales han tomado

un atajo peligroso hacia la integridad eclesiástica que debe ser evitado a toda costa. . . Han seguido ciegamente lo que imaginaron era la práctica de San Pablo y San Bernabé. . . Han autorizado a cada pequeño grupo de cristianos convertidos a elegir a un hombre local de buen carácter y lo han nombrado para administrar el Santo Bautismo y la Cena del Señor en la congregación que la ha elegido. . . No han entendido que las iglesias primitivas eran trozos desprendidos de las sinagogas locales y que, por lo general, entre los primeros convertidos se encontraban hombres bien preparados en la fe, las costumbres y la vida devocional del judaísmo: (.Artículo del Obispo King, p. 166)

Dice que :

El sistema no funciona tan mal como podría suponerse: pero hechas todas las concesiones él (el misionero extranjero) se siente tristemente consciente de que ha dejado escapar de sus manos las riendas del poder, y sólo puede aconsejar y exhortar donde debería gobernar.

Este argumento suena extraño en boca de un obispo cristiano. La práctica apostólica no era peculiar de San Pablo y San Bernabé, pues se la siguió en áreas muy vastas después de la muerte de los apóstoles. En la edad apostólica y la subapostólica había gran número de pequeñas iglesias en Asia Menor, Armenia, el Norte de África y otras partes, que no eran por cierto "trozos desprendidos de las sinagogas locales" y los nombres de sus primeros obispos no son nombres judíos.

Es extraño que un obispo cristiano atribuya la estabilidad y el crecimiento de las iglesias cristianas más al poder de la preparación en la fe, las costumbres y la vida devocional del judaísmo que al poder del Espíritu Santo y de la gracia de Jesucristo. Lo que no es tan extraño, pero sí muy significativo, es el fuerte énfasis del obispo sobre el deber del misionero de gobernar, y su menosprecio del consejo y la exhortación. Ha rechazado la práctica de San Pablo, y

con ella aparentemente el espíritu de San Pablo, quien ciertamente confiaba, como todas sus epístolas lo proclaman, en el poder de la exhortación y el consejo. El no conservaba su poder de gobernar rehusando la ordenación a otros, y ciertamente no lo perdía por que ordenara ministros.

4) Dice el obispo:

> La cuarta etapa en la preparación de un ministerio nativo sólo puede producirse lentamente. A su debido tiempo debe seleccionarse el clero entre el cuerpo de catequistas nativos preparados; ocasionalmente, y para atender una necesidad inmediata, puede ser elegido un hombre de mediana preparación, que haya tenido un largo servicio y cuyo carácter haya sido bien probado, pero por regla general son necesarios tanto el conocimiento como el carácter --educación tanto como piedad-- en un ministerio que ha de conquistar el respeto de una iglesia nativa.

Con respecto a la designación de los clérigos, dice:

> Debiera estar claramente establecido que una iglesia no tiene derecho a esperar tener un clero de su propia raza en número suficiente hasta que pueda pagar su sostén. Es muy dudoso que se pueda confiar en que el clero de una iglesia ha de esforzarse lo más posible si su éxito o su falta de éxito no afecta sus ingresos.

Aquí debemos observar, una vez más, el énfasis sobre la' preparación intelectual, y el desconocimiento de la preparación para el gobierno y el manejo de los asuntos prácticos que se deriva de la dirección de la familia o de la tribu, así como de la autoridad espiritual y la influencia que a menudo poseen en el más alto grado hombres que el obispo ciertamente no podría preparar como catequistas ya quienes no ordenaría como clérigos. Además, no podemos dejar de notar el énfasis tan extraño sobre la paga. El Padre Kelly ha observado que "Ios pobres están en gran parte desprovistos de los sacramentos por lo caro que son los sacerdotes".(The East and the West, Oct., 1916, p.435)

Durante generaciones después de la muerte del apóstol no hubo en la iglesia un clero remunerado. Si San Pablo y sus sucesores hubieran seguido el plan del Obispo King, probablemente la Iglesia en Europa no hubiera conocido ni obispos ni sacramentos.

5) La última etapa -la más difícil de todas- es el desarrollo de un episcopado nativo. Pregunta el obispo:

¿Se comprende suficientemente que debe ser preparado un episcopado nativo y que, para que en una iglesia misionera surja un obispo: nativo, el cuerpo de hombres-nativos--de entre los cuales ha de surgir debe ser creado? Se puede decir que podemos elegir los mejores de nuestros clérigos nativos. En ese caso debemos ver que nuestros clérigos nativos, algunos de ellos, sean párrocos en el pleno sentido de la palabra: en la actualidad con demasiada frecuencia son sólo ayudantes del misionero inglés, y no están desarrollando confianza en sí mismos, dotes administrativas y poder de gobierno. Entre otras cosas, un obispo debe ser un gobernador; y para hallar un gobernador debemos crear un cuerpo de párrocos que estén acostumbrados a gobernar...Es mejor que hagan errores al gobernar que no que nunca aprendan a gobernar. No debemos apartar uno o dos hombres señalados como portadores de la responsabilidad; debemos crear toda una clase, (Artículo del Obispo King, p. 169). Pero por sobre todo es necesaria la "idea" de que "debe haber" un episcopado nativo. Las ideas vienen primero en el tiempo; se realizan a su debido tiempo...La "idea" misma de que puede y debe haber tal cosa sólo ahora está surgiendo en nuestro horizonte intelectual; y hasta que la idea de un episcopado nativo no sea familiar a nuestros clérigos y laicos en el campo misionero no adelantaremos en su creación. En principio enseñamos que "Dios no hace acepción de personas", y escoge a quien quiere como recipiente de su gracia en las órdenes; pero en la práctica pareciéramos estar diciéndole a nuestra gente: "Dios

quiere que todos seáis cristianos - algunos de vosotros seréis sacerdotes; pero sólo ÉI escoge a los que han de ser obispos". Alentemos, pues, la verdadera idea, ya su tiempo se convertirá en realidad.

¡He aquí una cosa notable! Toda la preparación precedente ha sido preparación de los obreros nativos en obediencia al gobernador misionero. En cada una de las etapas los nativos han estado bajo la dirección de extranjeros que les han enseñado a depender de ellos para su dirección y sostén. En cada etapa se ha afirmado la supremacía del "misionero extranjero": se le ha dicho que éste debe gobernar, y ha estado practicando el arte de gobernar a sus ayudantes nativos. Ahora, de pronto, se reprocha al extranjero que gobierne, y se exige que los nativos sean preparados en la confianza en sí mismos y la capacidad para gobernar, aun a costa de cometer errores. Toda la idea de la preparación ha sido transformada. Pero, como lo ha descubierto el obispo, este no es un cambio fácil. Los misioneros que han sido alentados a gobernar y dirigir a los catequistas y maestros nativos, naturalmente gobiernan y dirigen a los diáconos y presbíteros nativos. Una comunidad cristiana que ha aprendido desde el comienzo que sus ministros dependen del extranjero para su sostén y dirección, no está preparada para sostener a los clérigos nativos. Los muchachos que han sido educados en escuelas y colegios misioneros han aprendido desde el principio mismo a depender de su director extranjero. En un momento todo esto se cambia: deben aprender a actuar por sí mismos ya ejercer responsabilidad, sin ningún sostén. El obispo extranjero en su actuación puede confiar en el apoyo de los misioneros; los misioneros al adoptar una resolución pueden confiar en el apoyo del obispo y de sus colegas misioneros. ¿En qué apoyo puede confiar el clérigo nativo dependiente de sí mismo? No puede confiar en su gente, porque ellos no han

aprendido a esperar ninguna acción autónoma de los nativos en la iglesia; no puede confiar en el apoyo de los misioneros extranjeros, a no ser que haga precisamente lo que ellos hacen como ellos lo hacen; no puede confiar en el apoyo del obispo extranjero, a no ser que éste apruebe su acción; y esto no es seguro, si el sacerdote nativo realmente obra por sí mismo. La dependencia de sí mismo en su caso significa una auto-dependencia aislada, peligrosa. Es un funcionario rentado, generalmente con esposa y una familia que sostener. Un error a los ojos de los extranjeros puede llevarlo a la ruina. ¿Cómo puede no depender de ellos?

Todos sabemos que un cambio repentino en la educación de un niño o de una sociedad, es una cuestión muy seria. Lo más importante de todo es el comienzo, porque sobre él deben edificarse todas las etapas siguientes; una ruptura, aun un pequeño cambio, trastorna todo el curso de la educación. Pero es una ruptura de carácter sumamente fundamental. Una educación en dependencia se transforma en educación en independencia. Ningún cambio podría ser más radical. Y el Obispo King no nos dice cómo se haría este cambio. La manera más sencilla, y tal vez la más segura, sería volver al comienzo y empezar todo de nuevo.

Este no es el único cambio. Aquí el Obispo King percibe que no serviría preparar solamente uno o dos, o unos cuantos individuos. Debe crearse toda una clase. ¿Por qué? Porque la auto-dependencia aislada es peligrosa para la iglesia. Los hombres no son naturalmente individuos aislados auto-dependientes: necesitan el apoyo de sus semejantes. Pero éste es precisamente el principio que fue violado al elegir catequistas jóvenes para colocarlos solos sobre una congrega-ción de sus mayores. El mismo dijo: "algunos de ellos pueden que se rindan bajo la tensión de la tentación y la soledad". La soledad de un catequista preparado

por extranjeros en escuelas misioneras y enviado a hacerse cargo de una congregación aldeana, y los peligros de esa posición, son conocidos por todos los que tienen algún conocimiento del campo misionero, y de hecho para cualquiera que tenga un poco de imaginación. Pero si el catequista está solo y aislado en su aldea, no menos aislado y solitario está el sacerdote nativo en su parroquia. En la cumbre, el episcopado, el obispo ve el peligro. Pero lo apropiado sería que retrocediera hasta el comienzo mismo, y viera que es un error colocar a un joven en una posición aislada como catequista, sin apoyo alguno más que el de su maestro extranjero.

Cuando el Obispo King habla de la importancia de que el clero y los laicos se familiaricen con la idea de un episcopado nativo, puesto que esta idea es, en su concepto, la de un gobernador general de una gran cantidad de clérigos, de un funcionario que es jefe aun de los misioneros extranjeros, pisa un terreno muy peligroso. Porque si tiene razón al decir que los misioneros europeos difícilmente pueden someterse a ese gobierno, y si es cierto que la misión ha manejado de tal manera sus asuntos que éstos difícilmente puedan retirarse, entonces el familiarizar con esa idea a clérigos y laicos nativos que están empezando a sentir crecer su capacidad para el gobierno propio, debe crear graves dificultades. Ese es el camino a la lucha por la supremacía. No se puede esperar que clérigos nativos y misioneros y el obispo concuerden todos exactamente en cuanto al momento en que ha amanecido el día de la independencia. Misioneros y funcionarios de las sociedades misioneras y obispos están hablando siempre del día de la independencia, pero generalmente como algo "remoto", o "en alguno de los próximos años", "algún día", pero nunca "hoy". Los nativos educados en los colegios generalmente piensan que debería llegar antes de lo que los misioneros conside-

ran conveniente; y entonces comienza una lucha encarnizada. Y es muy cierto que esa lucha es la consecuencia inevitable de la preparación a que nos hemos estado refiriendo. Ya en muchas de nuestras misiones están apareciendo señales de su advenimiento, y serían aún más visibles si no fuera que los nativos dependen en gran parte del sostén pecuniario de la misión y temen sacrificarlo.

Lord Morley, refiriéndose al gobierno de nuestras colonias, nos ha dicho que Mr. Gladstone:

> ...nunca se cansaba de protestar contra la falacia de lo que se ha dado en llamar "preparar" a esas nuevas comunidades para la libertad, enseñando a una colonia, como a un infante lenta y gradualmente a caminar, poniéndolo primero en ropas largas y después en ropas cortas. Se creó una clase gobernante para los propósitos que la colonia hubiera debido cumplir ella misma..."Mientras aguardan la concesión de instituciones libres están condenados a escuchar toda la miserable jerga acerca de adecuarlos para los privilegios que eso les confiere; cuando, en realidad, cada año y cada mes durante los cuales se los retiene bajo la administración de un gobierno despótico, los hacen menos aptos para las instituciones libres. "Nuestro error está", dice, "en el intento de conservar las colonias por el mero ejercicio del poder". (Morley's Gladstone, vol. I, ps. 360-361.)

Esto es precisamente lo que estamos haciendo en nuestras misiones. Esa es precisamente la falacia que hay en el fondo del plan que presenta el Obispo King.

Me he ocupado extensamente del artículo del Obispo King, porque es la mejor expresión que puedo hallar de la teoría más comúnmente sostenida entre nosotros. En esta teoría, la consagración de un obispo es "la corona y logro final de la verdadera iglesia del país". Invertimos el orden bíblico en todos los puntos. Se hace del bautismo la corona y el último paso del intento de un oyente de aprender la doctrina y guardar la ley, en lugar de ser el comienzo de una nueva vida; el sacerdocio se constituye en el último paso de una iglesia que ha crecido suficientemente en riqueza

como para sostener un funcionario rentado de acuerdo con una escala que consideramos adecuada a su dignidad, en lugar de ser una parte necesaria y esencial de la constitución de una iglesia; la iglesia del país está compuesta de un gran número de grupos de cristianos en lugar de un gran número de iglesias; el obispo es el último paso en una larga y fatigosa senda por la cual se crea una iglesia con congregaciones que no son iglesias, ni tienen sacerdotes ni sacramentos.

No es sorprendente que una iglesia así organizada se exponga al desastre. Tómese un ejemplo al azar:

> Los karachis eran los habitantes originales de Assam. El Rev. S. Endle, que trabajó durante cuarenta años en Assam, inició la obra misionera entre ellos, y unos mil fueron atraídos al Reino; se construyeron iglesias y escuelas, y existían todas las perspectivas de un movimiento de masas. Desde que murió Mr. Endle, hace unos trece años, no ha habido nadie que supiera el idioma karachi. Los cristianos han descendido a unos cuatrocientos; se los visita con la frecuencia que es posible, pero tiene que ministrárseles en el idioma assames que entienden muy imperfectamente. (The East and the West, Oct., 1920, p. 325).

O éste: "El grueso de los cristianos de Banting (en la diócesis de Sarawak) han retrocedido al paganismo", y el obispo que escribe acerca de ello pregunta: "¿Por qué?" y responde diciendo que:

> Hace veinte o treinta años, había siempre un clérigo europeo a cargo de esta estación, que era considerada un baluarte de la obra cristiana agresiva. . . pero desde que esos obreros se trasladaron a otras partes no hemos podido reemplazarlos con obreros europeos residentes y ha ocurrido lo inevitable. En la aldea residen muchos médicos brujos manangs o dyaks, y la gente ha ido cayendo gradualmente bajo su dominio, y el resultado es obvio; (Misión Field, Dic., 1923, p. 279).

Tales historias, que no son poco frecuentes, son utilizadas siempre como una apelación por más misioneros. Pero

en verdad esos desastres son resultado, no de la ausencia de misioneros blancos, sino del abuso de ellos como pastores y dirigentes de congregaciones nativas. En el primer caso que he citado esos karachis no hubieran debido depender de un misionero extranjero que conocía su idioma, para las simples ordenanzas que Cristo dejó para todos sus discípulos, y el pequeño remanente que sobrevivía no hubiera debido recibir su alimento espiritual en un idioma que no entendía. En el segundo caso, los paganos tenían sus propios ministros, mientras los cristianos, cuando se retiró el misionero blanco, se quedaron sin ministro. Un obispo o sacerdote cristiano nativo que ministrara los sacramentos a su pueblo, hubiera sido el igual de cualquier manang. Privados de todos los sacramentos, sin ningún ministro u organización cristianos, cayeron. ¿Sorprende acaso que cuando los cristianos están privados de los medios de gracia caigan? Cuando privamos de su gracia al pueblo de Dios, a fin de mantener un tipo de ministerio preparado y remunerado en nuestra forma peculiar occidental, no puede sorprendernos que el desastre se abata sobre nuestros convertidos. Sin embargo, hay quienes dirían que el riesgo de un fracaso moral como el de la iglesia de Corinto balancea el abandono de la fe cristiana por congregaciones enteras.

En mi segundo capítulo dije que la expansión espontánea de la Iglesia implica no sólo la multiplicación de los cristianos, sino la multiplicación de iglesias. El crecimiento espontáneo de la Iglesia primitiva dependió no sólo de la libertad con que sus miembros cumplieron su deber y predicaron al Cristo por donde quiera que fueran; dependió no menos de la libertad con que se establecían iglesias, verdaderas iglesias, con presbíteros y obispos y obispos y ministros. Entonces cualquier iglesia podía ayudar a cualquier nuevo grupo de convertidos, dándoles una organización como la suya. (El hecho de que muy pronto se hizo costum-

bre que tres o más obispos se unieran para la consagración de un nuevo obispo no afecta el argumento.)

La teoría que hemos estado considerando hace imposible una expansión de esta índole. Es imposible imaginar que la actividad espontánea de un individuo dé nacimiento a una nueva iglesia. Sólo puede dar por resultado la creación de una nueva congregación dependiente de los pocos clérigos que haya en el país, y aumentando su ya abrumadora carga. La iglesia en el país no puede crear una nueva iglesia como ella: debe aguardar hasta que se hayan suscripto fondos suficientes para dotar una nueva sede episcopal. Está perfectamente claro, pues, que una teoría como la que hemos estado considerando obstaculiza en una medida incalculable, aunque no la impida del todo, cualquier expansión espontánea. Pero en el momento en que pensamos en iglesias en el sentido apostólico del término, vemos inmediatamente que la actividad espontánea de los miembros individualmente podría producir rápidamente la multiplicación de este tipo de iglesias en todo el país.

Pero hay otra historia. La presenta el padre Kelly, en dos artículos ya citados, en el East and West. (Abril y Octubre de 1916, ps. 182, 192, 429, 439). Sostenía allí que debiéramos volver al sistema primitivo, precisamente el que el Obispo King llamaba un "atajo peligroso", "que debe ser evitado a toda costa". Dice el P. Kelly: (The East and the West, Oct. 1916, ps. 430, 431, 436).

Imaginémonos reunidos en alguna pequeña iglesia primitiva para elegir un pastor. Nuestro proceder es totalmente obvio. Normalmente, queremos un cristiano de edad mediana, experimentado, de carácter fuerte y posición independiente, que no tenga miedo de hablarnos, un hombre celoso de su fe y que la entienda, docto en las Escrituras. No tenemos entre nosotros universitarios, pero sí un hombre de cuarenta años que ha aprendido de la vida. No

estamos intentando nuevos experimentos. Queremos alguien que nos guíe y nos ayude tales como somos, y todos nosotros conocemos la mentalidad y la capacidad los unos de los otros mucho mejor de lo que podría jamás conocerlas una junta examinadora. . .

Así se proveía el ministerio, pero ¿cómo se proveía su sostén? Sabemos que la Iglesia primitiva no pagaba sueldos, pues la costumbre de hacer tal cosa se usó como una acusación contra los montanistas...Si el pastor es enviado, el que lo envía es responsable...Pero si la aldea elige uno de sus propios miembros no surge ninguna dificultad. Con seguridad será un hombre de edad mediana; alguien que ya se gana la vida solo y está en condiciones de seguir haciéndolo, sin duda con alguna ayuda de donaciones de dinero, especies o trabajo para compensarle cualquier pérdida de tiempo por sus trabajos pastorales...

El labrador-sacerdote de la aldea es un padre de familia. Desde luego, siendo un sacerdote, lo es de la Iglesia Católica, pero esto no significa que esté en libertad de aceptar un "llamado" cuando se le ofrezca un incentivo suficiente. Está ordenado para su propio pueblo...

Me he ocupado primero del sacerdote de campo, porque las condiciones más simples muestran qué es lo fundamental. El hecho de que el ministerio campesino sea para nosotros el problema más difícil parecería mostrar que de alguna manera hemos errado en lo fundamental. La Iglesia no puede existir sin un ministerio, pero el ministerio existe para la Iglesia. Un ministerio suficiente es el que provee lo que la Iglesia necesita realmente en el momento. Cuando las necesidades de la Iglesia se hagan más complejas; el ministerio se capacitará naturalmente para enfrentarlas. Aun en los pueblos, en la primera etapa, y en los pueblos pequeños durante largo tiempo, bastará con un ministerio local según el plan aldeano...

En las ciudades, al principio el sistema era el mismo que

en el campo, pero la diferencia de circunstancias produjo un rápido desarrollo. La creciente masa de asuntos eclesiásticos dio origen a las órdenes menores de lectores, acólitos, etc., y proporcionó así oportunidad para los jóvenes que quisieran dedicar sus vidas a la profesión clerical . . . En los pueblos el obispo normalmente, aunque no necesariamente, era elegido entre el clero profesional. Este profesionalismo no era considerado fundamental. Se desarrolló donde se lo quiso, y los negocios en que intervenía proporcionaban los medios para su sostén.

El Padre KeIIy difiere del Obispo King en su estimación del valor de la preparación tradicional, quiere ver ordenados a cristianos experimentados, de edad mediana, de carácter fuerte y posición independiente. Se da cuenta de que entre los primeros convertidos hay muchos hombres así, depositarios de la sabiduría inmemorial de pasadas generaciones. En cada aldea, en cada pueblo hay hombres así, dirigentes naturales de su pueblo. Esa clase de hombres sugiere que deberían ser los dirigentes de las iglesias nacientes, sus primeros sacerdotes y obispos. El Obispo King en cambio, no toma en cuenta para nada esta preparación tradicional.

El Padre Kelly difiere del Obispo King en que insiste en que la Iglesia debe comenzar con el nombramiento de sacerdotes y obispos. Dice que "la iglesia no puede existir sin un ministerio". Habla del nombramiento de lectores laicos como una falacia absurda, "el conocido absurdo del lector laico". En cambio el Obispo King hace de ese "conocido absurdo" el fundamento de todo su esquema de preparación para un episcopado nativo, y llama iglesias a las congregaciones atendidas por jóvenes catequistas.

El Padre Kelly difiere del Obispo King en su estimación del valor del salario. El obispo sostiene que "hay serias dudas de que se pueda confiar en que el clero de cualquier

iglesia, en general, ponga todo de sí si sus ingresos no son afectados por su éxito o su falta de éxito". El Padre Kelly dice que "un interés pecuniario en el cristianismo no es un bien en sí, sino una tentación".

También difiere del Obispo King en su estimación de la preparación clerical. Todo el sistema del obispo se basa en la preparación intelectual. El Padre Kelly dice:

La preparación superior constituye un peligro muy serio. Todo profesional corre el riesgo de convertirse en demasiado técnico y abstracto. La educación teológica está más expuesta actualmente a ese mal que cualquier otra, y en nada es tan grande el perjuicio. He oído a un catequista discursear durante una hora ante aldeanos paganos sobre la historia del desarrollo religioso. La ignorancia del labrador-sacerdote no es en modo alguno un peligro. La ignorancia peligrosa es el pseudo conocimiento de un agente profesional semieducado -o peor aún, muy preparado- llevado a justificar sus eternos sermones por la originalidad de concepciones recogidas Dios sabe dónde.

Lo curioso es que el Obispo King, con todo su énfasis sobre la preparación del agente profesional, termina su ensayo con una advertencia que hubiera quedado bien en los artículos del Padre Kelly. 'Debemos tener cuidado", dice, "de que nuestros hombres preparados no pierdan en sencillez y rectitud de carácter lo que ganan en desarrollo intelectual". Un misionero en África del Sur escribió lo que sigue: "Estoy parando con C., un catequista sin preparación del viejo estilo; parece cautivar a la gente en su manera simple; estos hombres me parecen mejores evangelistas que los hombres preparados que salen de nuestros colegios". Esta es una advertencia tremenda-mente necesaria; porque desde muchos sectores nos llega esta comparación entre los catequistas preparados y los sin preparación. Pero nada es más fútil, aunque nada es más común, que pensar que podemos evitar un peligro diciendo que debe-

mos evitarlo, cuando es algo inherente a nuestra práctica. Es como el ebrio consuetudinario que entra en un bar diciendo: "No tengo que emborracharme". Así decimos que debemos evitar el peligro de mimar a nuestros convertidos mientras estamos ocupados arreglándolo todo para ellos. Decimos que debemos dar a nuestros clérigos nativos plena oportunidad para aprender a ser independientes, mientras les pagamos. Y así este mal no se enmendará con decir que las autoridades del colegio deben tener cuidado de evitarlo. Sus raíces están en el hecho de que hemos menospreciado y minimizado la preparación natural que da la experiencia y hemos puesto en su lugar una preparación artificial e intelectual antes que el gran cuerpo de los creyentes esté listo para ella, y la consecuencia inevitable es que aquellos que la reciben están separados de su gente como por un gran golfo.

El Padre Kelly dice que la "idea de un ministerio estrictamente local, no profesional, sin preparación y honorarios, nos parece inconcebible, aunque tenemos conciencia de nuestras dificultades"; pero insiste en que "es un error de juicio dar por sentado que, porque hemos alcanzado ahora un sistema exclusivamente profesional, deba imponérsele a una iglesia totalmente nueva ese sistema con todas sus complicaciones".

A veces se objeta la consagración de obispos nativos alegando que el episcopado del Obispo Crowther no fue precisamente un éxito; pero no debemos olvidar que el episcopado nativo que propone el Padre Kelly no es el episcopado del cual fue víctima el Obispo Crowther. Este fue un nativo catapultado a una posición imposible. Se esperaba que ocupara el lugar e hiciera el trabajo de un obispo europeo del tipo que conocemos. Fue el único obispo en un área muy grande, en la cual tenía que gobernar a un gran número de clérigos y ministros laicos que no estaban listos para

tener un obispo nativo "en los zapatos" de un obispo inglés. No había una iglesia africana en el sentido real de la palabra. En realidad, era un agente de la Sociedad Misionera de la Iglesia con órdenes episcopales. Dependía de la Sociedad. Como ha dicho el Obispo Melville Jones:

> La Misión Níger bajo su régimen (del Obispo Crowther), no era una verdadera iglesia africana. En gran parte se debió al accidente del clima, de naturaleza letal, que todo el personal de la misión fuera de la raza negra, y en este único sentido era africana. Estaba sostenida casi enteramente por contribuciones inglesas. La poca o ninguna organización eclesiástica que había no podía llevar a un sistema de gobierno propio; (IRM, Abril 1912, p. 252)

Bajo tales circunstancias no es extraño que se encontraran en su episcopado motivos para duras críticas. Pero esa no es la clase de episcopado que establecía San Pablo, o que el Padre Kelly defiende. Ninguna objeción a la práctica apostólica puede basarse en un ejemplo que ni remotamente se le asemeja.

Es interesante observar que en cuestiones como las que hemos estado discutiendo en este capítulo, nuestros adversarios a veces ven más claro que nosotros. Se nos dice, por ejemplo, que en Madagascar:

> la formación de una iglesia nativa y, el desarrollo de un ministerio nativo es lo que más teme y disgusta a Francia, representada por sus actuales administradores...Ellos repudian toda intención de estorbar la labor de los misioneros extranjeros: personas que evidentemente son consideradas como un mal necesario en un mundo imperfecto; y al parecer creen que la obra extranjera producirá resultados destinados a desaparecer pronto. (Artículo del Obispo King, p. 163)

Esos administradores franceses ven que una iglesia que depende de obispos y sacerdotes extranjeros debe ser necesariamente débil y que pueden tratar con relativa facilidad con gobernadores extranjeros. Ven asimismo que la iglesia no podrá propagarse extensa o rápidamente; ni convertirse

en una potencia entre los nativos mientras la autoridad esté en manos de extranjeros. Por otro lado, ven que una iglesia nativa completamente organizada y dotada de obispos y sacerdotes asumiría enseguida un carácter más permanente y peligroso. La iglesia tendría sus raíces en la isla; podría crecer y expandirse; les sería sumamente difícil desarraigarla; y es dudoso que pudieran alguna vez controlar su avance por medio de ninguna reglamentación que hicieran. Puesto que lo único que temen es el poder revolucionario del evangelio de Cristo, naturalmente; aprueban nuestra vacilante cautela para ordenar sacerdotes y nuestra negativa a consagrar obispos nativos. Ven que la ordenación de sacerdotes nativos y más aún la consagración de obispos nativos, y el establecimiento de iglesias nativas en el sentido apostólico, de la palabra, abriría inmediatamente las puertas para la expansión espontánea. Y lo que temen es precisarnente la expansión espontánea y con razón, si no quieren ver la iglesia establecida a lo largo y lo ancho de Madagascar.

Ahora bien, cuando nuestros enemigos ven, y nos lo dicen, que determinado curso de acción lleva inevitablemente a un resultado que temen, pero que nosotros deseamos ardientemente; cuando se congratulan por el hecho de que no adoptemos ese curso de acción, ciertamente bien podríamos aprender la lección que nos enseñan. La expansión espontánea de la Iglesia es imposible, o en todo caso se ve severamente restringida, por nuestra negativa a admitir que los apóstoles supieron organizar la Iglesia de modo que se expandiera rápida y espontáneamente, y estamos sencillamente oponiéndonos a nuestros propios fines y alegrando los corazones de nuestros enemigos, cuando nos negamos a reconocerlo.

9. El camino de la expansión espontánea

La rápida y enorme expansión de la Iglesia en los primeros siglos se debió principalmente, en primer lugar, a la actividad individual espontánea. Como lo señalé en el primer capítulo, el instinto natural de compartir con otros una nueva experiencia de gozo, fortalecido e iluminado por la divina gracia de Cristo, el Salvador, inevitablemente tiende a impeler a los hombres a propagar el Evangelio. La iglesia primitiva reconoció ese instinto natural y esa gracia divina, y les dio libre curso. Muchísimos de los cristianos de aquellas iglesias locales indudablemente se habían hecho cristianos llevados por el celo espontáneo de alguien que se había convertido antes que ellos. Toda la Iglesia conocía los nombres de unos cuantos grandes apóstoles; pero los primeros maestros de la mayoría de los cristianos probablemente fueran conocidos solamente por aquellos en quienes habían influido sencillamente, Nadie se sorprendía, pues, ante los esfuerzos espontáneos de los individuos cristianos para convertir a otros a su fe. Probablemente lo considerarían muy natural. De modo que a medida que iban de una parte a otra constantemente iban surgiendo nuevos grupos de cristianos en diferentes lugares.

La Iglesia se expandía sencillamente organizando esos grupitos de convertidos, confiándoles la organización que

habían recibido de sus primeros fundadores. Constituía una unidad compuesta por una multitud de pequeñas iglesias cada una de las cuales podía propagarse a su vez, y en consecuencia la recepción de cualquier nuevo grupo de cristianos era algo muy simple. Mediante un sencillo acto el nuevo grupo era incorporado a la unidad de la Iglesia, y equipado, como lo habían sido sus predecesores, no sólo con todo el poder y la autoridad espirituales necesarios para su propia vida como unidad organizada, sino también con toda la autoridad necesaria para repetir el mismo proceso siempre que alguno de sus miembros convirtiera a otros en cualquier nueva aldea o pueblo. Eran así, natural y fácilmente, consolidados y establecidos dentro de la unidad de la Iglesia, los resultados de la labor espontánea de cualquier cristiano, individualmente,

1

Está: actividad individual, espontánea, con sus raíces en un instinto universal y en la gracia del Espíritu Santo concedida a todos los cristianos, no es peculiar de ninguna época o raza. Hoy mismo nos es familiar. Se manifiesta constantemente, y repetiría la historia de la Iglesia primitiva, si no fuera que nuestros temores han erigido barreras a su adecuada fruición, como he intentado mostrarlo en los capítulos anteriores. Lo que hoy vemos es el celo espontáneo de los cristianos intentando repetir, hasta donde pueden, la, primitiva historia de la iglesia cristiana. La única razón por la cual esa actividad espontánea de nuestros convertidos no ha dado por resultado la fundación de iglesias, es que nuestros obispos los han tratado en forma muy distinta de aquella en que los obispos de los primeros siglos trataban a los que hacían precisamente la misma obra. Ellos los preparaban y les daban libertad; nosotros nos he-

mos negado a prepararlos y los hemos sometido a la organización extranjera de nuestra misión. De este modo hemos desautorizado a hombres cuyo celo espontáneo los llevaba a convertir a sus vecinos y amigos, poniendo sobre ellos nuestros catequistas laicos, preparados y pagados; y hemos desalentado a cualquier otro que hubiera podido seguir su ejemplo. Hemos considerado esa actividad espontánea como algo extraño y maravilloso. Cuando hallamos relatado algún caso de ella en nuestros periódicos misioneros por lo general la hallamos asociada con notas de exclamación y expresiones de asombro y ansiedad. No hemos sabido cómo esperarla ni cómo tratarla, y por consiguiente es natural que sea más rara de lo que debería ser. Sin embargo, la acción de ese instinto de compartir una alegría, y ese don del Espíritu Santo que es el Espíritu que desea Ia salvación del hombre y se esfuerza por lograrla siguen siendo tan inherentemente naturales, que constantemente irrumpen de nuevo. Ya he tenido ocasión de referirme a algunos ejemplos; aquí citaré solamente otros dos como típicos de una gran cantidad. 1) Un sacerdote africano a cargo de la misión de Tarquah, en la Costa de Oro, hace el siguiente relato de una de sus experiencias: "Fui llamado a visitar algunos cristianos en una aldea a 163 millas de mi estación...Al llegar, me encontré con unos cien convertidos esperando el bautismo. Un joven de una de nuestras estaciones, se las había arreglado, sin maestro, para aprender a leer algo el Nuevo Testamento y el Libro de Ora-ciones en Fanti. A principios de 1920 subió a esta aldea, donde vivían algunos de sus parientes. Allí comenzó a enseñar a su gente, y las buenas nuevas se extendieron. Edificaron una capilla durante un año trabajó fuerte, enseñándoles todo lo que podía todas las mañanas antes que fueran a sus siembras, y por las noches antes que se retiraran a descansar. Cuando los creyó capacitados para el bautismo,

supo de nuestra escasez de clérigos y los estimuló a que aguardaran. Cuando llegué, después de un examen cuidadoso bauticé a cuarenta y cinco adultos. (World Wide Witness, SPG, Informe para 1921, p. 84)

2) El mes pasado tuve aquí por tres semanas al Rdo. Fong Hau Kong, para ayudarme en la visitación de algunas de mis congregaciones chinas. Lo envié a Tuaran, a unas veintidós millas de aquí, donde había una congregación que nunca había sido visitada por un clérigo desde su establecimiento.

Yo había recibido una invitación para ir, pero creí mejor enviar a Mr. Fong, ya que yo no sé el chino. Él halló una congregación de más de cuarenta cristianos que habían venido de la China hace casi diez años, estableciéndose como jardineros. Habían elegido como su maestro y lector a uno de los suyos, un hombre llamado Chang Shu Chung. Este había sido en tiempos pasados maestro en una escuela pagana, pero se convirtió al cristianismo y luego fue maestro en una escuela misionera en Foo Chow. Al principio la comunidad se comprometió a pagar a su maestro un sueldo, pero luego sus negocios no fueron tan prósperos y el sueldo terminó. Sin embargo, Chang Shu Chun ha continuado con su trabajo, sin ninguna paga, y no han cesado de reunir, domingo tras domingo, a la gente para el culto en la capilla que ellos mismos han construido. El domingo que Mr. Fong estuvo con ellos tuvo una congregación de más de cuarenta, y administró la Santa Comunión a catorce, y el bautismo a un adulto y once niños. Esta era la primera oportunidad, desde que salieran de China, en que habían sido visitados por un clérigo o habían tenido oportunidad de recibir los sacramentos.(Borneo Miss. Chron., Agosto, 1921, p. 69)

En estos dos casos vemos la expansión espontánea de la Iglesia en la medida en que esas gentes fueron capaces; vemos lo que hubieran podido ser iglesias fundadas sin ayuda

o dirección alguna de misioneros extranjeros. Esas personas tenían sostén propio; no recibían donativos de ninguna clase de ninguna sociedad, eran capaces de proveer a sus necesidades; habían edificado sus propias capillas y sostenían sus servicios. Su dirigente estaba ejerciendo lo que en una época anterior se hubiera denominado un ministerio carismático. Tenían gobierno propio, dirigiendo todos los asuntos de su iglesia. Todo lo que les faltaba para su establecimiento era que sus dirigentes hubieran sido ordenados; porque en ambos casos evidentemente se les había enseñado, o se habían enterado de alguna manera, que sólo hombres ordenados podían autorizar o administrar la Cena del Señor.

Si esta dificultad hubiera sido eliminada por la ordenación, en ambos casos hubiéramos visto inmediatamente la creación de una nueva iglesia, sobre lineamientos verdaderamente apostólicos, y el precedente así establecido seguramente habría estimulado e inspirado otros cristianos nativos a seguir el ejemplo que se les mostraba.

Las iglesias así fundadas hubieran sido indiscutiblemente iglesias nativas. El nativo menos inteligente, viéndolas, hubiera percibido inmediatamente que allí había algo que no necesitaba a un extranjero para mantenerse. Hubieran sido iglesias nativas en un sentido ml diferente de esas iglesias pseudo nacionales que hablamos de crear. Tales iglesias hubieran infundido nueva vida en el campo misionero y hubieran abierto todas las puertas que nos están cerradas. La existencia de una profetiza la conversión del país. Como he dicho antes, estos casos no son raros; casi en todos los países del mundo se puede hallar casos semejantes, y en algunas partes del mundo son muy comunes. El Obispo de Lagos, por ejemplo, nos ha dicho que en el sur, de Nigeria el mayor progreso de los últimos años se ha debido no tanto a la labor directa de los misioneros ex-

tranjeros, o de los maestros africanos pagos, como al trabajo espontáneo de cristianos nativos sin preparación ni remuneraciones.

Creo que el tiempo está maduro para este avance. Ya he tratad de mostrar que nuestras misiones actuales no son el hogar natural de la expansión espontánea; pero las mismas sociedades están haciendo algo para preparar el camino. Ahora tienden a concentrarse más y más en la obra médica, educativa y social desarrollada en instituciones; y al hacerlo, sus recursos en hombres y dinero estarán tan completamente ocupados, que inevitablemente tendrán que retirar cada vez más de la labor de evangelización directa, y considerarla como la labor propia de los cristianos nativos; y muchos de nuestros misioneros evangelistas están ciertamente mirando en esa dirección. Hay, pues, buenas esperanzas de que en el momento propicio se produzca un movimiento hacia la expansión espontánea.

2

Supongamos, pues, que llega a oídos de un misionero un caso como los que he citado, o que él mismo ha preparado con su predicación a un pequeño grupo de personas para el bautismo. Supongamos que algunos de ellos han sido bautizados. Debemos comprender que los cristianos bautizados tienen derechos. ¿Cuáles son esos derechos? Tienen derecho a vivir como cristianos en una Iglesia cristiana organizada en la cual se observan los sacramentos de Cristo. Tienen derecho a obedecer los mandatos de Cristo y recibir su gracia. En otras palabras, tienen derecho a ser organizados adecuadamente, con sus propios ministros. Tienen derecho a ser una iglesia, y no una mera congregación. Estos son derechos inalienables de los cristianos, y no podemos bautizar a la gente, y luego privarla de sus derechos, o ne-

gárselos. Cuando bautizamos asumimos la responsabilidad de ver que aquellos que bautizamos puedan vivir en la iglesia.

¿Qué debería hacer, entonces el misionero? Si ha bautizado a los primeros convertidos debe dar por sentado que se ha asegurado de que están en la fe, y debería invitar entonces al obispo a proceder para con ellos como los apóstoles y sus seguidores inmediatos actuaban en tales casos. El pequeño grupo debe ser dotado plenamente de poder y autoridad espiritual; y el obispo debiera confiarles el Credo, el Evangelio, los Sacramentos y el Ministerio, en un acto solemne y deliberado, Para realizar esta obra es que tenemos obispos misioneros.

1} El obispo debe entregarles lo que San Pablo llamaba "la tradición" (cuya última expresión es el Credo de los Apóstoles) para que tengan una norma con la cual comparar todo lo que oigan des-pués. El Credo es una piedra de toque. El les permitirá saber si deben recibir o rechazar cualquier enseñanza qué puedan recibir. No quiero decir esto que cada miembro de esa pequeña iglesia deba conocer de memoria una fórmula tan larga como el Credo de los Apóstoles; pero sí que una vez que lo han oído (y se lo puede expresar en un lenguaje sencillo de modo que el más ignorante pueda realmente oírlo), cada uno esté preparado para decir: "Eso creo; esa es mi creencia". En este sentido es que el Credo debe ser entregado a la iglesia. Desde entonces es de ellos. Les pertenece tanto como nos pertenece a nosotros,

2) El obispo debe entregarles el Evangelio, para que sepan adónde acudir en busca de instrucción. Porque deben aprender desde el principio mismo a confiar en Dios, no en los hombres, para su progreso espiritual; en la Biblia, no en maestros humanos, para su instrucción espiritual. Aquí lo mismo, cuando entrega la Biblia a la iglesia, no significa

que cada miembro de la congregación deba poder leerla; pero sí que todos los cristianos deben aprender a reverenciarla ya conocerla. Por consiguiente, en esas iglesias debiera asignarse toda señal posible de honor a la capacidad para leer y explicar la Biblia. Doble honor a aquellos que trabajan en la palabra y la doctrina. El sacerdote en una iglesia así no es necesariamente el predicador. La Biblia es leída por los que saben leerla y exponerla mejor; pero nadie debería tener la boca cerrada, ya veces el más ignorante será capaz de hacer un comentario de la más profunda significación espiritual, porque está fundado en su experiencia.

En la lnternational Review of Mtssions, de Octubre de 1920, (Página 560) se cita a un escritor que dijo:

> Un panchayat aldeano puede ser una asamblea de hombres analfabetos, pero no es una asamblea de ignorantes, de ninguna manera. Ni son hombres que no conozcan los asuntos de gobierno. Los aldeanos indios, aun en las aldeas de parias, han tenido siglos de educación en cuestiones de gobierno y administración. A menudo, como nuestros misioneros no saben suficiente del vernáculo para seguir realmente una discusión india, no pueden descubrir cuánto sentido común y razonamiento claro y sabiduría práctica hay en ella y lo mismo se aplica a la iglesia. A menudo miembros analfabetos traen a la iglesia una profunda sabiduría espiritual, y un sentido de la aplicación práctica del Evangelio a la vida diaria, que están ocultos para el estudiante más cumplido. Esto es, pues, lo que quiero decir con entregar el Evangelio a la iglesia. La Biblia es entregada a toda la Iglesia como el mensaje de Dios para toda ella. Por consiguiente, les pertenece y está a su cuidado. Es de ellos tanto como nuestra.

3) Los sacramentos deben ser entregados a la iglesia. El obispo debe asegurarse de que han aprendido la forma y el significado de su observancia. Debe enseñárseles prácticamente cómo administrarlos y cómo recibirlos. No ha de permitírseles pensar, como algunos de ellos pueden haberlo inferido de su observación de una estación misionera,

que el bautismo es el final de una larga prueba durante la cual uno demuestra su capacidad para observar las leyes cristianas; deben más bien considerarlo como el comienzo de una vida cristiana en que el hombre no puede vivir sin la gracia de Dios. Debe enseñárseles a administrarlo, y si es necesario debe advertírseles los graves daños que pueden resultar de su abuso, daños que toda la congregación y toda la Iglesia cristiana pueden sufrir. Debe enseñárseles, y de una manera muy práctica, cómo administrar la Santa Comunión y cómo recibirla. Debe enseñárseles el significado de la Santa Comunión, y en esto soy muy osado. Tengo una profunda fe en el poder de los sacramentos. Creo que de una manera divina su uso enseña al que es enseñable su íntimo significado, de modo que la Iglesia crece gradualmente en sentido cada vez más profundo de la divina gracia impartida en ellos; y por lo tanto creo que no necesitamos darnos prisa para enseñar a los nuevos convertidos todo lo que creemos saber sobre aquellos. Creo que es suficiente empezar por algún aspecto de la Santa Comunión, el que sea más fácil de captar para nuestros convertidos, ya sea el de la comida en común, en la cual Cristo es el Anfitrión, o el sacrificio común que todos juntos ofrecemos, o la acción de gracias común por la común salvación por medio de la muerte de Cristo. Si aprenden uno de éstos en su forma más sencilla, podrán aprender gradualmente los otros. Aprenderán mu-cho sin que otros les enseñen, por su lectura en común de la Biblia; y mucho por la participación; porque en el rito común hallarán en la experiencia un vínculo común entre cristiano y cristiano, y de todos con Cristo y descubrirán gradualmente la profunda significación de tal comunión los unos con los otros y con Cristo. De modo que la primera enseñanza no necesita ser larga o difícil de captar. Esto es lo que quiero decir con la entrega de los sacramentos a la iglesia; deben ser entregados a la

Iglesia en su totalidad; y la Iglesia en su totalidad debiera ser responsable por su observancia adecuada. Cuando los Corintios abusaron de la Cena del Señor, San Pablo respondió a toda la Iglesia.

4) Deben ser ordenados ministros para que la iglesia tenga un gobierno cristiano y funcionarios para dirigir la conducta propia de la misma y la debida administración de sus ritos. La selección de estos funcionarios no debiera ser difícil. San Pablo, en las epístolas pastorales, ha establecido muy claramente las reglas para guiar a un obispo en la selección de los mismos. Debían ser, dijo, hombres de buen carácter moral, libres de los vicios comunes en su pueblo, hombres de peso y experiencia, tenidos en el más alto respeto por los miembros de la iglesia y sus vecinos paganos; hombres que conocieran la tradición y pudieran sostenerla, que pudieran mantener el orden por su superioridad moral; en realidad, los hombres que cualquier sociedad decente escogería naturalmente como sus dirigentes. A estos hombres debe serles entregada la autoridad para administrar los sacramentos y guiar y gobernar a la iglesia en sus servicios religiosos y en su diaria vida social. No debe plantearse o considerarse cuestión alguna de remuneración. San pablo no la planteó: nosotros no tenemos por qué hacerlo. Pero aquí nuevamente es toda la Iglesia la que recibe a los funcionarios, no éstos los que reciben una iglesia. Los ministros deberían ser dados a la Iglesia, no una iglesia a un ministro, y la Iglesia en su totalidad debiera ser responsable por la buena conducta de sus funcionarios, así como éstos son responsables por la buena conducta de la Iglesia. Cuando un miembro de la iglesia de Corinto cometió una falta moral, San Pablo no reprendió solamente a los ancianos de la iglesia, reprendió a toda la iglesia. Una iglesia así constituida es una verdadera iglesia, en el sentido apostólico del término.

5) Creo que hay otro punto que el obispo debiera acen-

tuar si lo que busca es la expansión espontánea de la Iglesia. No es que deba; exhortarles a llevar el Evangelio a sus vecinos; pero debiera decirles qué hacer cuando hayan hecho convertidos en un vecindario demasiado lejano para que puedan unirse íntimamente a su propio grupo, o en el caso de personas que acudan de una aldea vecina buscando instrucción en la fe cristiana. Debiera decirles que primero se aseguren de que los nuevos convertidos están realmente convertidos a la fe en Cristo y entienden el uso del Credo, los Evangelios, los Sacramentos y el Ministerio, y luego, avisar al obispo.

3

Una vez hecho esto, el misionero y el obispo debieran dejar que la nueva iglesia descubra por sí misma lo que significa en la práctica diaria ser una iglesia, que descubra que puede hacer las cosas como una iglesia. Cuando digo que deben dejar a la iglesia que descubra por sí misma lo que es ser una iglesia, no quiero decir que deben descuidarla; pues debieran pensar en su educación. Debemos aprender la diferencia entre dejar que los cristianos aprendan lo que sólo pueden aprender por sí mismos, y abandonarlos. Una diferencia que nos resulta difícil hacer; una lección que hallamos difícil de aprender. En el momento en que alguien sugiere dejar a los nuevos con vertidos que descubran por su propia experiencia sin la dirección de un misionero extranjero cómo manejar los sencillos asuntos de una sencilla iglesia aldeana, instantáneamente el espíritu materno-paternal, de hermano mayor, del enérgico misionero se rebela y exclama: "¡No se puede abandonarlos tan pronto a sus propios medios!" Dejar a las iglesias recién nacidas que aprendan por experiencia es apostólica; lo que no es apostólico es abandonarlas; vigilarlas es apostólico; lo

que no es apostólico es estar siempre amamantándolas; guiar su educación es apostólico; lo que no es apostólico es dársela hecha. El misionero y el obispo deben vigilar su educación.

Inmediatamente percibimos que la educación de que estamos hablando es algo muy diferente de lo que comúnmente se llama educación misionera. La llamada comúnmente educación misionera es cosa de escuelas y colegios, y es para los pocos. La educación de la que ahora hablamos es la educación de la iglesia y abarca a toda la comunidad cristiana. La educación de la que hablamos es educación en la iglesia, de la iglesia y por la iglesia.

Es esencialmente educación religiosa, no en el sentido en que hablamos de la educación religiosa en las escuelas, donde educación religiosa significa instrucción en la materia "religión", impartida por un maestro durante una hora en un día dedicado principalmente a la educación secular, sino en un sentido muy diferente. Es educación en el manejo y dirección de la Iglesia cristiana como cuerpo, y de la familia como una familia cristiana. El tema exclusivo es la vida religiosa, y no hay otro. Lo único que re ha de aprender es cómo vivir la vida cristiana en el estado y el orden social en que se encuentran los cristianos.

Es una educación que los europeos no pueden dirigir porque pocos europeos, si alguno, pueden entender realmente la posición de los nuevos convertidos del paganismo: porque no pueden mirar la posición desde adentro; y sólo puede ser resultado de un crecimiento interno. Pero si no pueden dirigirla, pueden vigilarla, y pueden ayudar, así como pueden retardarla. La educación de la iglesia es de comparar más bien con la educación de un niño en el uso de sus facultades que con la instrucción de un muchacho en gramática latina. Un buen maestro puede enseñarle gramática latina. Pero es muy diferente el sentido en que una madre enseña a su hijo a caminar o a ver y observar. La ma-

yoría de los niños aprenden a caminar naturalmente, si se les permite utilizar sus miembros. Así en la iglesia aprenden a utilizar sus facultades si se les permite emplearlas.

El hombre que guíe a una iglesia como la que he descrito y ayude en su educación necesariamente debe hacerse a un lado para dejarle lugar; porque si se queda, o si deja encargado a alguien de afuera, evidentemente ella no tendrá lugar para moverse. Pero debe mantener su vigilancia sobre ella y advertirle cuando esté en peligro de desviarse seriamente o de caer pesadamente. El punto exacto en que sea necesaria tal advertencia es una cuestión muy delicada; y sí lo puede ser resuelta por el instinto y la percepción del educador alerta. Nadie puede juzgar o establecer ninguna regla de antemano.

He puesto en primer término esta educación práctica de la iglesia porque es la educación más importante y fundamental. La iglesia debe aprender a usar sus facultades, y si lo puede hacerlo usándolas.

Al hacerlo revelará y preparará por sí mismas a los dirigentes del futuro. Ejerciendo el gobierno en un pequeño cuerpo, los verdaderos dirigentes de la iglesia aprenden a gobernar y dirigir una iglesia compuesta por muchas de esas pequeñas iglesias. Enseñando en el pequeño cuerpo, aprenden a instruir a una iglesia compuesta por muchas de esas iglesias. Realizando obra de evangelización en su propio vecindario aprenden a conducir una misi6n en toda una provincia.

Dije que la educación era enteramente religiosa. Es enseñanza sobre la manera de aplicar la fe cristiana a la vida bajo las condiciones en que viven los cristianos. Esto es lo único que importa, y no es posible aprenderlo en una escuela, sino solamente en el mundo de la vida. No obstante, hay ciertas ayudas que auxilian al estudiante de este arte.

Dije que lo único necesario era aprender a aplicar la fe cristiana a la vida, y es obvio que para este fin es de suma importancia el estudio de la Biblia. Cuando hablé en la Iglesia, di por sentado que en la congregación habría al menos una persona que pudiera leer la Biblia, y que la Biblia, o al menos un Evangelio, estuviera en su idioma. Esto tal vez no sea absolutamente necesario; porque la tradición podría ser transmitida oralmente, y una iglesia podría hacer inmensos progresos aunque todos sus miembros fueran analfabetos. No obstante, es obvio que el conocimiento de la Biblia es de gran importancia. Generalmente hablando es verdad que la mayoría de los cristianos fervientes que han enseñado espontáneamente a sus amigos y vecinos han recibido alguna instrucción, y han aprendido a leer, y por lo tanto, pueden enseñar a leer a algún otro. Pero si suponemos una comunidad totalmente analfabeta debiéramos estar todos de acuerdo en que un hombre cuidadoso de la educación de las iglesias debería desear que la Biblia fuera leída para todos, y daría los pasos necesarios para conseguirlo hasta donde fuera posible.

Esto se puede hacer de dos maneras; porque excluyo, desde luego, el envío de un maestro misionero pagado a vivir en el lugar y hacer por la iglesia todo lo que ésta debiera hacer por sí misma. La iglesia puede invitar a alguien que sepa leer a enseñar a leer a algunos de sus miembros, o puede enviar a uno o dos de sus miembros, o algunos pueden ir por su propia determinación, a aprender este arte a otra parte. Ninguno de estos procedimientos es difícil, siempre que los cristianos hayan aprendido cuál es el lugar de la Biblia en la Iglesia. Si han aprendido a honrarla como corresponde, respetarán y admirarán a aquellos que la conozcan y puedan sacar de ella mayores y más ciertas concepciones de la doctrina cristiana. No es necesario insistir sobre esto. Los musulmanes viajan de Nigeria a El Cairo para estudiar el Corán. Los hombres universalmente res-

petan al que posee en mayor medida que ellos el conocimiento de un asunto que sienten es de importancia vital; y nadie debe preocuparse porque esta regla pudiera no aplicarse.

Desde el punto de yista de la expansión espontánea, no tenemos necesidad de pensar en la educación secular, como la llamamos, ni ocuparnos de proveerla. Es seguro que los hombres que aprendieran a leer religiosamente, con un propósito estrictamente religioso, en algunos casos empezarían a desear conseguir más educación, para ellos y sus hijos, en lo que llamamos materias seculares. Si no hubiere escuelas de la misión, lo harán utilizando las escuelas del go-bierno, si las hay; y si no, con el tiempo ellos mismos crearán escuelas. Dada la oportunidad; es seguro que la ilustración intelectual aumentará en una iglesia que ha sido el hogar de la enseñanza religiosa. Y esa ilustración, a partir de la iluminación espiritual, estará bien fundada, y la iglesia seguirá siendo siempre una fuente de ilustración. La iglesia toda crecerá conjuntamente en ilustración, a medida que cada miembro haga nuevas contribuciones, y cada generación hará algún progreso.

El progreso podrá parecernos lento; pero todos los verdaderos educadores saben bien la importancia del desarrollo lento para la solidez del progreso, aun en la educación del individuo; y cuando se trata de la educación de una comunidad pensamos no en términos de años, sino de generaciones, y debemos aprender a no menospreciar el crecimiento lento. Lo importante es que haya algún crecimiento, por leve que pueda parecer a los ojos del observador casual.

Esto es, pues, lo que quiero decir al hablar de vigilar la educación de la iglesia. A algunos esto podrá parecerles inadecuado; creerían que el progreso sería mayor si se ejerciera un control directo y se forzara el paso. Pero espero ha-

ber dado motivos para pensar que eso no es realmente cierto, si consideramos que estamos edificando para siglos; y en todo caso espero que nadie me acuse de propugnar el abandono de nuestros convertidos a su propia suerte, porque ciertamente todo 10 que he estado diciendo es diametralmente opuesto al abandono. Vigilar el progreso espontáneo y ayudarle no es, por cierto, abandonar a los convertidos a su propia suerte.

4

Se puede preguntar, pues casi siempre es lo primero que se pregunta cuando se propone alguna reforma: ¿Cómo aplicaría usted eso a congregaciones que desde el comienzo mismo han aprendido a descansar en el sostén y la dirección extranjeros? Ahora bien, está claro que ordenar a simples aldeanos no remunerados y constituir una iglesia entre ellos es algo muy diferente de ordenar agentes de la misión, preparados y remunerados. Entre estos agentes pagados puede haber, y los hay, hombres que realmente llegan a ser dirigentes de confianza de su gente, y que continuarían siéndolo si dependiera de la libre determinación de ellos y su gente; pero en muchos casos, si la gente tuviera libertad para escoger, y los catequistas pagos no tuvieran el apoyo de los extranjeros, los dirigentes que nosotros ponemos no seguirían un día más. Si retirásemos el sueldo y el sostén de nuestra autoridad, los cristianos buscarían mañana la dirección de sus ancianos y experimentados padres, y dejarían de lado a esos agentes nativos preparados. Con tal material es imposible constituir la iglesia. Es triste, pero es verdad, que si hablamos de establecer la iglesia local, los mismos hombres que han preparado dirigentes para la iglesia nativa, exclaman que esos hombres que han preparado no son aptos para ese fin. Ni esos maestros ex-

tranjeros, ni esos maestros nativos, ni las congregaciones que ellos dirigen y conducen están preparados. Aquí y allá el obispo podrá hallar casos en los cuales sería posible constituir inmediatamente la iglesia; y tal vez esos casos sean realmente más numerosos de lo que yo imagino. Pero sea como fuere, yo procuro la salvación de esas comunidades pauperizadas más bien por la influencia que ejerza sobre ellas el ver iglesias que avanzan espontáneamente en la libertad del Evangelio, antes que por la acción o exhortación directas de nuestra parte; porque estoy seguro de que, constituidas adecuadamente, las iglesias se expandirían al sentir y conocer su poder.

La manera de convertir las misiones antiguas es mostrándoles lo que significa en la práctica la expansión espontánea. Como he dicho, la expansión espontánea es espontánea. No es creada por la exhortación. Surge sin ataduras. Donde los hombres la ven, la ansían; y cuando los convertidos de las misiones antiguas la vean empezarán a desearla. Deseándola, empezarán a buscarla, y buscándola la expresarán. Mientras tanto seguirán como están. El misionero de la expansión espontánea no debe preocuparse demasiado por ellos. No necesita apresurarse a convertirlos. Puede dejárselos a sus actuales dirigentes extranjeros con perfecta confianza, en la seguridad de que ellos también han de despertar cuando llegue el momento. (En le único caso en que he oído que se haya hecho algo como lo sugiero en este capítulo, se me ha dicho que esto sucedió realmente). El hecho de que ellos existan no les quitará lugar para su trabajo, porque ellos no han ocupado toda la tierra, ni la ocuparán jamás.

5

Pero alguien podrá decir:

La expansión de la Iglesia primitiva, según usted, se debió en gran medida al hecho de que los obispos de la Iglesia primitiva eran consagrados para las nuevas iglesias, las que a su vez consagraban otros para otras nuevas iglesias que surgieran en su vecindad; pero usted sólo pide la ordenación de sacerdotes para las iglesias aldeanas, los cuales no podrían ordenar otros sacerdotes para las iglesias que pudieran brotar en sus vecindades. Si quiere volver a la práctica de la Iglesia primitiva, ¿por qué no tiene usted el valor de sus opiniones y pide que se vuelva a consagrar obispos para las iglesias de aldeas y pueblos, de modo que ellos puedan preparar a sus semejantes? Entonces sería usted consecuente, y se haría posible la expansión espontánea nativa que desea; pero por su vacilación, aunque establece usted verdaderas iglesias en las aldeas, las deja en la incapacidad de propagarse a no ser que obtengan la ayuda de un obispo que probablemente será un extranjero.

¿Qué puedo responder a esto? Estoy convencido, indudablemente, de que el verdadero camino de la expansión es consagrar obispos nativos en las aldeas. Creo que sería mucho más seguro que el actual obispo de Honan o Rhodesia del Sur, por ejemplo, establecer cien o doscientos obispos nativos honorarios, no obispos ayudantes, sino obispos diocesanos que gobernaran pequeñas diócesis consistentes en una aldea o un grupo de aldeas, porque gobernando esas dió-cesis los hombres aprenderían el significado de la autoridad episcopal en su forma más simple, y estarían así preparados para ocupar la posición de metropolitano cuando las iglesias crecieran en número; pero si, como dijo el Padre Kelly, la idea de un ministerio estrictamente local, no profesional, no preparado y sin remuneración, parece ser inconcebible, mucho más inconcebible parece la idea de un episcopado no profesional, sin preparación ni remuneración. Es posible que se pudiera encontrar un obispo que consagrara presbíteros locales honorarios; pero que se

encontrara obispos que consagraran obispos locales honorarios parece increíble. Puedo deplorarlo; pero es así. Ordenar solamente presbíteros para las iglesias no sería lo mejor, ni lo más sabio, ni lo más seguro; pero sería algo. Sería un paso en la dirección correcta, y creo que prepararía el camino para el episcopado nativo.

6

La expansión espontánea de, la Iglesia, reducida a sus elementos es algo muy simple. No pide una organización complicada, ni grandes finanzas, ni gran número de misioneros pagados. En su comienzo puede ser obra de un solo hombre, y éste ni sabio en las cosas de este mundo ni rico en bienes de este mundoi La organización de una iglesia pequeña según el modelo apostólico es asimismo extremadamente simple, y los convertidos más analfabetos pueden usarla, y los más pobres son suficientemente ricos para sostenerla. Sólo a medida que crece y se expande a través de grandes provincias y países surgen algunas cuestiones complejas, y surgen sólo a medida que una iglesia compuesta de muchas iglesias pequeñas es capaz de producir dirigentes preparados para manejarlas con la experiencia adquirida en las cosas pequeñas. Al principio no es necesario hablar de preparar dirigentes para enfrentar las grandes cuestiones nacionales. Para cuando las cuestiones hayan llegado a ser grandes y Complejas, los dirigentes de las iglesias pequeñas de hoy habrán aprendido su lección, Como no se les puede enseñar de antemano.

Nadie que sienta dentro de sí el llamado de Cristo a entrar por esta senda tiene por qué decir: Yo soy demasiado ignorante, carezco de experiencia, tengo poca influencia, o no tengo suficientes recursos. Los primeros apóstoles de Cristo eran, a los ojos del mundo, hombres "iletrados e ig-

norantes": sólo cuando la Iglesia hubo soportado una persecución y había crecido mucho en número, Cristo llamó a un hombre para que fuera su apóstol. Los misioneros qué difundieron el Evangelio y establecieron la Iglesia en todas las tierras alrededor del Mediterráneo no fueron hombres de gran ilustración o capacidad. De la mayoría de ellos no sabemos ni los nombres. Sólo cuando la Iglesia estuvo establecida y hubo alcanzado una gran expansión llamó Cristo a los grandes doctores cuyos nombres conocemos por sus escritos, o por sus grandes poderes de organización y gobierno.

Lo que hace falta es fe. La clase de fe que, uniendo a un hombre con Cristo, lo inflama. Un hombre así inspirado puede creer que otros también, al hallar a Cristo, serán inflamados, puede ver que no hace falta dinero para llenar un continente con el continente de Cristo, puede ver que todo lo que hace falta pira consolidar y establecer esa expansión es la simple aplicación de la sencilla organización de la Iglesia. A los hombres que conocen esa fe, que ven esta visión, es a quienes apelo. Juzguen ellos lo que he escrito.